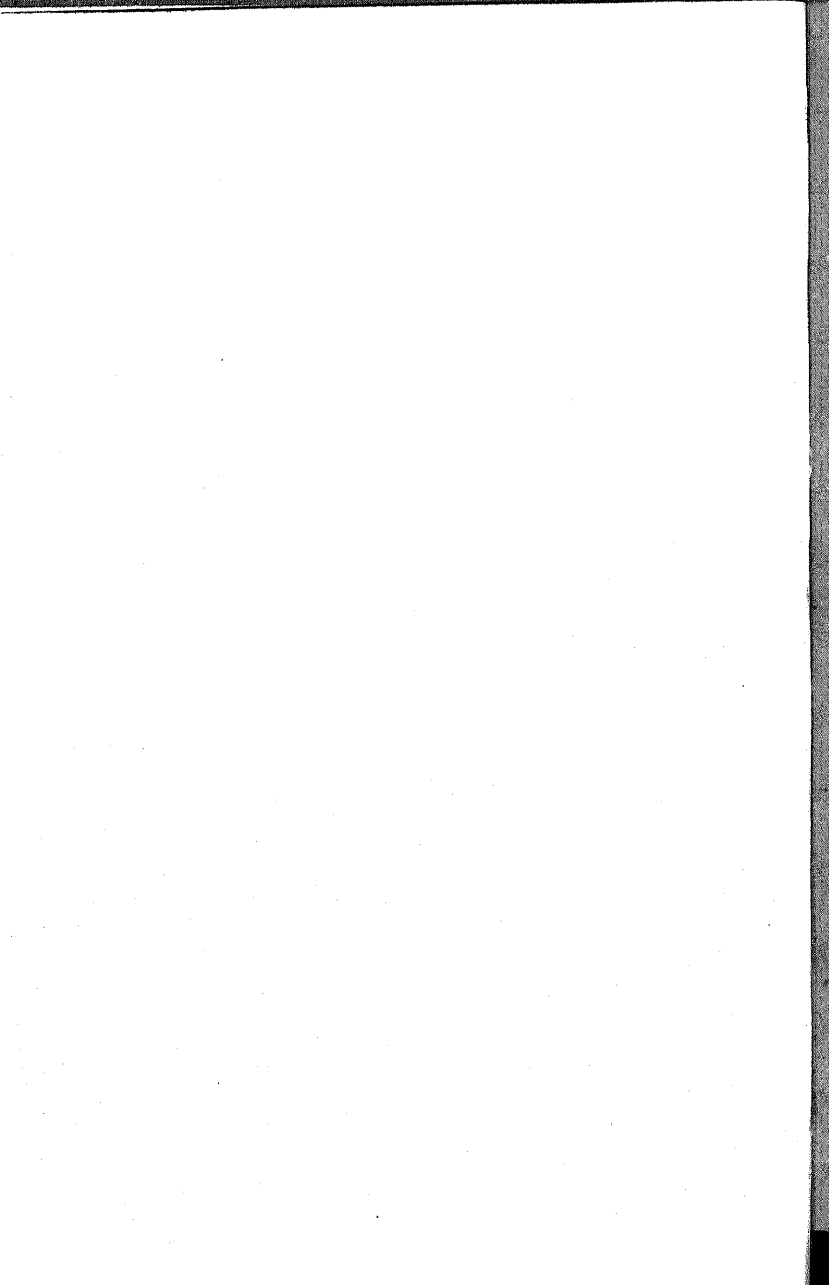




185. 10/10/1857
R-93059
URBANO MANINI, EDITOR, MADRID

LAS CALDERAS

DEL

REY DON JAIME

POR

D. Manuel Fernandez y Gonzalez.



ADMINISTRACION,

CALLE DE RECOLETOS NÚM. 7.

MADRID

Esta obra es propiedad de
D. Urbano Manini, y nadie sin
su consentimiento podrá reim-
primirla ni traducirla.
Queda hecho el depósito que
marca la ley.

CAPITULO I

En que se trata de los comienzos del reinado de don Jaime, el *Conquistador*.

Corría el año de 1228, décimo tercero del reinado del gran don Jaime el *Conquistador* y contaba este rey veinte años, y aunque mozo, daba ya muestras de lo que había de ser andando el tiempo, y tales muestras, que con lo que hizo este enorme rey en sus mocedades pudieran tener renombre glorioso otros reyes que, habiendo reinado largamente, nada hicieron en toda su vida que mereciese citarse.

Todo en don Jaime el Conquistador tiene el sello de la singularidad, tanto sus grandezas como sus pequeñeces, sus virtudes como sus vicios y sus crueldades.

Hasta la figura era excepcional.

Era más alto un palmo que la estatura ge-

neral del hombre, de hermoso semblante, sonrosado y blanco, boca enérgica y pura, dientes de una belleza extraordinaria, ojos grandes y negros, cabellos rubios como el oro, anchas espaldas, esbelto, bien proporcionado de miembros y ágil y fuerte.

Era diestrísimo en el manejo de las armas, y gran justador, y gran caballero.

Hasta su nacimiento fué extraordinario.

Acerca del nacimiento de este rey, hemos escrito no há mucho un libro que se titula *La Candela de San Jaime*.

Para los que le han leído, nada tenemos que decir.

Pero vamos á relatar brevemente la leyenda del nacimiento de don Jaime para completar este libro que tenemos entre manos.

Habíase casado el rey don Pedro I de Aragon, renombrado el Católico, y por razones políticas, con María de Montpeller, hija del conde de Montpeller, mujer que habia sido del conde de Cominges, y de la cual habia sido separada por el Papa á causa de consanguinidad que anulaba el matrimonio.

De su union con el conde de Cominges tenia María de Montpeller dos hijas.

Las razones políticas que habian obligado á don Pedro el Católico á tomar por mujer á doña María de Montpeller no fueron bastantes para

que el rey aragonés consumase su union con ella.

Alarmados andaban aragoneses y catalanes, temiendo quedarse sin descendencia legítima de su rey, cosa que podria traer grandes disturbios y guerras civiles, poco convenientes al reino.

Echáronse, pues, á buscar los medios de que el rey don Pedro tuviese sucesion, y habiendo entendido que el rey estaba enamorado de una hermosísima doncella de la misma ciudad de Montpellier, hicieron de manera que engañaron al rey.

Echóse uno de los prohombres á corredor de amores, sacrificando á su patriotismo la violencia que se hacia al tomar tan ruin oficio, y conspirando con otra multitud de prohombres aragoneses, engañó al rey don Pedro, haciéndole creer que la dama en que tenia puesta toda su voluntad y toda su alma consentia en ser suya, pero con una condicion que la imponia su pudor: y era la de entrar de noche en el palacio, muy tapada y muy secretamente, y llegar sin ser vista á la cámara del rey, que debía estar á oscuras.

Conformóse don Pedro el Católico con estas condiciones, y con otras más serias se hubiera conformado (tal era la intensidad de su amoroso deseo), y el corredor, de acuerdo con los conspiradores, entre los cuales habia prelados y aun damas muy respetables, introdujo en el real apo-

sento, no á la hermosa doncella en cuestion, sino á doña Maria de Montpeller.

Engañóse el rey, aunque no comprendamos cómo pudo engañarse, ó bien pasó por todo.

 Durante la noche, mientras el rey se creía en posesion del objeto de sus ánsias, estuvieron multitud de gentes de Montpeller de rogativa en los templos, y cerca de la cámara real permanecieron orando toda la noche los más estirados prohombres de Aragon, con sus mujeres, y gran número de prelados.

Amaneció Dios, y aquella alta representacion del reino franqueó las puertas de la cámara y se entró de rondon, despertando al rey, que incorporándose sobre su lecho, y viendo aquella extraña procesion de gente noble de ambos sexos, cada uno de los cuales llevaba un cirio en las manos, echó mano á la espada que tenia junto al lecho, y los piés afuera de él preparándose á la acometida.

Pero en aquel momento, el que llevaba la voz de la diputacion le rogó no se sobresaltase ni temiese, y sólo sí que mirase quién era la dama con quien habia pasado la noche.

La crónica no dice si todos alumbraron con sus cirios para que el rey viese mejor, pero es de suponer que así lo hiciesen, atendido el interés que tenia el reino, allí representado, en obtener un príncipe heredero.

Miró el rey.

Conoció á su mujer.

Tuvo paciencia ó no la tuvo, pero debió tenerla, porque á pesar suyo dijo á sus prohombres estas ó semejantes palabras:

—Ya que habeis hecho esto, Dios quiera que salga segun vuestro buen deseo.

Se escapó de la cámara, y luego, sin perder tiempo de Montpeller, como protextando que aquello contra su voluntad se habia hecho, y que no perdonaba la mala pasada.

El rey don Jaime, en su crónica, cuenta el hecho igual en el fondo, pero muy diferente en la manera, lo que se comprende por el respeto á sí propio y á su madre.

Hé aquí lo que dice el gran rey :

«Contemos ahora de qué manera fuimos engendrado y cómo aconteció nuestro nacimiento. Es de saber primeramente que nuestro padre En Pedro (1) desamaba á la sazón á nuestra madre la reina, pero sucedió que un rico-hombre pudo conseguir con sus manejos que el rey fuese á reunirse con la reina. La noche aquella en que ambos estuvieron juntos, quiso el Señor que Nos fuésemos engendrado. Así que nuestra madre se

(1) En respecto á los hombres y aun en respecto á las mujeres, corresponde al don y al doña que se usaba en Aragon y en Castilla.

encontró embarazada, trasladóse á Montpellier, en donde por voluntad de Dios se verificó su alumbramiento en casa de los Tornamiras, la víspera de la Purificación de Nuestra Señora. Luego de nacido enviónos nuestra madre á la iglesia de Santa María: lleváronnos allí en brazos, y como se estaban cantando los maitines, sucedió que al pasar Nos los umbrales del templo, acertaron á entonar los clérigos el *Te-Deum laudamus*, sin que tuviesen noticia de que debiésemos estar allí. Fuimos enseguida presentado á San Fermin, y aconteció tambien que al entrar en la iglesia se estaba cantando el *Benedictus Domini rex Israel*. De vuelta en casa llenaron de alegría á nuestra madre tan buenos pronósticos. Mandó luego fabricar doce cirios de igual peso y tamaño, y hizo los encendiesen todos á la vez; dió á cada uno el nombre de un apóstol é hizo voto á Dios nuestro Señor de que le pondría el nombre del que durase mayor tiempo: fué este el de San Jaime, por esto Nos, por la gracia de Dios, nos llamamos Jaime. Así vinimos al mundo, descendiendo de nuestra madre y del rey En Pedro nuestro padre (1).»

Y dígase luego que no era todo excepcional

(1) Traducción de las crónicas del rey don Jaime, escritas por él mismo, por los señores Hortas y Bofarull.

en el rey don Jaime el Conquistador, hasta el nacimiento, hasta el nombre, en la manera de habérselo dado.

Murió el rey don Pedro I el Católico, y quedóse de seis años el rey don Jaime.

Sucedieron las turbulencias que tienen lugar en toda minoría por la ambición de los magnates.

Hubo bandos, en que se ensangrentó él mismo, y traición tras traición, humillación tras humillación, sus magnates empezaron á hacer mala sangre al rey desde muy niño, y á preparar las justicias y aun las tiranías que más adelante este tremendo rey ejerció sobre muchos de ellos; que en la crianza se hace á las criaturas su naturaleza moral y se desarrolla su carácter.

El rey don Pedro no habia dejado más hijo legítimo que don Jaime.

Fuera de matrimonio dejó una doña Constanza que reconoció públicamente cuando hubo de casarla con el senescal de Cataluña, Guillermo Ramon de Moncada.

Otro hijo natural llamado Pedro de Reyes, sin duda porque era hijo de rey.

De este hermano de don Jaime no se tienen más noticias que la inscripción de su sepulcro en la que dice que fué hijo del ilustrísimo señor rey don Pedro de Aragon.

No tuvo, pues, don Jaime que luchar con sus hermanos rebeldes como otros reyes.

Pero no tuvo que desear luchas, segun le combatian sus grandes vasallos.

Durante su infancia, el rey don Jaime no fué otra cosa que un pretexto para las ambiciones de los señores.

Pero muy pronto, ya en su adolescencia, don Jaime empezó á dar señales de sí mismo, y tales, que los magnates le prendieron incapacitándole y trayéndole de acá para allá.

Cuando las córtes de Daroca, teniendo ya el rey catorce años, compareció ante él don Guereu de Cabrera, que se titulaba conde de Urgel.

Habia este andado desavenido con el rey don Pedro, pero reprimido, y cuando aquel murió volvió á su rebeldía apoderándose de una gran parte del condado de Urgel, teniendo la avilantez de presentarse en Daroca para que el rey le confirmase en su rapiña.

Pero el rey se negó á verle, diciéndole que más adelante en Cataluña le veria.

Perdonó al fin el rey á Cabrera, por intercesion de otros grandes, todos los desafueros y delitos que habia cometido en su anterior rebeldía contra el rey don Pedro.

Los próceres andaban maleantes, y el rey, como se ha visto por el anterior ejemplo, se veia obligado á ceder, pero jurándolas en falso.

Confiábanse los ambiciosos en la buena manera que el rey don Jaime, en quien la intencion

política aparecía como una cualidad ingénita, se dejaba manejar y explotar por ellos.

Y á causa de esta nulidad del rey por sus pocos años, se iban aumentando las perturbaciones y enconándose los ódios entre los próceres, llegando al punto de juntar gente armada los unos contra los otros y hacerse la guerra como si hubieran sido reyes.

Un reino sin cabeza es un reino perdido, porque se levantan demasiadas cabezas para que pueda haber avenimiento ni gobierno alguno.

Los ricos-hombres don Nuño Sanchez, hijo del conde don Sancho, tío del rey, y don Guillermo de Moncada, vizconde de Bearne, hijo de Guillermo Ramon de Moncada, que mató al arzobispo de Tarragona riñendo por una causa baladí, por un azor torzuelo, y por aquello de no por el huevo sino por el fuero, y riñeron de tal modo, que rota la amistad que los había unido, apelaron á las armas, consiguiendo don Nuño por su parentesco con el rey, que este se pusiese de su parte.

Prohibió por consecuencia á Moncada, entrarse en las tierras de su enemigo, y Moncada, menospreciando el mandato real, cruzando el Pirineo, acometió al conde don Sancho, tío del rey, y á su hijo don Nuño, y tomando á escala franca un castillo cerca de Perpiñan, á seguida se fué sobre esta ciudad.

Los de Perpiñan, defendiendo á su conde, salieron al encuentro de Moncada, bajo el mando de Gisbergo de Barberá.

Cundió el fuego.

Don Nuño se irritó.

El vizconde Ramon Folh de Cardona, enemigo de Moncada, marchó al Rosellon á auxiliar al infante don Sancho y á su hijo.

Don Jaime, irritado por la inobediencia de Moncada, se metió de repente sobre sus tierras con cuatrocientos caballeros y tomó á Moncada y á sus amigos ciento treinta fortalezas y castillos, yendo á ponerse sobre el de Moncada, que está cerca de Barcelona, en una eminencia, é intimó á Diego de Moncada, que allí se hallaba, que se le rindiese.

Contestó el vizconde de Bearne que no obedecería al rey mientras le viese al frente de una hueste.

Sitió el rey al vizconde del Bearne, Guillermo de Moncada, y sucedió lo que otras veces, que los magnates reconocían como causa común resistir al rey y á su corte, y los sitiadores facilitaban víveres á los sitiados y ponían en su conocimiento todo lo que les era útil para defenderse.

Moncada acabó por presentarse completamente en rebeldía, y á la sombra de este poderoso magnate, se coaligaron todos los prohombres cuyo único objeto era mandar al rey y apode-

rarse de todo y dominarlo todo en su nombre.

Se transigieron entonces las diferencias entre don Nuño Sanchez y Guillermo de Moncada, es decir, se reconciliaron.

Entraban en esta liga, ó mejor dicho rebel-
día, las ciudades de Zaragoza, Huesca y Jaca,
y como caudillos aparecieron el abad de Montea-
ragon, el infante don Fernando, tio del rey, hom-
bre de carácter revoltoso, y que más que estar
en el coro le gustaba cabalgar en batalla y re-
volverlo todo; don Guillermo de Moncada y don
Pedro Ahones.

Ante lo formidable de esta liga hubo de cejar
el rey, y los tres caudillos rebeldes enviaron un
mensaje al rey, que estaba en Aragon con algu-
nos caballeros que creia leales, diciéndole que
á Aragon iban para someterse á su voluntad.

Convino el rey en ello, pero mandando á Nu-
ño Sanchez y á Pedro Fernandez no permitiesen
entrasen en Aragon más que cinco caballeros de
los coligados.

Don Nuño Sanchez se entendia ya con los
rebeldes y desobedeciendo al rey, dejaron entrar
una turba que arremetiendo al palacio, se entra-
ron por él, le prendieron al rey.

Obligado se vió á sucumbir don Jaime, á su-
frir todo género de humillaciones, hasta la de
tener guardia de vista cuando dormia con su es-
posa la reina doña Violante.

Moncada le sacó la promesa de resarcimientos injustos.

Don Fernando usurpó la autoridad real en nombre del rey.

Pero como no hubiese racion bastante para la ambicion de todos los próceres, empezaron á sobrevenir las disidencias y á quebrantarse la liga.

El mismo rey don Jaime dice en su crónica :

«Don Fernando, don Guillermo de Moncada y don Nuño se repartian entonces los honores de Aragon ; escudándose con que eran consejeros nuestros, hacian segun su antojo. Las envidias, la ambicion y los resentimientos de los prohombres eran causa de que creciesen las turbulencias.»

Quedaban sin embargo á don Jaime algunos caballeros leales y encontrándose en Tortosa, halló medio de fugarse al cercano lugar de Horta, que era de los templarios, y desde allí convocó á las córtes de Aragon para Teruel, donde debia crearse un ejército para entrar en tierra de moros.

La mente del rey era aparecer fuerte ante los rebeldes.

Sin embargo, le acudieron muy pocos amigos, reduciéndose á tres: don Blasco de Alagon, don Artal de Luna y don Alo de Foces, y ade-

más un antiguo servidor de su padre, ciudadano de Teruel, llamado Pascual Molynos.

En vano esperó don Jaime le acudiesen más partidarios que así había que llamarlos.

Apesar de esto, su llamamiento le produjo algunas ventajas.

El emir de Valencia, Abu Zeid, temeroso de una guerra con Aragon, le pidió treguas y le prometió un tributo equivalente á la quinta parte de los tributos que le daban las ciudades de Valencia y Murcia.

Irritado el rey por la defeccion de sus nobles, se trasladó de Teruel á Zaragoza y yendo de camino, al llegar á la aldea de Cutanda, se encontró con un escuadron de setenta ginetes á cuya cabeza iba don Pedro Ahones, uno de los jefes más importantes de la liga, que por cuenta propia se proponia hacer una entrada por tierra de Valencia.

Como el rey habia pactado treguas con el emir Abu Zeid, mandó á don Pedro Ahones dejase su empresa y le acompañase á Zaragoza.

Contestóle altivamente don Pedro Ahones que no le estorbaba su viaje.

—Don Pedro Ahones,—le respondió el rey,—por ir una legua conmigo no perdereis gran tiempo (1).

(1) De la crónica del mismo rey don Jaime.

No atreviéndose don Pedro á negarse por la firmeza que en el rey vió, le siguió hasta Burbaquena, donde el rey se aposentó en un palacio que era de los templarios.

Reprendido agriamente don Pedro por el rey que le apostrofaba porque á causa de la rebeldía de sus grandes se habia visto obligado á pactar con su enemigo de Valencia Abu Zeid, irritóse, y atropellando por todo respeto, contestó al rey que él y su hermano el obispo de Zaragoza, don Sancho Ahones, no podian renunciar á una empresa para la cual habian hecho grandes gastos.

Ya en los últimos términos del sufrimiento, don Jaime dijo á don Pedro:

—Pues que no me quereis obedecer, yo quiero llevaros preso.

Perdió la cabeza el soberbio don Pedro, y olvidado de todo, echó mano á la espada contra el rey, que arrojándose sobre él, le sujetó de tal manera, que no pudo sacar la espada.

En este tiempo, don Jaime tenia solo diez y siete años.

Don Pedro Ahones era conocido como uno de los caballeros más forzudos y más valientes de su tiempo.

Al ruido de la disputa acudieron los de don Pedro, que al verle en aquel apurado trance, le sacaron de entre las manos del rey, y escaparon á uña de caballo con su capitan hácia el castillo.

de Cutanda, que era del señorío del obispo de Zaragoza.

Don Jaime se armó rápidamente.

Cabalgó á la cabeza de sus caballeros y persiguió á don Pedro, que con los suyos iba que volaba.

Pero rendido de fatiga su caballo, tuvo que hacer frente al rey subiéndose á un cerro con veinte ó treinta de los suyos.

Don Jaime, que se habia adelantado á su hueste, no tenia junto á sí más que dos caballeros: el señor de Gudar y el de Pomar.

Los otros se habian quedado muy atrás.

Irritado don Jaime, sin mirar en nada, con sus dos vasallos arremetió el ascenso del cerro, y desenvainando su espada, cuando estuvo cerca Ahones y los suyos, gritó:

—¡Aragon, Aragon!

Y se precipitó á la arremetida.

Este maravilloso rasgo de valor en un rey tan mozo, fascinó por decirlo así, á todos los que con don Pedro Ahones estaban, y que le abandonaron, á excepcion de su escudero Martin Perez de Mezquita.

Don Pedro Ahones, como ya se ha dicho, era bravo y resistió con la fiereza del leon, cayendo al fin de un bote de lanza del prohombre Sancho Martinez de Luna que llegó en aquel punto.

La herida fué por la escotadura de la loriga,

y tal, que desmayado por la pérdida de la sangre, para no dar en tierra tuvo que agarrarse á al cuello del caballo.

Movido á compasion por esto el rey, echó pié á tierra, tomó en sus brazos á don Pedro Ahones y le dijo con acento triste:

—En mal punto vinisteis á parar, don Pedro Ahones. Valia más que hubiéseis creido lo que aconsejado os habíamos.

Llegaron entre tanto los de la escasa hueste del rey.

—Señor,—le dijo don Blasco de Aragon,—dejadme alancear á este leon en venganza de las demasias que os ha hecho.

A lo que el rey dijo:

—Dios os confunda por las palabras que hablais, don Blasco, y os digo ahora que antes que á don Pedro Ahones hirais tendreis que herirme á mí (1).

Púsose á don Pedro sobre un caballo, pero murió en el camino.

Le llevaron á Burbaquena y allí le dejaron.

Parecia que con la muerte de don Pedro Ahones escarmentarian los rebeldes.

Pero difícilmente los rebeldes escarmientan.

Se necesita esforzar contra ellos el terror para dominarlos.

(1) Crónica del rey don Jaime, escrita por él mismo.

Las turbulencias crecieron.

Sin el gran carácter de don Jaime hubiera sucumbido á la traidora ambicion de los próceres aragoneses.

Nada más justo que el renombre de Conquistador que se ha dado al rey don Jaime, porque tuvo necesidad de conquistar, aún niño, su propia corona.

La muerte de don Pedro Ahones, en vez de servir de escarmiento, rebeló todas las ciudades de Aragon, sublevadas por sus ricos-hombres escepto Calatayud.

Don Sancho Ahones, obispo de Zaragoza, reclamó venganza en nombre de su hermano.

Juntaba gente y acometia y tomaba á Albeira saqueándola y degollando á sus moradores.

Caudillo de su hueste nombró el rey al vizconde Ramon Folh de Cardona, que con don Blasco de Aragon y don Artal de Luna atravesando el Ebro, batieron una turba de zaragozanos rebeldes junto á Castellar.

En tanto el rey convocó córtés catalanas en Tortosa, y los leales catalanes le prestaron cuanto dinero, hombres y armas fueron necesarios para rechazar á los rebeldes de Zaragoza.

Nada semejante á la actividad de don Jaime.

Tenia por consejeros á Cardona, á Lizana, á Foces, á Ladron y á Pomar.

Estos le aconsejaron suspendiese por algun

tiempo las hostilidades hasta que Aspargo, arzobispo de Tarragona, fuese, como lo había prometido, á probar medios de conciliación.

Nada, sin embargo, consiguió el arzobispo, é iba á romperse la campaña, cuando el rey se encontró envuelto por una alevosía.

La ciudad de Huesca le envió un mensaje manifestándole que se le rendía.

Los leales no creen fácilmente en las traiciones.

Confiado el rey, fué á Huesca, y por demostrar más confianza no llevó gente armada.

Se le recibió con grandes muestras de alegría y lealtad.

Pero por la noche una inmensa turba rodeó la casa en que se aposentaba, pretendiendo prenderle.

Pero al amanecer el rey rompió armado y á caballo por un postigo y metiéndose entre los amotinados, les dijo:

—Yo soy vuestro señor natural, y en verdad que me asombra el que deba ir tan prevenido para entrar en las ciudades que Dios me ha dado y que mi padre me dejó, así como me pesa que haya de tener guerra con ellas.

Contuvieron estas palabras á la muchedumbre.

Se reunieron en consejo los próceres de la ciudad, pero se prendió al rey, se barrearón las

calles para que nadie pudiese pasar por ellas, y se envió un mensaje al infante don Fernando para que con los suyos viniese á Huesca, donde el rey estaba preso.

Inquebrantable siempre el rey don Jaime, y siempre sereno y astuto, lo que parecia inverosímil en sus pocos años, se valió de un ardid.

Mandó comprar gran número de carneros y muchos abastecimientos como si hubiera estado resuelto á esperar los acontecimientos.

Así es que los de Huesca se confiaron.

Una noche, armado de todas armas y á caballo, salió de su posada, se fué á la puerta de la ciudad que daba al Isuela, y haciéndola abrir por los guardas, escapó solo, yendo á buscar á Folh de Cardona y á sus otros caballeros, á quienes encontró aterrados porque todo lo temían por él.

En fin, tanto hizo don Jaime, tales muestras dió de valor, de energía y de astucia, que sus contrarios empezaron á sentir miedo.

Conocieron que era cosa grave mantener su rebeldía contra aquel leoncillo, y al fin se prestaron á avenimiento, y don Jaime y los principales de su partido, se vieron con don Fernando y sus parciales en la sierra de Alcalá.

Nombráronse árbitros para venir á un arreglo, y en 31 de Marzo de 1227 pronunciaron el arbitraje, Berenguer, obispo de Lérida, Aspargo,

arzobispo de Tarragona, y el gran maestre del temple Francisco de Mompesat, por cuyo arbitraje se decidian las diferencias que el rey tenia con sus vasallos rebeldes.

La liga se anuló por esta sentencia, obligándose los contrarios con el rey, á ser buenos y leales vasallos.

Don Jaime por su parte convino en recibirlos como tales vasallos, con tal de que ellos restituyesen las villas y castillos y todo lo que á la hacienda del rey habian tomado.

Tal era el estado en que se hallaban las cosas en Aragon á la fecha de 1228, en que el rey don Jaime apenas si tenia veinte años.

CAPITULO II

En que se sabe quién era el incógnito que entró en Lérída á buscar á una dama que le esperaba y quién esta dama era.

En Julio, y particularmente en las montañas suelen sobrevenir días que de invierno parecen.

Anochece uno de estos días y las casas de Lérída estaban envueltas en una luz gris, opaca, fría, melancólica, triste.

Corría un viento frío y desapacible.

Rugía el trueno en el espacio y llovía de una manera copiosa.

Alguno que otro transeunte iba muy deprisa por las calles, y las tiendas de los mercaderes se cerraban.

A este tiempo entró por la puerta Real un hombre ginete en un gran cuartago, todo encogido

y liado en un tabardo, con el capuz calado de tal manera, que no podia descubrirse si era jóven ó viejo, ni podia deducirse esto por su posicion á caballo, que era, como ya hemos dicho, mezquina.

No se veia en él señal alguna de armas.

Solo se veian bajo su tabardo las extremidades de sus piernas, 'cuyos piés se apoyaban en largos estribos.

Aquellas piernas estaban cubiertas por botas de cuero hervido, ya muy traídas y muy llevadas.

En cuanto al cuartago, no llevaba paramento alguno de guerra.

Era un caballo puramente inútil, ya respetablemente cargado de años y con una osamenta en que sin gran dificultad podia hacerse toda la anatomía de su persona á la simple vista.

Era, sin embargo, de buena madera, porque en cuanto á la marcha no hubiera sido más rápida ni más desembarazada, ni más vigorosa, la de un caballo jóven.

Pero es verdad que un inteligente hubiera conocido que si el caballo iba de tal manera, era por la querencia de su caballeriza.

Así es que cuando despues de haber recorrido algunas callejas, su ginete le revolvió por una que de su querencia le apartaba, el cuartago dejó ver algunos conatos de rebeldía.

Habia cerrado en tanto la noche, harto lóbrega, y la tempestad habia arreciado.

El ginete conducia con pena su caballo, á causa de la oscuridad, y al fin hubo de echar pié á tierra y tomarle del diestro.

Entonces, á haber luz, hubiera podido verse que el tal ginete estaba muy lejos de ser viejo ó débil, porque marchaba de una manera firme, en actitud erguida, y como pudiera haberlo hecho un jóven en toda la lozanía de su edad, y en todo el desarrollo de sus fuerzas.

Continuó marchando y arrastrando, que no llevando, al caballo, que habia acabado por dejarse dominar por la tempestad.

El ginete se detuvo al fin en una pequeña plaza, en uno de cuyos lados habia una de esas pequeñas ermitas que con tanta frecuencia se veian en la Edad Media, ya en las poblaciones, ya en los campos, y en cuya sencilla portada bizantina, delante de una severa estatua de mármol de la Virgen, pendia una especie de caldera de hierro en la que ardía una estopa alquitranada, cuya llama resistía al viento y á la lluvia.

Gracias á esta luz, en el otro no muy distante, frente de la plazuela, se veía un alto muro y entre dos torrecillas semicirculares un postigo rebajado, y sobre él un bello agimez gótico.

Corria encima una galería, y luego los matacanes y las almenas.

Era una casa fuerte de aquellas que cada rico-hombre tenia en las ciudades ó villas de su señorío, á más del castillo, que estaba siempre allá en algun vericuelo, y que sólo servia en caso de guerra, porque estos castillos eran incómodos, á excepcion de muy pocos, que, á más de ser castillos, eran palacios, y se llamaban alcázares.

Llegóse el ginete del capuz al postigo de la casa fuerte.

Tiró de una cadena, que hizo resonar en el interior uno como esquilon, que estas eran las campanillas que en aquellos rudos tiempos se usaban, y que hasta nuestros días han conservado los frailes, y á poco se abrió el agimez, y no una voz hombruna de guardia ó portero fué la que se oyó, sino una juvenil voz de dama, pura, argentina, armoniosa y timbrada por un encanto irresistible que revelaba un alma ardiente y apasionada.

—¿Sois vos?

—Sí, yo soy,—contestó una voz varonil, joven tambien, armoniosa y dulce, sin duda á causa de la persona á quien se dirigia, pero que revelaba una gran firmeza de carácter.

—¡Ah! yo creí que no ibais á llegar nunca,—contestó la dama, que dama era sin duda la del agimez.—Esperad, que para no tardar mucho, yo misma voy á abrir el postigo.

A poco se descorrieron sordamente dos cerrojos, que no parecía sino que por su magnitud resistían á la mano de quien los descorría.

Con no ménos trabajo se desechó una llave, y en cuanto al postigo, que era fuerte y plancheado de hierro, y estaba premioso, no se hubiera abierto si el de afuera no hubiera empujado.

Y le abrió con facilidad, con una sola mano y sin esfuerzo, lo que demostraba lo vigoroso de aquel hombre.

Apareció tras el postigo una dama con rico traje de seda y lana, á colores en cuarteles azules y rojos, y de escote cuadrado, que dejaba ver una hermosa garganta, en la cual había un hermoso collar de oro.

Una toca de brocado árabe ceñía una hermosa y gentil cabeza de cabellos rubios.

Era, en fin, esta dama, una jóven como de diez y ocho á veinte años, alta, esbelta, desarrollada, blanca como el ampo de la nieve, y con los ojos dulcemente celestes.

Sus largas trenzas la caían sobre el pecho hasta más abajo de las rodillas.

Era una admirable criatura, y miraba con el afán del amor al recién llegado.

Este metió dentro el cuartago, y en muestra de galantería cerró el postigo, echó un cerrojo, corrió la llave, la dejó en la cerradura, ató á ella la rienda del caballo, y á seguida se quitó el

ámplo tabardo, le arrojó sobre el arzon y quedó descubierto un hermoso jóven, ricamente vestido con sayo de brocado y calzas de grana.

A la cintura una espada corta y ancha con empuñadura de oro, y un puñal así mismo rico.

Lo único que desdecia de su atavío eran las viejas botas de cuero hervido que llegaban hasta más arriba de las rodillas.

Aquel caballo, aquellas botas y aun aquel tabardo, no habian sido indudablemente más que un disfraz.

El rey se habia venido solo, contando con llegar á Lérida por la noche, sin reparar en el peligro, desde el Coll, donde tenia su hueste apercibida para imponerse á los nobles que en Lérida mantenian aún la liga que los procuradores de algunas ciudades habian hecho en Jaca.

Don Jaime se mostraba siempre bravo, aventurero y romancesco.

Impulsábale á ir como en aventura á Lérida, no sólo el acabar de reprimir aquellos nobles rebeldes, á cuya cabeza en Lérida se encontraba el vizconde Geraldo de Cardona, señor del Bearne, sino tambien el interés de ver á doña Aurembiaix de Armengol, hija de Armengol, conde de Urgel, y de la condesa de Subirats.

Habia el rey cedido en o'tro tiempo, porque á

ella se habia visto obligado por grandes razones políticas, el condado de Urgel á Geraldo de Cardona en daño de doña Aurembiaix, niña aún, pero reservándose el atender un dia á las reclamaciones de la desposeida. Mediaba la circunstancia de que, niño aún don Jaime y doña Aurembiaix de Armengol, se habia tratado su casamiento entre el rey don Pedro II, padre del niño y el conde de Urgel, padre de la otra.

La política habia hecho que este casamiento quedase en proyecto, y que más adelante don Jaime casase con doña Leonor de Castilla, hermana de la reina doña Berenguela, madre de don Fernando I, el Santo.

Pero los jóvenes recordaban que como quien dice, habian estado apalabrados por sus padres.

Fama de hermosa, hermosísima, tenia la jóven doña Aurembiaix, y de ser el mejor mozo de su tiempo don Jaime, razon por la cual nada tenia de extraño existiese una cierta tendencia del uno hácia el otro entre doña Aurembiaix y el rey don Jaime.

Ya en varias ocasiones, doña Aurembiaix, acompañada de don Guillen de Cervera su padrastro, con el cual habia casado en segundas nupcias su madre la condesa de Subirats, habiendo ido á impetrar del rey se la devolviese en justicia el condado de Urgel, como heredera única y legítima del conde Armengol.

Pero traian entonces á mal traer al jóven soberano, sus soberbios prohombres y no era ocasion de disgustar al poderoso señor del Bearne, Geraldo de Cardona, por lo cual don Jaime habia contestado siempre con una evasiva á la hermosa doña Aurembiaix.

Pero las circunstancias habian cambiado.

El valor, y la sagacidad que el rey habia desplegado en la que puede llamarse conquista de su corona, su indomable energíá, su austeridad y su astúcia para escaparse de las redes que le tendian, y la desastrada muerte del poderoso don Pedro Ahones, habian robustecido el poder de don Jaime, cuando apenas contaba veinte años.

Doña Aurembiaix habia vuelto á la carga.

Se habia presentado en Lérida solicitando una entrevista con el rey.

Habíanse visto, en efecto, algunas veces y en secreto, doña Aurembiaix y el rey, que por aquel tiempo habia repudiado ya á doña Leonor de Castilla.

Libre estaba para contraer otro matrimonio, y doña Aurembiaix habia creído muy posible fuese ella la que sucediera en el tálamo de don Jaime á la repudiada doña Leonor.

¿Y qué, pues que no habia existido un proyecto de casamiento entre ella y el rey?

Don Jaime, firme, grande, poderoso para to-

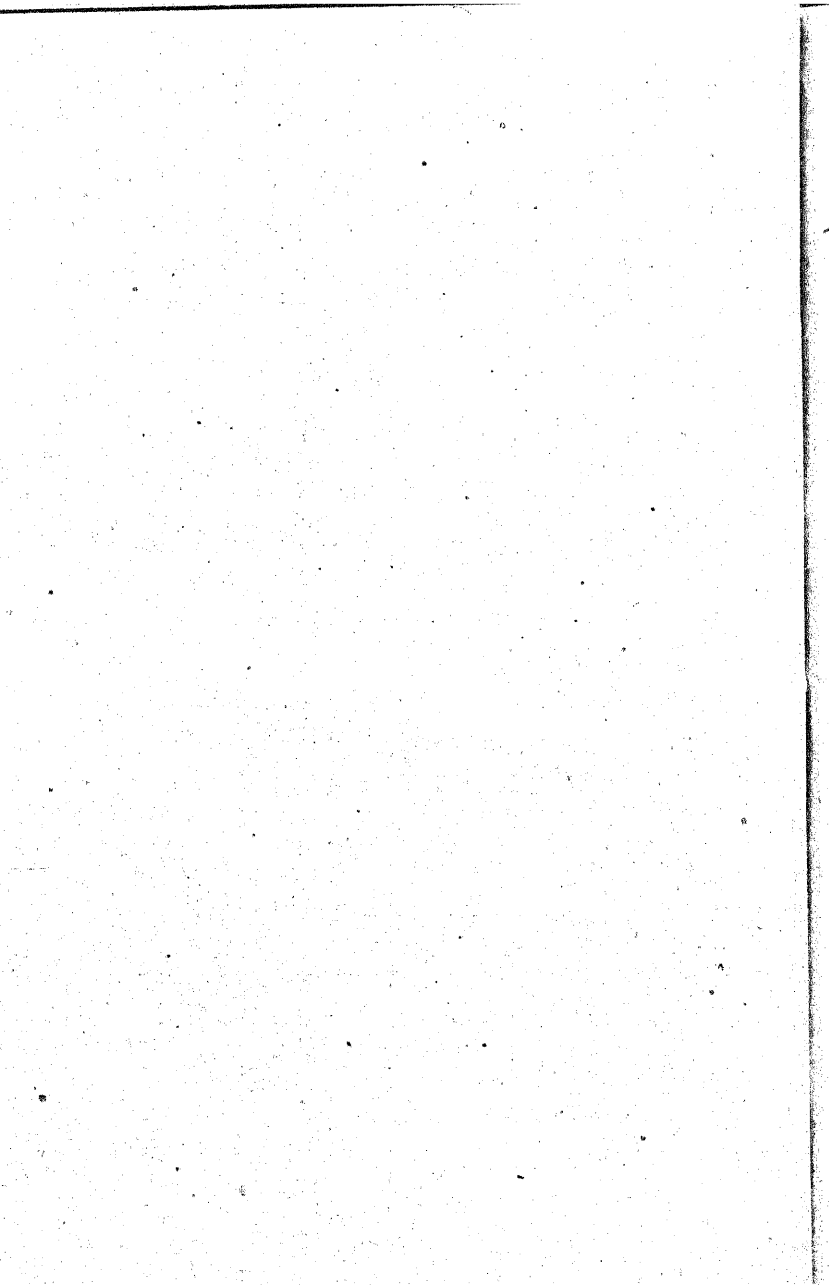
do, tenia, sin embargo, un flaco, por el que aparecia muy dócil, y este flaco eran las mujeres.

Doña Aurembiaix no habia podido ménos de enamorarle, y si antes no la habia solicitado don Jaime, habia sido por dos razones: primera porque siendo casado contaba con la seguridad de que la orgullosa princesa no se prestaria á ser su amiga, y despues porque aunque esta dificultad se hubiese allanado, una vez en amores con doña Aurembiaix, no hubiera podido negarla nada, y no le convenia romper con el poderoso Geraldó de Cardona.

Pero ya en otra situacion, habiendo roto Geraldó de Cardona con el rey, obligado este á reducirle habiendo repudiado don Jaime á doña Leonor, sus amores con don Jaime tenian un viso de probabilidad.

Dió en pensar en ello don Jaime.

Estrechó sus relaciones con doña Aurembiaix y con su padraastro, y al fin anunció á la primera una entrevista decisiva á la cual acudió, como hemos visto, solo y disfrazado, pero dejando órden á los lugartenientes de su hueste de se acercasen á Lérída y que una vez bajo sus muros hiciesen entrar en la ciudad ciertos aparatos con los que el rey contaba para acabar de imponer respeto á aquellos de los prohombres rebeldes que aun no se habian sometido.



CAPÍTULO. III

En que se vé que la condesa doña Aurembiaix de Armengol era una persona decente.

Siguió doña Aurembiaix, que ya habrán comprendido nuestros lectores que esta era la dama que habia recibido á don Jaime por unas estrechas escaleras hasta llevar al rey á una rica cámara.

Antes de entrar en ella, en la antecámara, se quitó el rey las viejas y grandes botas que afeaban su rico atavío, apareciendo calzado con unos preciosos borceguíes de marroquí, deliciosamente bordados de oro.

No podia darse nada más hermoso ni más varonil, ni más irresistible para una mujer, que el rey don Jaime.

Sentóse en un sillón la hermosa doña Aurembiaix é invitó al rey á que se sentase.

Tomó este un escabel y se sentó á los piés de doña Aurembiaix.

La asió las manos sin que ella hiciese nada para impedirlo, y se las besó sin que ella las retirase.

Por el contrario, doña Aurembiaix miraba con los ojos impregnados de amor, adormecidos, lucientes, con un fuego dulcísimo, y con la expresion más enamorada del mundo á don Jaime.

Cuando este dejó de besarla las manos, la condesa perdió los bellos y rosados dedos de la mano derecha en los rubios cabellos del rey.

Se inclinó sobre él y le besó en la frente.

El rey gimió.

—Como una hermana,—dijo doña Aurembiaix.

Y entonces retiró una mano de las manos del rey y la otra de sus cabellos y se apartó un tanto para que el rey no estuviese tan cerca de ella.

—¿Sabeis señora,—exclamó el rey,—que sois terrible en el arte de la guerra, y que se pueden tomar lecciones de vos?

—Mirad,—dijo doña Aurembiaix,—mi madre es muy dada á los ejercicios varoniles, y más de

una vez acompañó á mi padre en batallas; pero yo no he sacado la menor aficion á la guerra, soy toda paz y mansedumbre: ¿por qué, pues, decís eso?

—Porque presentais la batalla, señora,—respondió don Jaime,—y en vez de venir á las manos con el enemigo, volveis riendas y escapais, lo que me indica quereis meter al enemigo en una celada y allí caer sobre él y hacerle cautivo.

—Dadme lo que me toca de derecho,—dijo dulcemente doña Aurembiaix, mirando siempre enamorada al rey como si no hubiera podido evitar ó apagar el fuego de amor que fluía de sus ojos,—y dejadme en paz, yo os lo ruego.

—Yo no puedo dejar en paz á quien me tiene en guerra,—dijo don Jaime, ganando el terreno perdido, ó mejor dicho, avanzando sobre la retirada de doña Aurembiaix, esto es, acercando de nuevo su sitio, y de tal manera, que tocó con su pecho las rodillas de la hermosa.

Esta tomó de nuevo distancia, sonriendo al rey, pero de una manera que quería decir:

—Os amo, pero os engañais: yo no puedo ser vuestra amiga.

—Si continuamos así,—dijo el rey avanzando de nuevo,—vais á llegar al fin al muro y os

vais á encontrar entre la hueste enemiga y una cortadura.

—¡Bah! tened juicio, señor rey,—dijo doña Aurembaix;—desengañaos, yo os amo cuanto puede amar una mujer á un hombre, estoy enamorada de vos, me recreo con toda mi alma en vuestra hermosura; no puedo seros más franca: pero ¿qué hacer? ¿creeis que por enamorada que yo esté de vos no estoy más enamorada de mi dignidad?

Si vos me amárais como yo os amo, ¡oh! entonces, entonces... No veais ambicion en lo que voy á deciros: yo prefiero tener coronado el corazon á tener coronada la cabeza; me basta y aun me sobra con la diadema de perlas de mi condado de Urgel. Si vos sintiérais por m amor que yo siento por vos, la condesa de Urgel se llamaría reina de Aragon; pero la condesa de Urgel, señor rey, no puede ser vuestra amiga. Si no me amais, pues, como yo os amo, ¿por qué solicitar lo que es imposible?

—¡Ah! teneis unos ojos que matan, una serena frente que encanta, una rosada y fresca boca de la cual fluyen delicias, una garganta que me enloquece. No digais que no os amo, porque, mirad, tiemblo todo.

—Achaque vuestro, que no temblais ante la muerte y temblais ante una mujer, por poco

que os agrade y con que os parezca un poco difícil.

—Pero ¿á quién, á quién puedo yo amar que sea ni aún remotamente tan hermosa como vos, tan encantadora como vos?

—¿A quién?—contestó doña Aurembaix palideciendo y frunciendo el entrecejo, y dejando ver en sus ojos una expresion de celos.—A doña Yolanda, esa esposa que habeis buscado ó que os han propuesto allá, en los quintos infiernos, en Hungría.

—No la conozco, casamiento es este de corte, exigencias de la política.

—Mirad, don Jaime, que ni una intriga de amor puede disculpar que un rey tan grande como vos mienta; perdonad, pero la verdad no tiene más que una palabra; mentís cuando decís que no conoceis á doña Yolanda, la hija del rey de Hungría, que muy pronto debe ser vuestra esposa.

—Querria yo que me probaseis,—contestó don Jaime,—que yo conozco á doña Yolanda. Sólo sé por mis embajadores que es alta, recia, gran mujer, blanca, rubia y con los ojos azules.

—¿Y no os han traído vuestros embajadores un retrato de doña Yolanda esmaltado en oro, con marco de oro y pedrería, y bajo una tapa que el retrato tiene por el reverso un rizo de dorados cabellos?

Miró el rey atónito á doña Aurembiaix, y no respondió ni una palabra.

—¿Es cierto ó no,—dijo la condesa,—que vuestros embajadores os han traído en una caja de marfil envuelta en un paño de brocado, con una sobreenvoltura de seda, sellada con el sello real de Hungría, el retrato de doña Yolanda, con una carta suya?

—Me parece á mí que al fin al fin voy yo á cocer á alguien,—dijo el rey,—y me parece que ese alguien va á ser á mi camarero Martin Perez; ¡traidor inicuo!

—¿Quién tiene la culpa de que vuestros servidores se os parezcan, siendo, como vos, tan aficionados á las mujeres? A tal amo tal criado.

—Le cuezco,—contestó el rey;—es necesario en fin, que yo cueza á alguien. El rey don Fernando, mi sobrino, no cuece más que á los herejes albigenses como si fueran cangrejos, mi queridísima doña Aurembiaix. Y bien; ¿no os parece que un camarero que falta de tal manera á la lealtad á su señor, merece ser cocido vivo? Juro á Dios que al borde de la caldera he de ponerme para no perder ninguno de los visajes que haga el inicuo Martin Perez á medida que se vaya calentando el agua.

—No digais eso, señor, que me repugna, y acabaría por aborreceros si os creyese capaz de

una tal crueldad. A un malhechor y á un traídor, se le alancea, se le descabeza, se le ahorca; vos alanceasteis con gran razon y derecho al miserable don Pedro Ahones, y habeis alanceado á otros; pero cocer viva á una criatura de Dios, por criminal que sea, eso se queda para el rey don Fernando de Castilla, que se ha entregado de piés y manos al Papa, que ha traído la inquisicion á sus reinos.

—Pues ved ahí; en fuerza de verle cocer albigneas han dado en llamarle el Santo, y le canonizarán, sí señor, le canonizarán, y si muere antes que nos, tendremos que adorarle y ver que le ponen en los altares de nuestras iglesias.

—Pues no os aventaja en cristiandad ni en piedad, ni os aventajará en hacer la guerra á los infieles, que ya me han dicho que pensais en la empresa de Valencia.

—Haremos por la pátria y por Dios, y con su santa ayuda y con la de San Jaime, nuestro patron, lo que podamos, condesa; pero haríamos mucho más si tuviéramos la felicidad de vuestros amores.

—Allá, allá, vuestra doña Yolanda. En cuanto á mí, acabaré por casarme con alguno á quien, si no ame, no me repugne; pero os escusais de hablar del retrato de vuestra prometida. Es sin duda que no quereis mostrármelo, porque debeis llevarle con vos.

—Esto es más cruel,—dijo don Jaime,—que cocer á un hombre vivo, y á fuego lento. ¿Si sabeis que yo no tengo ese retrato, ¿por qué me lo pedís?

—Debeis estar desesperado, don Jaime, y porque os amo no quiero continueis en vuestra desesperacion, porque ¿qué vais á decir á esa señora cuando venga y con vos se case y os pida su retrato? Esperad; yo soy tan compasiva como vos podeis serlo, que ya sé yo que no matareis sino cuando os veais forzosamente obligado á ello. Esperad.

Y la hermosa condesa se levantó.

Se fué á uno de aquellos magníficos joyeros de la Edad Media, de hierro cincelado, incrustados en oro, adamasquinados, nielados, que estaba sobre una preciosa mesa.

Le abrió y sacó de él un objeto del tamaño de un libro en cuarto envuelto en un paño de seda muy doble carmesí, doblado de modo que habia estado sujeto en un sello de cera.

Volvió á su sillón.

Se sentó.

Desenvolvió aquel objeto que dejó ver una nueva envoltura de finísimo brocado de oro y plata.

Quitada esta envoltura, apareció una nueva caja de marfil, bizantina, de una preciosa labor.

Abrió doña Aurembiaix esta caja, cuyo interior estaba forrado de terciopelo carmesí, y apareció un medallon como de seis pulgadas de longitud y cuatro de ancho, con marco de oro y pedrería, en cuyo centro se veía uno de esos deliciosos y admirables esmaltes de aquel tiempo, representando una mujer como de veintidos á veinticuatro años, de una hermosura maravillosa, pero no tan grande como la de doña Aurembiaix.

Tomó esta el medallon.

Le volvió.

Levantó una tapa y apareció un rizo de cabellos sujeto con un lazo de oro y piedras preciosas.

—Irremisiblemente,—exclamó el rey,—á la caldera con Martin Perez.

—¡Pobre diablo!—exclamó la condesa cerrando el medallon y la caja, y poniéndose á envolverla de nuevo;—¿y sabeis acaso si ha sido él?

—Preso le he tenido quince dias,—exclamó el rey,—porque sólo él podia haber hecho desaparecer el retrato. En fin, tanto pagué, que yo le perdoné; pero no me convencí de que él no fuese el ladrón, por más que negaba y niega.

—¿Qué quereis?—dijo doña Aurembiaix;—los ojos son unos traidores; ellos dan entrada

á lo que nos pierde; vos me enviabais á vuestro leal Martin Perez con las respuestas á mis cartas.

—Ya, pues sí,—dijo don Jaime tosiendo de una manera particular;—¡y ese mal nacido, sin medir la distancia que de vos le separa, se ha enamorado de vos! No hay redencion; á la caldera; á la caldera. Veremos, al fin, qué cosa es esa del cocimiento de un hombre vivo.

—Enamoróse Martin Perez hasta las entrañas, y no disimuló su amor, sino que lo confesó y fué correspondido, y lo es.

—¡Señora!—exclamó don Jaime poniéndose de pié y dejando ver una expresion dificilísima de describir.

—¿Sabeis que me va pareciendo que verdaderamente estais enamorado de mí don Jaime?—dijo doña Aurembiaix que ya habia acabado de envolver la caja.—Sino es ya, que en vez de ser celos eso que manifestais es vanidad ofendida; sentaos y no me hagais la ofensa de creer, no ya que puedo enamorarme de un cualquier hidalguelo de vuestra servidumbre, sino dejarle sin que le apaleen mis criados si se atreve, no ya á decirme que me ama, sino á mirarme de una manera que lo dé á entender. Pero yo tengo una grande amiga, casi una hermana.

—¿Y una amiga vuestra á quien como hermana amais y que por tanto debe ser hembra de

linaje, se ha enamorado de mi camarero Martin Perez?

—Esta hermana mia, esta amiga del corazon, tiene doncellas.

—¡Ah!—exclamó el rey tranquilizándose.

—Pues debias haber pasado una cosa semejante don Jaime. Todo otro pensamiento debió pareceros una insensatez. Conmigo estaba doña Berta cuando con una carta vuestra llegó Martin Perez?

—¿Se llama Berta vuestra amiga?—dijo el rey.

—No; mi doncella, mi amiga, se llama doña Teresa Gil de Vidaura.

—¡Ah! ¿La hija de Fernan Vidaura?

—La misma señor rey; su padre está en desgracia con vos y de mí vino á ampararse con su hija. En fin, y continuando, Martin Perez se aturdió cuando vió á doña Berta; doña Berta se aturdió cuando vió á Martin Perez, se hablaron, se convinieron: la dijo en la confianza de su amor lo que sabia: que habian ido embajadores de Aragon á Hungria y de Hungria á Aragon para vuestro casamiento con doña Yolanda: pregunté á Martin Perez, le prometí tomarle á mi servicio, casarle con doña Berta, recompensarle; me ayudó doña Berta á decidirle, y el resultado fué que yo tuve este retrato que os devuelvo porque no me sirve para nada.

Tomó el rey el retrato y le sujetó en el talabarte de su espada.

—Ahora, dijo doña Aurembiaix exijo de vos pleito homenaje como rey y caballero, de que no cocereis ni vivo ni muerto á vuestro camarero Martin Perez.

—¿Y cómo puedo yo negaros nada señora mia, dijo el rey,—aunque merece bien ese traidor ser atenazado y hecho pedazos por cuatro potros?

—No basta que no le cozais—dijo doña Aurembiaix;—es necesario que le conserveis á vuestro servicio, en vuestra gracia.

—Para que yo os negara algo seria necesario pidiéseis un imposible,—dijo el rey.—Pero en premio de mi humildad, de mi obediencia, señora, tened compasion de mí.

Y el rey estrechó de nuevo la distancia.

—Sois un guerreador tenaz,—exclamó la condesa,—y por lo mismo, no os ofendais si me hago acompañar, señor rey para que vuestra tenacidad cese. ¡Hola!

Apareció una doncella.

Esta doncella no conocia al rey.

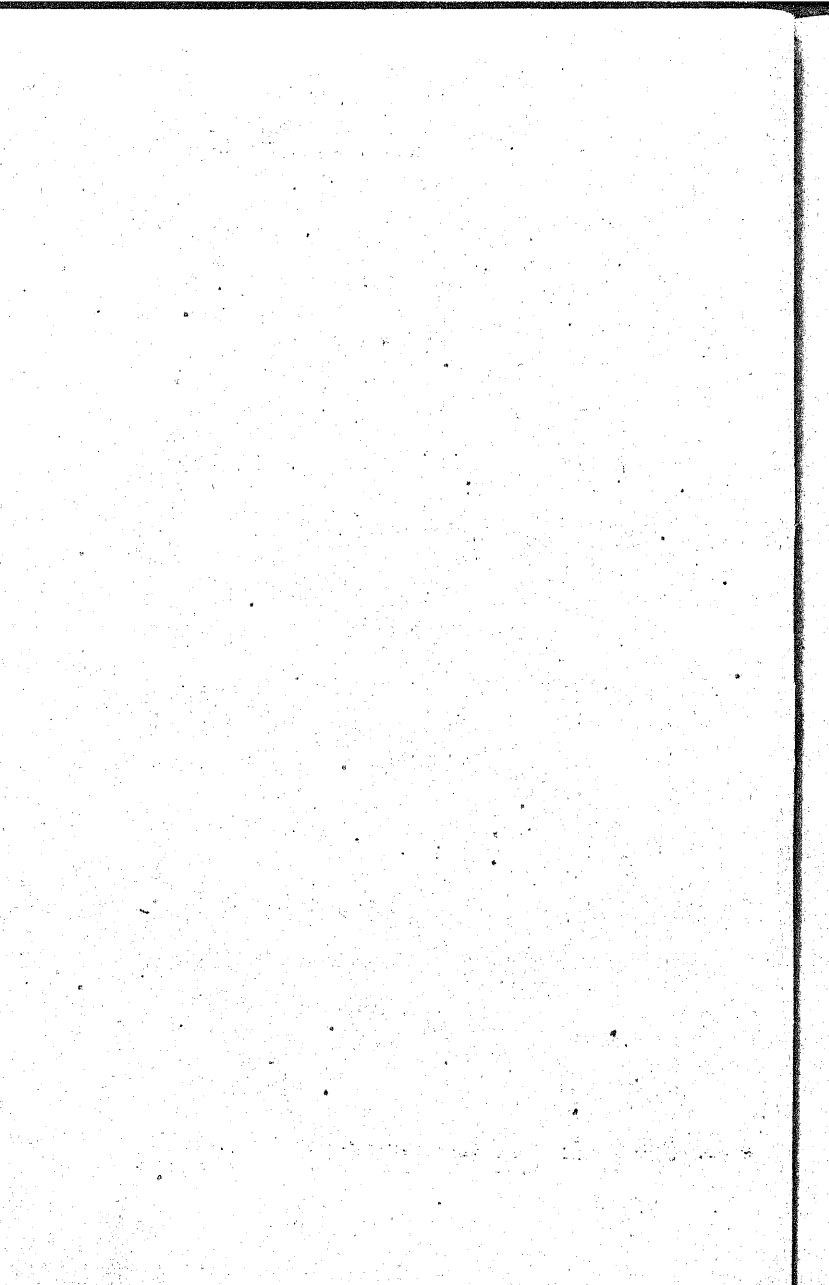
—Decid á doña Teresa,—la dijo doña Aurembiaix,—que yo la suplico venga.

La doncella desapareció.

—¡Ah! lo repito,—exclamó don Jaime,—sois más cruel para conmigo, condesa, que mi

sobrino don Fernando para los herejes albigenses.

Y levantándose y apartando el sitio, tomó un sillón, se colocó á una respetuosa distancia de doña Aurembiaix, y se sentó.



CAPITULO IV

De cómo por una ingeniosa venganza de doña Aurembiaix conoció el rey á la que debía ser su grande amor y su grande inconveniente.

A poco de haberse ido la doncella se oyó en una habitacion inmediata el crugimiento de una tela fuerte de seda, y el paso precipitado de una dama que se acercaba.

Se abrió el tapiz que cubría la puerta, y apareció una diosa.

Baste decir que con toda su hermosura doña Aurembiaix palidecia, se hacía una cosa vulgar comparada con la dama que acababa de aparecer.

Era de buena estatura, ni alta ni baja, extraordinariamente esbelta, casi aérea, blanca, con esa blancura nítida é incitante de las españolas.

Grandes ojos negros, velados por un no sé qué

misterioso y casi divino; cabellos negros y on-deados, nariz recta y fresca, boca de una forma hechicera y de un sonrosado purísimo y dulce, rostro oval, garganta larga, ensanchada en su base, y soberbio, magnífico tallo.

Era un prodigio de diez y siete á diez y ocho años, y éste prodigio se llamaba doña Teresa Gil de Vidaura.

Nunca habia visto al rey.

No sabia que él estuviese allí, y habia entrado de una manera espontánea, como una mujer entra en el cuarto de una amiga.

Habia avanzado cuatro ó cinco pasos.

El rey estaba sentado junto á una mesa de mármol que habia en el centro de la cámara y en que ardian en un candelabro de hierro cincelado con incrustaciones de oro, seis bujías de cera blanqueada, que arrojaban una fuerte luz.

La cabeza y la parte superior del cuerpo del rey estaban iluminados de lleno y de una manevigorosa.

Doña Teresa se detuvo.

Se quedó inmóvil y como sobrecogida, con la boca entreabierta y los ojos dilatados mirando al rey.

El rey, por su parte, habia llegado hasta lo más intenso de la palidez, y sus ojos se hicieron vagos por un momento, fijándose al fin, asombrados en doña Teresa.

Doña Aurembiaix observaba aquello con una mezcla de alegría y de dolor, dolor de amor, alegría de venganza.

—¡Ah!—decía para sí, entretanto, comprendiendo en la sorpresa que se habían causado á primera vista don Jaime y doña Teresa, que aquel era el nacimiento de un amor apasionado, delirante, invencible.—Yo no podía vencerla, pero la vences tú.

Aquella situacion pasó rápidamente.

Doña Teresa se rehizo y saludó con una reverencia al rey, por más que todavía no supiese ni aún adivinase que aquel hermoso caballero era el rey don Jaime.

Este, por su parte, compuso su semblante, se levantó, saludó á doña Teresa, y luego la sirvió un sillón á la derecha de doña Aurembiaix.

Doña Teresa hizo una nueva reverencia al rey y se sentó.

El rey fué á sentarse.

—Señor,—dijo doña Aurembiaix,—tengo el honor de presentaros á mi buena amiga doña Teresa Gil de Vidaura, hija de vuestro buen vasallo el señor de Vidaura.

—¡Ah! ¡el rey!—exclamó de una manera indescribible, profunda, suprema, doña Teresa.

Y se puso de pié

—Hacedme la merced de sentaros señora mia,—contestó don Jaime,—ó levantaréme yo.

—Gracias, señor,—dijo con voz apenas perceptible doña Teresa.

Y volvió á sentarse.

Bajó los ojos, pero sin poder evitarlo volvió á levantarlos, y los fijó de una manera espantada y dolorosa en el rey, como quien veía un imposible en la persona que se la había entrado en el alma.

El amor es terrible.

No hay disimulo, no hay decoro, no hay conveniencia que puedan ocultarle.

El rey procuraba en vano disimular el atractivo irresistible que para él tenía doña Teresa.

Doña Aurembiaix sonreía de una manera leve é incalificable.

—Y bien, señor,—dijo,—tiempo es ya de que me cumplais lo que me habeis prometido: el noble señor don Geraldo de Cardona posee contra toda razon y derecho mi condado de Urgel, y además de esto, rebelado está contra vos en liga con otros señores rebeldes, en tanto que mi padre el conde Armengol siempre fué leal á vuestro noble padre.

—No hubiera yo venido á veros secretamente, señora,—dijo el rey,—sino para asegurar más la revindicación en justicia que voy á haceros de vuestros estados. Mañana mi hueste estará sobre Lérida, y si esos rebeldes á mi merced no vienen, yo os juro por Dios y por Santa María, su madre, y por San Jaime, mi patron, tomar sobre mí el

trabajo de ganar al vizconde del Bearne, villa á villa, castillo á castillo, con mi mesnada, vuestro condado de Urgel, y quiero que Dios me lo demande, señora, si así no lo hago.

—Y yo os beso la mano, señor rey,—contestó doña Aurembiaix,—por la justicia que me haceis, y más aun, por la merced de tomar sobre vos la pena de ganarme mi condado si necesario fuese; y ahora, señor, si estais cansado y quereis reposar, decídmelo, y yo mandaré se os aposente no tal como vos mereceis, sino como yo puedo hacerlo.

—En verdad, en verdad, doña Aurembiaix,—dijo el rey,—no os habeis engañado cuando habeis supuesto que necesito reposo; cansado estoy como si hubiera estado combatiendo todo el dia. Así, pues, yo os suplico deis las órdenes para que se me aposente.

Llamó doña Aurembiaix.

Acudió una doncella.

Dió la orden doña Aurembiaix de que acudiesen sus mayordomos, su servidumbre.

Todos acudieron en la habitacion inmediata.

El rey se levantó.

Se levantaron ellas.

Las saludó don Jaime, y salió.

Le importaba ya poco el incógnito, puesto que no se habia negado á que le viesen los criados de la condesa.

Una larga fila de pajes, serios, comedidos, aparecian á uno y otro lado de la puerta.

El mayordomo, con su cadena de acero sobre el pecho, y las armas de Urgel en la dalmática, y su vara de ébano con extremo de plata, saludó profundamente al rey y le precedió.

Alabarderos cubiertos con sus lorigas, formaban más allá una calle, tendidos en dos hileras.

Esta servidumbre, esta guardia, demostraban el alto estado de doña Aurembiaix, á pesar de que estaba desposeida del pingüe, del soberbio condado de Urgel, que hacia de ella una princesa que podia aspirar á enlazarse con un soberano.

El rey, servido de aquella noble manera, fué conducido á una magnífica cámara que se le tenia preparada.

Entró, y con él el mayordomo y dos camareros para servirle.

El rey despidió al mayordomo.

Examinó profundamente á los dos camareros cuando se hubo quedado solo con ellos.

Despidió al uno.

El otro con que se habia quedado tenia la expresion reservada y astuta.

CAPITULO V

De como al rey don Jaime, corriendo una aventura de estudiante, se le armó otra aventura imprevista.

—Tú te atreves á todo,—dijo el rey al camarero en cuanto se hubieron quedado solos.

—Señor, por vuestra señoría, no hay nada á que yo no me atreva,—contestó el camarero.

—Así lo creo,—dijo el rey;—por lo mismo cuento con que me introduzcas, cueste lo que cueste, en el aposento de una dama que hay en esta casa.

El rey don Jaime era así.

No se andaba por las orillas.

Se iba derecho al negocio.

El camarero no se atrevió ni aún á mostrar vacilacion, aunque se le ocurrió que la dama en cuyo aposento pretendia el rey le introdujese, no era otra que doña Aurembiaix.

—Para esto, señor,—respondió,—no basto yo solo, mi señora tiene guardia á la puerta de sus aposentos como persona real, y además, cerca de sí, sus dueñas y sus doncellas.

—Y dime, doña Teresa Gil de Vidaura,—dijo el rey,—tiene tambien guardia á la puerta, dueñas y doncellas junto á sí, ó tal vez habita en los mismos aposentos que la condesa.

—No, señor, doña Teresa,—contestó ya más alentado el camarero, porque veia la cuestion ménos difícil,—vive en la torre de las Palomas que dá al Mediodía, y no queda guardia á su puerta, ni más que una dueña y una doncella, que de cerca la sirven, pero no tan de cerca que no medien algunas habitaciones entre el dormitorio de doña Teresa y el de la dueña y la doncella.

—Compite como puedas,—dijo el rey,—ello es necesario, de todo punto necesario, que cuando todos duerman en este palacio penetre yo en el aposento de doña Teresa, y esto, procurando el mayor secreto. En cuanto á doña Teresa yo tengo para mí que lo guardará.

—Haré cuanto sea posible, señor, sin considerar el aprieto en que me pongo.

—Adelantaré yo tu estado,—dijo el rey,—lo que no puedes figurarte.

—Para servir á vuestra señoría, con la sa-

tisfaccion de mi amor y de mi lealtad me bastan,—contestó el camarero.

En aquel momento el mayordomo asomó respetuosamente la cabeza á la puerta y dijo:

—La cena está dispuesta para cuando vuestra señoría sea servido.

—Sírvanmela, pues,—dijo el rey;—cenemos.

Y no tenia el rey absolutamente ganas de cenar.

Tal era el amor ó más bien la excitacion sensual que sentia, que le llenaba, no ya el corazon, sino tambien el estómago.

Saturaba en fin todo su ser.

Pero habia que cubrir las apariencias.

Cuatro pajes trajeron una mesa admirablemente, servida con bajillas de plata y oro, que á pesar de estar desposeida de sus estados de Urgel, doña Aurembiaix era rica, más rica que el rey.

Una espléndida servidumbre sirvió la cena.

El rey hizo un esfuerzo, y como su voluntad era potente para todo, hasta para dominar su estado físico, cenó bien en la apariencia.

Mientras el rey cenaba, Arnaldo, que así se llamaba el camarero, habia desaparecido.

Se ocupaba sin duda en procurarse los medios de prestar al rey el difícil servicio que le habia encomendado.

La cena era tan succulenta, que aunque el rey

apenas si probaba de cada plato, duró más de hora y media.

Antes de que la cena terminase se hizo el aparecido Arnaldo.

Conoció el rey en el semblante que el negocio se encontraba en buen estado.

Concluida la cena, sacada la mesa por la servidumbre y retirada esta, el rey se quedó de nuevo solo con Arnaldo.

—¿Qué noticias me traes?—le dijo el rey.

—Yosupongo,—contestó Arnaldo,—que vuestra señoría querrá que su entrada en el aposento de doña Teresa sea lo más secretamente posible y sin que en ello entienda más persona que yo.

—Tú has pensado bien,—dijo el rey,—¿y cómo haremos?

—¿Vuestra señoría querrá penetrar en la cámara de doña Teresa por una ventana por medio de una escala?

—¿Estará abierta esa ventana?

—Sí señor, dá al huerto; la tempestad ha pasado, el calor ha vuelto, y doña Teresa deja abierta la ventana de su dormitorio para que penetre el fresco de la noche.

Tratándose de un hombre como el rey don Jaime, para quien el asalto de una fortaleza á escala franca era un placer, un atractivo irresistible; para aquel hombre que tenía en la sangre el espíritu de la conquista y la perpétua tendencia

á la aventura cuanto más arriesgada mejor, un asalto al aposento de una dama no era cosa que le detuviese.

Era además muy jóven.

Apenas si habia cumplido veintiun años.

Tenia la imaginacion volcánica, impresionable, llena de una inmensa grandeza.

Todo le parecia pequeño.

Todo fácil.

Además, le dominaban la pasion por la belleza de la mujer, aquel amor sensual que le arrasaba, que le enloquecia, que tan determinante fué en los grandes sucesos de su vida.

Pero tenia además el amor á su dignidad, y un profundo espíritu de política esto es, de astucia y de reserva.

Por nada en el mundo hubiera él cometido una accion que le hubiese puesto en ridículo.

El ridículo en todos los tiempos ha sido un abismo que ha tragado al que no ha sabido evitarle, porque el ridículo produce la burla, el desprecio, el desprestigio, de aquel que en el ridículo da.

Ocurriósele á don Jaime que la única y grave dificultad que tenia la situacion era llegar á sus consecuencias sin esponerse á caer en el ridículo.

Una vez dentro del aposento de doña Teresa, tenia la seguridad de que todo estaba acabado.

En sus pocos años, gracias á su gran precocidad, á lo prematuro del desarrollo de su inteligencia, unia un gran conocimiento del mundo.

Verdad es que en los reyes, á causa de su alta posicion que los pone en contacto con todas las ambiciones, con todos los intereses, con todas las astúcias, con todas las intrigas, la inteligencia se desarrolla con mucha más rapidez que en los otros hombres que no viven en una esfera tan amplia.

Don Jaime habia comprendido que doña Teresa Gil de Vidaura habia concebido por él, y á primera vista, una pasion que aun en sus principios era determinante.

Ayudaba al rey su posicion para seducir á doña Teresa.

De la misma manera que él habia comprendido el poderoso efecto que habia causado en doña Teresa, habia comprendido ella el afan, el ansia, la sed sensual, la poderosa simpatía que su hermosura habia causado en el rey.

Don Jaime no dudaba de que una vez frente á frente, y á solas con doña Teresa, tenia de su parte todas las ventajas.

Se volvió á Arnaldo, y le dijo:

—Creo que por honrarme como es debido, tu noble señora ha puesto guardias á la entrada de estos aposentos.

—En efecto, señor, guardia hay,—dijo Arnaldo,—y el mayordomo vela, cuidando de que vuestra señoría sea guardado, honrado y servido como debe serlo.

—De modo que,—dijo el rey,—como yo no quiero que nadie se aperciba de la visita que pretendo hacer á doña Teresa, será necesario que yo me escape por alguna parte donde no haya nadie que pueda verme.

—No es esto muy fácil, señor,—dijo Arnaldo.—Por la parte de adentro hay una guardia y vela el mayordomo; no hay comunicacion alguna por donde vuestra señoría pueda salir sin ser visto, porque por la parte de la huerta y en una galería, á la que se baja por una escalera que hay en el retrete inmediato, se ha puesto tambien guardia.

—Hé aquí que ser rey,—dijo don Jaime,—es á veces un grande inconveniente: estamos, como si dijéramos, presos.

—Hay un medio, señor, pero yo no sé si vuestra señoría se atreveria á usar de él.

—Yo me atrevo á todo,—contestó don Jaime.

—Por la parte norte de la torre, en la cual está esta cámara, no hay guardias en la huerta, pero tampoco hay otra salida que por lo alto del almenar y por medio de una cuerda; que la escala, que yo he buscado para que vuestra señoría

entre por la ventana de la cámara de doña Teresa, no es bastante larga. ¿Puede vuestra señoría subir y bajar por una cuerda anudada?

—Por el filo de una espada,—dijo don Jaime,—subo y bajo yo.

—Entonces, señor,—dijo Arnaldo,—vuestra señoría me dará licencia para que vaya en busca de una cuerda apropiado.

Pues vete y vuelve cuanto antes.

Arnaldo se fué y tardó media hora, que fué un siglo para la impaciencia de don Jaime.

El recuerdo de doña Teresa era insistente en él, candente, irresistible.

Por el prestigio, por el encanto de la imaginación, doña Teresa se trasfiguraba más y más para el enamorado mancebo, y la impaciencia, y la duda y la ansiedad le devoraban.

Volvió al fin Arnaldo.

Traía debajo del brazo un pequeño cofre de hierro del que se había valido para disimular la cuerda y la escala que dentro venían.

Como que Arnaldo estaba destinado al servicio inmediato del rey, se podía creer que en aquel cofre iba algo de que el rey había tenido necesidad.

Una vez en presencia del rey, Arnaldo le dijo:

—Sígame vuestra señoría, hay necesidad de subir á las almenas de la torre.

El rey siguió á Arnaldo y le llevó á una pequeña cámara inmediata.

Abrió una puerta disimulada por la tapicería y apareció el principio de un caracol de piedra.

Subió por él Arnaldo con el cofre debajo del brazo, y una bugía en la mano derecha, y el rey le siguió.

La escalera era alta.

A los cincuenta peldaños que eran bien empinados, como de escalera de torre de castillo, llegaron á la plataforma.

Arnaldo dejó la luz de manera que no pudiese verse su resplandor, y subió á la plataforma, seguido del rey.

La noche era oscura.

El rey se arrimó á las almenas.

Estaban estas mojadas de la lluvia que poco tiempo antes habia caído en abundancia.

Habia pasado el viento frío de la tormenta, y se sentia en alguna manera la temperatura natural de una noche de Julio.

Un lienzo de muralla corria por debajo de la torre.

Más allá, al extremo de este lienzo, se veia otra torre de ménos elevacion, y en la parte media de su altura se veia el resplandor de la luz del interior de una cámara que dibujaba en la sombra un agimez bizantino.

Las vidrieras estaban abiertas.

Se veía parte del interior de la cámara, y sobre el alfeizar se dibujaba el bulto de una mujer.

—¿De quién es aquella cámara?—dijo el rey en voz baja á Arnaldo.—¿De la condesa doña Aurembiaix, ó de doña Teresa?

—De doña Teresa, señor,—contestó el camarero.

—Entonces, doña Teresa es la que está en la ventana; ¿cómo hemos de arreglarnos una vez abajo para arrojar la escala á ese agimez y hacer que sus garfios se afiancen? Este plan está muy mal concertado, Arnaldo.

—Esa es la ventana de la cámara, señor, no la del dormitorio,—dijo Arnaldo.—Por lo visto, doña Teresa no tiene sueño, siente calor y se ha salido á la ventana de su cámara á respirar el aire de la noche. Mejor; entre tanto, vuestra señoría puede entrar por el otro lado.

—Siempre tendremos que el plan es malo; para afianzar la escala habremos de causar ruido.

—Yo, señor, pondré sin ruido la escala.

—¿Querrás tú decirme cómo puede ser eso? Pues qué, ¿al arrojar la escala para que sus garfios agarren, estos garfios no sonarán? ¿Se consigue acaso que una escala agarre á la primera vez que se la arroja?

—Yo subiré sin escala y la afianzaré sin ruido, señor.

—¿A qué altura está esa ventana por donde hemos de entrar?

—A cuarenta palmos, señor.

Entonces tenemos en tí una lagartija.

—Quíá, no señor; debajo de la ventana hay un pórtico, y los adornos y las tracerías suben hasta el alfeizar.

—¡Ah! ¿hay cuerpos salientes, hay asperezas?—dijo el rey.

—Sí, señor.

—¿Pues, entonces, para qué necesitamos la escala?—Afianza, afianza la cuerda en las almenas y concluyamos, que yo me impaciento.

Abrió el cofre Arnaldo, sacó una larga cuerda de un grueso mediano, anudada de trecho en trecho, y la afianzó á una almena.

Poco despues el rey, con la misma seguridad con que hubiera podido bajar por una escalera, se delizaba por la cuerda.

Era un gran gimnasta, como lo eran todos los buenos caballeros de aquel tiempo.

Sin esto, ¿cómo realizar los asaltos tan necesarios á cada momento?

Las fuerzas de don Jaime eran enormes.

Asido á una cuerda, á un agarradero cualquiera, con una sola mano, aguantaba durante un espacio de tiempo indeterminado el peso de su cuerpo.

Se deslizó, pues, facilísimamente de nudo en nudo.

Llegó al suelo.

Poco despues, con tanta facilidad como se habia deslizado, se deslizó Arnaldo.

—Silencio,—dijo el rey,—cuando hubo estado junto á él.—Hace un momento, por ese sendero inmediato, por entre sus árboles, han pasado algunos hombres que hablaban en voz baja, pero de una manera acalorada: aún escucho el murmullo de sus voces.

El rey don Jaime tenia el oido muy pronto, muy fino.

—Espérame aquí,—añadió.

—¿Y si os extraviais, señor? ¿y si dais en la guardia?—exclamó el camarero.

Don Jaime no le respondió.

Se habia puesto en marcha hácia el lugar donde sentia el murmullo de las voces que se alejaban.

En la ventana de la torre que á cierta distancia se veia, permanecia aquel bulto de mujer que segun decia Arnaldo, era el de doña Ieresa.

CAPÍTULO VI

De como el rey, conociendo la aventura que le habia salido al paso, se sintió provocado más de lo que ya lo estaba por el vizconde del Bearne.

El rey habia ganado un sendero que corria entre frondosos árboles frutales.

Le guiaba siempre el murmullo de las voces de los que iban delante á cierta distancia.

El sendero guiaba hácia el interior del huerto, que era muy grande.

De improviso el rey se detuvo.

El murmullo habia dejado de avanzar.

Parecia como que los que hablaban habian hecho alto.

Continuaban en la conversacion.

Esta se hacia más y más calorosa.

Se iba tornando en disputa.

El recato de las voces no era tan cuidado.

De modo, que avanzando y protegido por las espesuras, el rey podría oír lo que aquellos hombres, que parecía cuatro ó cinco, hablasen.

Avanzó, pues, el rey.

Como los borceguíes que llevaba estaban hechos á propósito para poder ponerse sobre ellos otro calzado, y eran finos y no tenían tacon, y además la tierra estaba reblandecida por la lluvia, el rey pudo avanzar sin causar el más leve ruido, con el oído atento, sirviéndole de medio para contenerse á cierta distancia, y no dejar ver su bulto, el ruido de las voces de los que disputaban.

Rodeó el rey y llegó á ponerse tras una enramada, al otro lado de la cual, sentados en un banco rústico, estaban los de la disputa.

Acercóse el rey cuanto quiso, y por el timbre de las voces conoció, á poco que se puso en escucha, que quien disputaba con otros tres hombres era don Guillen de Cervera, padrastro de la condesa doña Aurembiaix de Armengol.

De los otros tres que con él disputaban, el uno era el vizconde de Bearne, Geraldo de Cardona, y otros dos, don Artal de Cerdaña y don Hugo de Casals, deudos y parientes próximos del primero, catalanes y barones de linaje.

—La muerte de don Pedro Ahones,—decía el vizconde del Bearne en el momento en que el rey se ponía en escucha,—fué hecha á intento de

una manera tiránica; don Pedro Ahones y su hermano el arzobispo de Zaragoza, habían hecho grandes dispendios para levantar mesnada con que entrarse por tierra de moros, y no era el rey quien podia ni debía impedirles fuesen á su empresa.

—Veo que no conoceis bien al bravo mancebo que ciñe la corona de Aragon, y que por más que ya por astúcia, ya por fuerza, y siempre amparado por Dios, os ha vencido; no os resignais á ser prudente,—dijo don Guillen de Cervera.

—¡Ira de Dios!—exclamó el vizconde de Cardona,—la liga de Jaca era legitima, necesaria; los ricos-hombres de Aragon y de Cataluña, son los próceres de la corona de Aragon, y sin ellos no hay rey.

—Os ha deshecho,—exclamó don Guillen de Cervera.

—No nos han sido favorables las circunstancias,—dijo el vizconde;—deshechos parecemos, pero estamos más unidos que nunca.

—Dios quiera que no os arrepintais,—dijo don Guillen de Cervera;—á ese mancebo le favorece decididamente la fortuna.

—¡Poder de Dios!—exclamó el vizconde,—más bravo que él era su padre, y cuando se puso frente á las lanzas de Aragon y de Cataluña, sucumbió en Alberet.

—Porque ofendia á Dios,—exclamó don Guillen de Cervera,—favoreciendo á los herejes albijenses, él que era un monarca católico; don Jaime no desconocerá jamás á Dios. Mirad: el rey don Fernando el III de Castilla ha acabado con los albijenses en sus reinos, quemando á los unos, descuartizando á los otros, y cociendo vivos á los de más allá; y creo que alguien me ha dicho que don Jaime, á instancias de su sobrino, ha mandado hacer algunas enormes calderas, y que ha jurado cocer en ellas, no sólo á los herejes albijenses que en su reino coja, sino también á todo el que se le rebele.

—¡Las calderas de don Fernando el III de Castilla!—dijo con desprecio el vizconde del Bearne.—Si los castellanos se someten á ser cocidos como cangrejos, ¡vive Dios que no han de ser tan menguados los catalanes ni los aragoneses!

—Guarda, vizconde,—dijo don Artal de Cerdaña;—¿y sabeis vos cómo son esas calderas?

—Ni lo sé, ni necesito saberlo,—contestó el soberbio vizconde del Bearne.

—Suponed,—continuó don Artal de Cerdaña,—una especie de campana alta y estrecha, con tres patas de hierro que le sirven de trébedes; en el fondo esta caldera tiene una anilla á la cual se sujeta atado por los piés el hombre

que dentro se mete, se echa agua hasta cubrir los hombros del encalderado, dejando únicamente la cabeza fuera; despues de esto se mete leña debajo de la caldera y se la prende fuego; el agua se va calentando hasta que hierve. Podeis figuraros qué género de suplicio es este.

—Sírvanle al rey de Aragon esas calderas,—dijo el de Bearne con desprecio,—para que guisen con ellas las gazofias de su mesnada.

—Antójaseme,—dijo para sí el rey don Jaime,—que yo voy á cocer á alguien.

—Dareis ocasion,—dijo don Guillen de Cervera,—á que el rey, que hasta ahora no ha hecho más que defenderse, se haga cruel, y vuestra será la culpa.

—En la corona de Aragon no hay más reyes que los barones,—dijo el vizconde del Bearne.

Se conocian entonces por barones no solo los ricos-hombres de linaje, vasallos naturales del rey, sino tambien los prelados, las altas dignidades del reino, y los que como el vizconde del Bearne, el conde de Urgel y otros eran señores independientes, pero feudatarios, á los cuales el rey, dados ciertos casos, podia juzgar, y aun despo-seer, que no eran en fin, más que unos ricos-hombres superiores á los otros, que por decirlo así, estaban apegados al terruño.

—Estamos perdiendo el tiempo, primo,—dijo don Guillen de Cervera,—la cuestion es

y para ello os he citado á hablar aquí á solas, que el rey, por su sentencia aconsejada por sus letrados, ha sentenciado en el pleito que contra vos tiene mi hija doña Aurembiax, vuestra prima, en favor suyo.

—El condado de Urgel,—dijo el vizconde del Bearne,—llama en mejor derecho que á la hembra al varon del grado más inmediato.

—No es así; llama primero á la hija. Así ha pronunciado su sentencia el tribunal del rey.

—La sentencia no será ejecutada, yo os lo aseguro,—exclamó Geraldo de Cardona.

—Tomará el rey sobre sí la demanda,—dijo don Guillen de Cervera.

—El rey don Jaime morirá si ante mí se pone, como murió su padre en Alberet.

—Acordaos de las calderas, vizconde; á don Pedro le castigó Dios por la ayuda que daba á los herejes; Dios protege á don Jaime, que muy al contrario, se ha provisto de calderas para cocer la herejía.

Habia algo como de sarcasmo burlon en don Guillen de Cervera.

—Os repito,—dijo el vizconde,—que el rey se dará por satisfecho con que esas calderas cuezcan las almortas y el tocino para alimentar á sus hombres de armas. Sobre todo, y no insistamos en esto, yo he procurado transigir con doña Aurembiaix; yo la he propuesto un casamiento

connmigo, mediante el repudio de mi mujer.

—Sois por una parte,—continuó siempre sarcástico don Guillen de Cervera,—de más edad que la que requiere el gusto de mi hija; está irritada además contra vos, y no se puede amar aquello que irrita: doña Aurembiaix no se casará sino con un hombre á quien ame. Además de esto, ella no renunciará jamás á su derecho; no recibirá como merced, como dote, como prenda de amor, lo que es suyo, legítimamente suyo.

—Yo he hecho lo bastante para obligarla, primo,—dijo el vizconde del Bearn;—yo la he dejado entrar en Lérida con gente de armas y aposentarse en el palacio del los condes de Urgel como si fuese la condesa de Urgel, y teniendo yo aquí, conde de Urgel, mesnada bastante para combatir la suya, y vencerla: yo creia obligarla con esto rendimiento, hacerla entrar en razon, pero muy contrariamente, ella ha llamado en su ayuda á don Jaime que se acerca con sus caballeros. No será mia la culpa de lo que suceda. Esto es claro, muy claro; mi prima confia en su hermosura, y desde que don Jaime repudió á doña Leonor de Castilla, creyendo en lo irresistible de sus encantos, se da ya aire de reina, no embarante que don Jaime anda en tratos de casamientos con doña Yolanda de Hungria. No es, pues, en un derecho en lo que doña Aurembiaix espera, sino en la inconstancia de ese insensato mancebo.

Ved exclamó ya de una manera seria y enérgica don Guillen de Cervera que ofendeis á mi hija con tales suposiciones y que yo no puedo consentirlo.

—Don Guillen de Cervera,—exclamó poniéndose de pié con un movimiento enérgico el vizconde del Bearne;—no podemos llegar á términos de avenencia; yo he consentido en venir á una conversacion con vos en secreto por bien de la paz, por arreglarlo todo de la mejor manera posible; pero visto que no podemos entendernos, que doña Aurembiaix llama en su ayuda al rey, que yo no puedo, ni debo, ni quiero ceder de mi derecho, todo trato está roto desde ahora entre nosotros.

—Muy bien.

—Yo he consentido á mi prima venga á Lérida con gente armada, porque creia que podríamos entendernos. No viendo esto posible, yo os intimo á que en todo el dia de mañana salga con sus gentes de Lérida, porque de otra manera, dejado todo [miramiento, la arrojaré yo á pesar de su mesnada y á pesar del rey y de sus caballeros. No es mia la culpa si á tal extremo llego, y á ser más razonable doña Aurembiaix dejaríala yo estar en Lérida todo el tiempo que quisiese como la he dejado estar durante doce meses.

—Pues á la ventura de Dios, don Geraldo,—

dijo don Guillen de Cervera.—No hablemos más de esto, porque todo cuanto se hablara seria inútil. Ahora venid para que yo os saque con el mismo secreto conque os he traído.

Don Guillen de Cervera se puso en marcha.

El vizconde del Bearn, y los dos que le acompañaban y que, como se ha visto, no hablaron una sola palabra, le siguieron.

Grandes esfuerzos tuvo que hacer el rey sobre sí mismo, para no presentarse de repente al vizconde del Bearn y á sus dos deudos; y echando afuera á don Guillen de Cervera, medirse con los tres juntos, y acabar con aquella rebeldía.

Pero ocurriósele que aquello se podia tomar á traicion, ó emboscada preparada al vizconde del Bearn y se contuvo, y los dejó murmurando :

—Veremos si mis buenas calderas no me sirven para otra cosa que para cocer la bazofia de mis caballeros.

El ruido de los pasos de los que se alejaban se habia perdido en el silencio.

Don Jaime se volvió al lugar donde Arnaldo le esperaba.

En la ventana de la torre iluminada por la luz de la cámara de doña Teresa, se veia aún el hechicero bulto de esta.

—Adelante y silencio, dijo el rey á Arnaldo. Arnaldo guió.

Llegaron sin hacer el más leve ruido á la torre.

La rodearon y Arnaldo se detuvo.

—Hé aquí, señor,—dijo—el pórtico sobre el cual está la ventana del dormitorio de doña Teresa.

CAPITULO VII

De cómo fué el principio de los amores del rey don Jaime y de doña Teresa Gil de Vidaura.

Palpó el rey el muro y encontró los relieves, las accidentaciones de un pórtico románico.

Lo profundo de estas labores y su relieve ofrecían por todas partes fuertes asideros.

—Esperad aquí,—dijo el rey á Arnaldo.

Y valiéndose del alto relieve de los adornos de aquella puerta, empezó á trepar con seguridad y con la rapidez que le procuraban sus grandes fuerzas.

Llegó al fin sobre el friso ornamentado, y pudo asirse á la columna central del agimez, que en efecto estaba abierta.

El rey penetró.

El dormitorio estaba á oscuras.

Pero en un ángulo se veía un reflejo opaco que determinaba el vano de una puerta.

El rey llegó á aquella puerta.

La pasó, y se encontró una cámara espléndida, iluminada por la bugia de un candelabro puesto sobre la mesa que había en el centro.

A un lado, junto á un estrado á manera de divan, sobre un cojin, había un laud.

Don Jaime, que tenía mucho de poeta y mucho de trovador, como todos los poetas de su tiempo, se acercó al cojin y tomó el laud.

Doña Teresa permanecía inmóvil, como abatida en profundos pensamientos, apoyada en el alfeizar del agimez y de espaldas al rey.

No le había sentido.

Don Jaime produjo de una manera ténue y dulce en el laud, el preludio de una trova provenzal.

Doña Teresa se irguió en un momento nervioso.

Se volvió y vió al rey que seguía preludiando.

Lanzó un grito de sorpresa, pero opaco, ardiente, lleno de una expresion de alegría y de espanto á la par.

El rey dejó el laud.

Avanzó hácia doña Teresa, que estaba como petrificada, la asió una mano y la dijo:

—Por Dios, señora mía, no os asustéis, que

no es un enemigo vuestro el que ante vos se pone, sino un corazon enamorado, y de tal manera, que si no premiais sus amores, morirá.

—Imposible,—dijo con acento doloroso doña Teresa desasiendo sus manos del las del rey.

—Para mí no hay imposibles, señora,—dijo don Jaime,—y si vos me amárais como yo os amo, tampoco habria imposibles para vos.

—Ved, señor,—dijo toda trémula, toda acongojada doña Teresa,—que al veros aquí tan sin conocimiento mio no sé que haga ni qué diga, ni cómo salga de este lance, en que vos, respetando muy poco sin duda mi honra me habeis puesto; que aquí no podeis haber venido sin que alguien os haya ayudado, y éste ó éstos, trompetas serán infames de mi deshonra.

—Vuestra honra guardo yo señora, como la mia,—replicó don Jaime,—que sagrado es su amor para quien bien ama, y ciertamente que aquí no hubiera yo podido llegar sin que alguien me ayudase; pero es una sola persona tan de mí confianza, tan recompensada por mí y tan temerosa de mí, y además tan leal, que en secreto profundísimo quedará esta visita que á tal hora y con tal misterio y obligado por vuestro amor que me abraza el alma, os he hecho.

—Quiero creer, señor,—dijo doña Teresa,—que de mi honra habreis cuidado, que secreta quedará vuestra venida á mi aposento en tal hora; pero

¿á qué está venida? Perdonadme, señor, que os diga que viniendo en secreto á verme y sin saberlo yo, me habeis causado un dolor que no podeis conocer cuán grande es, porque parece-me que fácil y hacedero habeis creído lo que yo tengo por imposible, y es que yo pueda amar ó aunque le ame, pueda ser de quien no puede ser mi esposo.

—Dios une las almas,—dijo don Jáime,— y cuando Dios las une, no hay nada en la tierra que separarlas pueda. Yo os amo, señora, os amo como yo no creía se pudiese amar. Hace pocas horas que os he visto, y en el momento que os ví, conocí que ya no era yo mio, y cada hora que ha pasado desde que os ví han sido como un siglo, os amo sí, os amo: amo por la primera vez de mi vida, y veo sin que de ello me quepa duda, que no tendré otro amor.

—¡Ah señor, señor!—exclamó doña Teresa, mirando al rey de una manera inmensa, con una expresion de súplica, de dolor, de amor á un tiempo;—mirad, que un rey tan noble, tan bravo, y tan caballero como vos, no puede mentir y hacer con su mentira la desesperacion de una desventurada. Mirad que yo vivia tranquila, resignada á la desgracia de mi padre, aceptando la proteccion de la noble condesa doña Aurembiaix: mirad señor, que para mí, no quiero disimularlo, ha sido una desgracia co-

noceros, y vos no debeis hacer mayor esta desgracia.

Miraba el rey encantado, aturdido, enamorado, delirante á doña Teresa, y la habia asido las manos, sin que ella que á su vez estaba dominada por la situacion, le hubiese sentido.

A cada momento le parecia más una diosa á don Jaime, doña Teresa, y acojia su amor en su alma con toda su buena fé, con toda su voluntad. Olvidado de su posicion de rey, del compromiso en que se encontraba por su propia voluntad con doña Yolanda de Hungria, que habian ido y venido embajadas, y que tan avanzadas estaban las negociaciones, que podia darse ya como hecho aquel casamiento.

Don Jaime no vivia entonces más que para doña Teresa.

Doña Teresa era su reina, su gloria, su ambicion, su universo.

No parecia sino que la naturaleza habia hecho á propósito aquella inapreciable doña Teresa Gil de Vidaura para colmar todos los deseos del rey, para enagenar su alma.

—¡Ah!—dijo don Jaime trasportado de amor;—reparad señora, que sin saber cómo, nuestras manos se oprimen.

—¿Qué quereis decir,—exclamó agonizando de emocion Doña Teresa.

—Que sois mi esposa, señora.

Y el rey estrechó más aún la pequeña, suave y mórbida mano de doña Teresa.

—Ved, ved lo que decís, señor,—exclamó creciendo en su agonía doña Teresa.—Mirad que yo, desdichada, que no he amado nunca, os amo; mirad que mi amor me espantaba, me mataba porque le creía imposible. No me hagais creer que es posible este amor; no me llameis vuestra esposa para engañarme, para burlarme, que ningun mal os he hecho; y si esto que me parece un sueño, como un sueño se deshiciese, el recuerdo, señor, de ese sueño, me mataría.

—Venid, señora,—dijo don Jaime en el cual el olvido de todo, y la pasión crecían.

Y la llevó á un reclinatorio que había en la cámara, y sobre el cual se veía un cristo crucificado.

—Oid y cred, á no ser que creais al rey don Jaime, el último de los infames.—Ante ese divino Señor crucificado, ante mi honor de rey y de caballero, yo os tomo voluntariamente y con todo el amor de mi alma, por esposa. ¿Queréisme vos por esposo, señora?

—¡Oh! ¡sí, sí!—exclamó doña Teresa.

Y en aquel sí, en aquella alegría de los cielos que resplandecía en la mirada, en el semblante de doña Teresa, no había ni ambición ni soberbia satisfecha.

No había mas que amor.

Habian nacido el uno para el otro.

Si antes se hubieran conocido, antes se hubieran amado, y de una manera tan rápida y tan poderosa como se amaban entónces.

Los dos eran jóvenes, hermosos.

Difícilmente hubiera podido encontrarse un hombre más bello, más viril, más seductor, más encantador, sin pretenderlo, para la mujer, que don Jaime.

Parecia que la naturaleza le habia formado exprofeso, y que á su grande hermosura habia dado para completarla un alma generosa, brava, ardiente, apasionada, poética.

Doña Teresa era su sueño de amor, y tenia el alma tan noble, tan alentada, tan brava como la del rey.

La historia lo patentiza.

Ella influyó de una manera decisiva en la existencia de don Jaime, y puede decirse que doña Teresa Gil de Vidaura, entró á la parte en las grandezas del conquistador, y fué la causa de muchas de ellas.

Doña Teresa fué para don Jaime de Aragon, lo que fué doña María de Padilla para el tremendo rey don Pedro I de Castilla, sobrenombrado el Cruel, pero con mucha mejor suerte que la Padilla, porque su amado era mejor que don Pedro.

Fué, en fin, doña Teresa Gil de Vidaura para

don Jaime, lo que la ninfa Egeria para Numa Pompilio.

Con toda esta fuerza de atracción, de simpatía, de identidad en las almas, ¿cómo no habían de amarse con todo el amor de que eran capaces desde el momento en que se conocieron?

Doña Teresa no se asombró.

Doña Teresa no pensó ni aún en la grandeza de la situación.

Doña Teresa, una vez habiendo pronunciado su juramento el rey, creyó en el rey.

Comprendió la situación, y se conoció la esposa de don Jaime.

No podía ser de otra manera.

Si de otra manera hubiera sido, doña Teresa no hubiera sido digna del rey.

Una intensa alegría los inundaba á ambos.

Don Jaime quiso reiterar su juramento, pero doña Teresa no se lo permitió.

—Basta, basta, señor,—dijo,—si no quereis ya que yo crea que dudais de vos mismo; mi esposo os habeis hecho; vuestra esposa me he hecho yo; por esposa tenedme.

—¡Oh!—sí,—exclamó don Jaime,—por mi esposa os tengo.—Pero oid, doña Teresa:

Y la llevó al divan, y junto á ella se sentó.

—La razón de estado, es la gran contrariedad de los que Dios ha elegido para gobernar y man-

dar á los hombres; no es á nuestro interés solo al que debemos mirar, sino antes bien, al interés de los reinos que Dios ha puesto bajo nuestra mano. Si yo no oyese nada más que mi corazón, públicamente y muy en breve me uniría á vos, pero esto traería inconvenientes gravísimos en que yo sé no quereis aventurarme. Nuestra union, pues, necesariamente y por algun tiempo ha de permanecer secreta, que en tratos ya muy adelantado de casamientos ando, muy á mi pesar con la princesa de Hungría doña Yolanda, y largas hay que dar al negocio, y esperar un buen pretexto para que estos compromisos se rompan con los menores inconvenientes posibles. La lisura conque os hablé, es la prueba de mi sinceridad.

—Detal manera, señor, pienso yo como vos, —dijo doña Teresa,—que si el secreto de nuestra union no me hubierais propuesto vos, yo os lo hubiera propuesto, que no seria digna de vuestro amor, si por él en inconvenientes y dificultades que podian costaros harto caras, os metiese. Mi esposo sois, ¿quién lo duda? ante Dios nos ha unido un mútuo y voluntario juramento, una igual voluntad, de la cual es prueba firmísima el amor que tan de improviso y sin duda por que lo ha querido Dios, me ha sobrecogido, que sobrecogida estoy, señor, y agonizando de felicidad; y haced de mí lo que os placiere, y si para bien vuestro y de

vuestro reino necesitais mi vida, tomadla, y secreta quede nuestra union por todo el tiempo que fuere menester, ó para siempre, que á mí me basta con que Dios haya oido vuestros juramentos y con que vos sepais que la que á vos se entrega no es vuestra manceba, sino vuestra esposa.

Así empezaron estos amores que tanta influencia debian tener en el reinado de don Jaime el Conquistador.

Salió éste de las habitaciones de doña Teresa tan secretamente como habia entrado, una hora antes del amanecer.

Arnaldo le esperaba.

—Vos callereis como una tumba,—le dijo el rey,—si quereis medrar y ser algo.

Arnaldo juró al rey un profundísimo secreto.

Dieron la vuelta.

Llegaron al pié de la torre, en la cual estaban las habitaciones en que se habia aposentado á don Jaime.

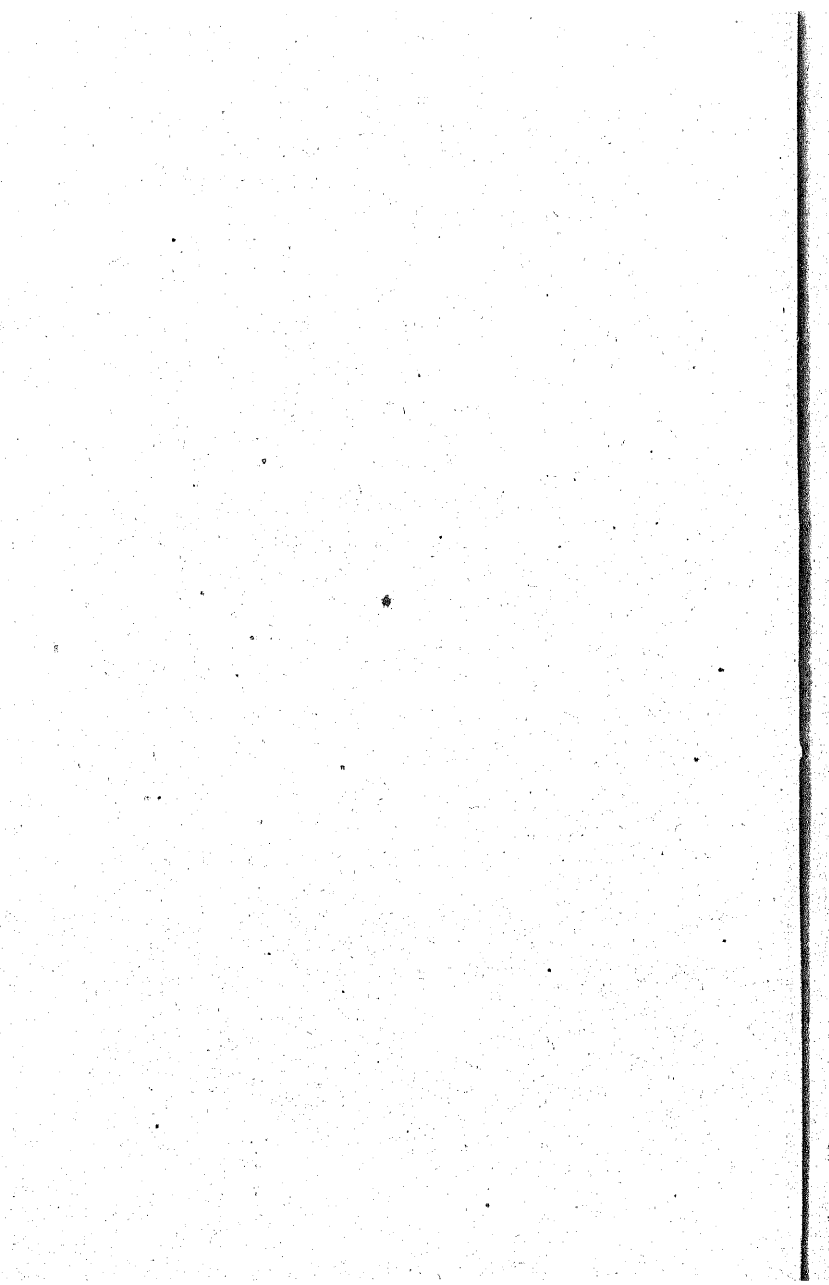
Don Jaime primero, luego Arnaldo, subieron por la cuerda anudada.

Arnaldo la recogió

—Estad atento á lo que sobrevenga,—dijo don Jaime á Arnaldo.—Al amanecer, cuando se abran las puertas de Lérida, entrará por ella alguna gente que es mia, y vendrá con una caja

cargada en una mula, alguien á buscarme: ha-
ced entrar á ese alguien con la caja.

Y despues de esto, el rey se echó vestido
sobre el magnífico lecho que en la cámara
habia.



CAPITULO VIII

De cómo doña Teresa hizo al rey por amor el sacrificio de su honra.

Amaneció Dios, y á la puerta de Lérida que miraba al Coll de Prades llegó una tropa de hombres á pié, entre los cuales iban cinco acémilas cargadas de una manera extraña.

Cuatro de ellas llevaban cuatro enormes calderas de hierro, á manera de lámparas prolongadas, cada una de ellas con cuatro patas.

La otra acémila no era verdaderamente acémila, sino un grande y fuerte corcel de batalla, con caparazon de hierro y gualdrapas, capellar y cervillera de dobles mallas.

Dos cajones de regulares dimensiones se veían á un lado y otro de la silla, y tendida entre es-

tos cajones una larga y fuerte lanza de batalla.

Los guardas de la puerta dejaron pasar este convoy, aunque no sin extrañeza y recelo, porque delante de los hombres que con las acémilas venian, se veia uno alto, membrudo, vestido de rojo, ceñido sobre los enmarañados cabellos un casco de hierro, con un grande espadon á la espalda, sujeto por un talabarte que le cruzaba el pecho y de aspecto ceñudo y terrible.

Iban con él otros dos hombres vestidos de rojo, tan záfios y tan greñudos y tan terribles como él, pero sin espadas.

En cambio llevaban arrolladas á la cintura cuerdas.

Seguian como una docena de almogávares, con sus cascos redondos y lisos, con fuertes lorigas, con fajas de cuero, con calzas de lana azules, con abarcas, el escudo y la ballesta á la espalda.

Colgada de la cintura la venablera y la ancha y corta espada, y en las manos la fuerte pica.

Los mandaba un capitan, que se distinguia por la mayor riqueza de sus armas, y por un airon rojo que se prendia en su capacete.

Iban, además, los muleteros.

Cuando entraron en la ciudad, esta tropa se dividió.

Diez de los almogávares, con su capitan y

los tres hombres rojos y las acémilas con las calderas y los ballesteros, se dirigieron á la plaza.

Los dos que conducian el caballo de batalla, y que parecian mucho más que muleteros, aunque este traje llevaban, y otros dos almogávares, tomaron hácia la parte alta de la ciudad, donde estaba el castillo ó palacio de los condes soberanos de Urgel, y donde desde hacia un mes moraba segun oimos decir la noche anterior á Geraldo de Cardona, doña Aurembiaix de Armengol.

Llegaron estos últimos al mismo postigo por donde la noche antes habia entrado el rey don Jaime en el castillo.

Llamaron, é inmediatamente la puerta se abrió.

Entraron los que el caballo conducian, el caballo y los almogávares.

Quien habia abierto era Arnaldo.

Se llevó el caballo al patio ó plaza de armas, y se le descargó.

Una vez abiertos los cajones, se encontró dentro un magnífico arnés completo, el arnés del rey, arnés compuesto de loriga, coselete, grevas, brazales, y un magnífico yelmo dorado y coroncel, mostrando por cimera el dragon alado de San Jorge.

El escudo estaba cubierto de oro, y en él

aparecian las cuatro barras de sangre de Aragon y de Cataluña.

Este arnés fué subido por los dos que habian venido encargados del caballo, guiados por Arnaldo á los aposentos del rey.

Llevaban además trajes y sobrevestas, que en la una de las cajas habian ido.

Aquellos dos disfrazados muleteros eran Ramon de Cruilles y Pedro de Aslor, nobles, ricos-hombres, grandes escuderos del rey don Jaime, y tan jóvenes como él, y como él en la apariencia bravos y lanzados á toda aventura por terrible que fuese.

—Bienvenidos seais, mis escuderos,—dijo el rey,—¿do está mi hueste?

—Antes del amanecer,—señor,—contestó Ramon de Cruilles;—hácia la ciudad vino y en este momento la rodea.

—Armadme, pues, por si Dios fuere servido que en esta empresa nos aventuremos más que lo que esperamos, que yo creo bien que inútilmente por hoy nos ceñiremos las armas: mañana será otra cosa.

Ramon de Cruilles y Pedro de Aslor se pusieron á armar á don Jaime.

Entretando, los diez almogávares, y los tres hombres rojos, habian llegado á la plaza.

Los tres hombres rojos, esto es, el verdugo real, maestro ejecutor, jurado de altas obras, y sus

dos ayudantes, habian descargado las cuatro calderas y las habian puesto en medio de la plaza formando un cuadro, á diez pasos de distancia de lado la una de la otra.

Los almogávares se habian extendido al lado de la plaza y habian encargado á algunos de los pelones que habian acudido allí muy de mañana para buscar trabajo, y mandádoles buscarse cada cual, caldero, olla ó cántaro con que llenar de agua las grandes calderas, y leña para calentar el agua que en las calderas se pusiese.

Aún no se habia empezado esta operacion, cuando se entró por Lérida, y luego á poco á la plaza, un escuadroncillo como de veintes lanzas mandado por un capitán.

En el centro de este escuadroncillo iba don Ferriz de Lizana, alférez mayor del rey, llevando en alto el estandarte real.

Los trompeteros llenaban el espacio con el agudo y vibrante son de sus clarines.

Iba junto al estandarte real un rey de armas y dos farautes con sus grandes dalmáticas y con mazas doradas al hombro.

Iba además un hombre con birrete oscuro y tabardo, vestido á la usanza de los simples caballeros, en una mula con cascabeles.

Bien es verdad, que á la usanza de aquel tiempo, cascabeles llevaban tambien los caballos de batalla del escuadroncillo.

Habia acudido mucha gente á la plaza, y entre ella, criados y servidoras del vizconde de Bearne, Geraldo de Cardona.

Todo el mundo veia con una curiosidad temerosa, cómo la gente baja que habia sido embargada, iba de la fuente que en medio de la plaza habia, con agua que en las calderas echaban, mientras que otros amontonaban leña debajo de las calderas.

El verdugo y sus ayudantes aparecian impasibles en un grupo, al lado de aquellas calderas temerosas.

A poco de haber llegado á la plaza con el escuadroncillo que escoltaba, cuando en la plaza apareció viniendo de la parte del castillo, á caballo y armado de todas armas, Ramon de Cruilles.

Traia en la mano un pergamino enrollado.

Se acercó al escuadroncillo y dijo al capitán:

—De orden de su señoría, haced que los trompeteros toquen á pregon, para que todo el mundo sepa que debe acudir á saber, lo que el rey nuestro señor se ha servido mandar.

Los trompeteros dieron el primer toque de pregon en el lugar donde se encontraban.

Luego marcharon y en cada avenida de la plaza repitieron el toque.

Despues se volvieron á sus puestos, y al son del último toque, el escuadron con el es-

tandarte real arrancó hasta el centro de la plaza.

—Aquí el pregonero real,—gritó Ramon de Cuilles.

Uno de los tres hombres rojos que parecian ayudantes del verdugo, adelantó.

—Tened, rey de armas,—dijo á este Ramon de Cruilles,—y haced que el pregonero grite el pregon, y vos escribano, librad testimonio.

Tomó el rey de armas el pergamino.

Le puso sobre su corazon.

Le besó.

Le desenvolvió y empezó á dictar al pregonero lo siguiente, que el pregonero repetia con una voz estentórea, magnífica, extensa y acentuada, con una canturia monótona.

«Nos, don Jaime, por la gracia de Dios rey de Aragon, conde de Barcelona, señor de Montpellier, á todos los que la presente vieren y entendieren, salud:

«Habeis de saber, que en el pleito que ha pendido y pende ante nuestros jueces reales, con comision que para ello les hemos dado entre partes, la una la condesa doña Aurembiaix de Armengol, de la otra don Geraldo de Cardona, vizconde de Bearne, sobre la investidura y posesion del condado de Urgel, nuestros jueces reales han pronunciado, y nosotros aprobado, la sentencia cuyo tenor es como sigue:»

Seguia la fórmula.

Por aquella sentencia se daba la investidura y la posesion del condado de Urgel como restitucion justa á doña Aurembiaix, hija de Armengol, octavo conde de Urgel, y de su esposa la condesa de Subirats, y se desposeia de los dichos estados de Urgel á don Geraldo de Cardona, vizconde de Cardona y vasallo del rey, cargándole además las largas y cuantiosas costas de aquel pleito, que habia durado muchos años.

Quedaba, sin embargo, el condado de Urgel sujeto al feudo y tributo y pleito homenaje y vassallaje que los condes de Urgel habian rendido á los reyes de Aragon; y otrosí: la condesa de Urgel cedia al rey la ciudad de Lérida, en compensacion de la cual, el rey don Jaime hacia pleito homenaje á doña Aurembiaix, de darla ciertas tierras y castillos en el reino de Valencia, quando próximamente este reino fuese conquistado á los moros.

Por este pregon, el bravo rey don Jaime contaba ya por suyo el emirato árabe de Valencia, lo cual produjo en la multitud que la plaza llenaba, y que el pregon oia, un alarido de entusiasmo y un prolongado viva al rey, que fué á aterrar al vizconde de Bearne y á sus deudos y caballeros que con él estaban en Lérida.

Y tal impresion causó en ellos la noticia de que en la plaza habia cuatro calderas hirviendo, á la par que el pregon de que ya nos hemos

ocupado se leía, y á punto que la hueste real estaba puesta sobre Lérida, que sin esperar á más, y temeroso el vizconde de que si el rey le cogia le obligase á conformarse con quella sentencia ó le cociese vivo, escapó cuanto más pronto le fué posible, á la ligera y á uña de caballo, con sus deudos y caballeros y lanzas, por un postigo del muro.

Entretanto el pregon recorrió la ciudad.

El rey mandó se juntasen en el consistorio los concellerses, y presentándose ante ellos con doña Aurembiaix, puso á esta en posesion del condado de Urgel, sus villas y castillos, y de la ciudad de Lérida como cabeza de él, y á seguida doña Aurembiaix prestó solemne pleito homenaje como vasalla al rey de Aragon, y le cedió en forma la ciudad de Lérida, á trueque de las tierras, villas y castillos que el rey de Aragon la daria en el reino de Valencia cuando Valencia fuese ganada á los sarracenos.

Despues de esto, con gran pompa y extrema-galantería, el mismo rey salió á conducir á su palacio á la condesa Aurembiaix.

A seguida un nuevo pregon declaró la ciudad por el rey, lo que causó á los habitantes un vivo entusiasmo.

Les sabia mejor ser vasallos del rey, que vasallos de una vasalla del rey.

Se veia claro que el guerrero don Jaime de

Aragon solo habia querido espantar á don Geraldo de Cardona y á los suyos con aquel amenazador espectáculo de las hirvientes calderas.

Porque ¿á qué aquellas calderas habian de haberse calentado sino para castigar á los que pretendiesen desobedecer la sentencia del rey?

Ni ¿quién podia desobedecerla más que aquel á quien la sentencia perjudicaba, esto es, el vizconde del Bearne?

Conocia bien el rey don Jaime la soberbia y la tenacidad de don Geraldo de Cardona, y se habia valido del terror para evitar una guerra civil, ó más bien una rebeldía del vizconde de Bearne, su vasallo, que, á no habérsele impuesto por el temor, indudablemente hubiera resistido con las armas en la mano.

Geraldo de Cardona se habia ido, sin descansar, con los suyos, á su castillo de Albesa, y allí se habia hecho fuerte, y levantado contra el pendon real su pendon señorial.

Súpolo al día siguiente el rey, y se despidió, primero en secreto y amorosísimamente de doña Teresa Gil de Vidaura, y despues en público de la condesa doña Aurembiaix, de la que se separó pronunciando estas palabras:

—Sobre mí he tomado volveros vuestro patrimonio; el vizconde del Bearne me disputa este derecho y yo voy en persona á hacérselo respetar.

No podia darse más galantería.

El mismo rey se hacia ejecutor de su sentencia, y para ello cargaba con el arnés y se ponía al frente de su mesnada real.

Cuando supo el vizconde de Bearne que el rey en persona iba sobre él, no abandonó el castillo de Albesa, sino que le proveyó y le puso en defensa.

Pero se esquivó, temeroso de los resultados, yéndose con su mujer, con sus hijos y con sus caballeros más allegados, al castillo de Menarques.

Puesto el rey sobre el castillo, de Albesa envió á él un rey de armas, con la intimacion de que el castillo se le rindiese.

Contestó el gobernador que alli habia dejado el vizconde de Bearne, que aunque él reconocia como su rey y señor natural á don Jaime, y acataba y reverenciaba sus órdenes, era tambien vasallo del vizconde del Bearne, y como tal, no podia obedecer la orden del rey de Aragon de rendir la fortaleza.

Volvióse el rey de armas con esta respuesta, é inmediatamente el rey hizo jugar contra ella sus fundibulos, sus gatas, sus arietes, todos los ingenios, en fin, de guerra que consigo llevaba; hundió algunas casas de la villa, aporció un lienzo de muralla, se metió por él hacha en mano al frente de sus caballeros y de sus al-

mogávares, prendió al gobernador y á otros caballeros que en la fortaleza estaban, y los mandó cocer vivos para escarmiento de vasallos rebeldes, pertinaces, y dejados de la mano de Dios.

Habíanse calentado en la plaza de la villa las terribles calderas, y ya los verdugos se apoderaban de Simon de Roseblanc para echarle á cocer, cuando un gentil paje que al lado del rey, que á presenciar la ejecucion habia ido, que montaba una yegua árabe, se volvió hácia el rey, y exclamó:

—No, señor, no por Dios; no me hagais sufrir la vista de ese horrible suplicio.

El rey no habia pensado en llevarle á cabo.

Hizo que concedia y perdonó á Simon de Roseblanc y á los caballeros cómplices de su rebeldía de ser cocidos, pero no los perdonó de ser ahorcados, por más que insistió en sus ruegos el hermoso paje.

Simon de Roseblanc y cuatro de los caballeros que habia dejado en la fortaleza el vizconde de Bearne, fueron ahorcados.

Pero el hermoso paje no vió la ejecucion.

Nuestros lectores adivinan quién este paje era.

En la noche del mismo dia en que el rey don Jaime partió de Lérida para ir á ejecutar por sí mismo su sentencia contra el vizconde de Bearne, doña Teresa Gil de Vidaura, decidida ya á

todo, considerándose esposa del rey don Jaime, importándole poco de que su union con él permaneciese secreta, de lo que de ella se dijese; de que se la considerase como manceba del rey, se presentó á doña Aurembiaix, y la dijo:

—Señora, yo os agradezco y os agradeceré siempre, lo que por mí, pobre huérfana, habeis hecho; pero yo no puedo permanecer á vuestro lado, yo debo ir á dónde Dios ha querido que vaya; amor nos ha unido al rey y á mí; del rey soy, y el rey es mío; y digan de mí lo que quisieren y deshonrénme en buen hora; pero junto al rey he de estar mientras esta su voluntad sea, y mientras tuviere vida.

—De vos habeis dispuesto,—dijo doña Aurembiaix,—como dueña que sois de vos misma, y no seré yo la que os reprenda, que aunque yo nunca haya amado, alcanzo bien cuanta pueda ser la tiranía del amor. Id doña Teresa, y Dios quiera que seais por el rey tan feliz, como yo os lo deseo.

Colmó de regalos doña Aurembiaix á doña Teresa.

Vistióse esta con traje de paje del rey, montó á caballo, y partió con Arnaldo y con un fuerte resguardo de lanzas que la dió doña Aurembiaix.

Iban además algunas acémilas cargadas con los regalos que la habia hecho la condesa.

—¡Ah!—dijo esta al despedir á doña Teresa y al separarse de ella;—yo no podía ser ni reina con don Jaime, ni su manceba con su amor. Doña Yolanda se ha cruzado entre el rey y yo, pero algo hay ya entre doña Yolanda y el rey que no ha de saber ciertamente á mieles á doña Yolanda; pero si el rey hiciese su esposa á doña Teresa... ¡ah! y bien, mejor, me habria vengado completamente de doña Yolanda mi enemiga.

Y doña Aurembiaix se volvió conmovida, pálida, desesperada á su aposento.

Al amanecer, doña Teresa habia alcanzado al rey con la intencion de no separarse de él, de acompañarle á todas sus empresas.

CAPITULO IX

De cómo el rey don Jaime preparó y emprendió la conquista de las Baleares.

Después de la toma de la villa y castillo de Menarques sin darse un punto de reposo el rey don Jaime, se fué sobre Linyola, donde se había hecho fuerte el vizconde de Bearne, ó más bien, el gobernador y los caballeros que allí el conde había dejado, porque éste, cada vez más aterrado por las terribles calderas, no se atrevió á esperar al rey.

Tomó este la fortaleza de Linyola como había tomado la de Menarques.

Volvieron á hervir las calderas formidables.

Volvió á interceder doña Teresa, y como antes el rey no coció á los caballeros rebeldes, pero los ahorcó.

Cayó luego sobre Balaguer con Guillermo de Moncada, Guillermo de Cervera y gran número de sus hombres, que con cuatrocientos caballeros se les habian unido.

Resistió bravamente la ciudad, pero los ciudadanos prefiriendo el rey don Jaime, al señor de Bearne, se pusieron en inteligencia con el primero y le entregaron la ciudad, donde el rey entró llevando á su derecha á la condesa de Urgel y tras sí como un simple paje, aunque todos sabian quien era, á doña Teresa

En Balaguer, tambien las calderas habian hecho su papel formidable, y aunque no hubo verdaderamente cocidos, húbolos al ménos en la apariencia, y además algunos ahorcados.

Este aparentemente cocido, ó mas bien no cocido vivo, sino muerto, lo fué un clérigo fanático que durante el sitio de la ciudad, habia recorrido las calles predicando contra el rey don Jaime, contra su tiranía, su libertinaje y su desvergüenza, porque decia que si el rey hacia tales cosas por doña Aurembiaix, era á causa de los favores que á la liviandad de esta habia debido, y que no contento aún, llevaba consigo públicamente, vestida de hombre, á su manceba doña Teresa Gil de Vidaura.

A esto añadia los mayores improperios, las mayores injurias.

Y de tal manera irritó á don Jaime, que

para irritarse necesitaba muy poco, que cogido el insensato clérigo, le hizo estrangular en secreto y luego, metido en un saco, disimulado el cadáver entre los brazos de los verdugos, le arrojaron en una de las calderas, de la cual á poco le sacaron, y despues del saco, y dejaron ver el cadáver desnudo, al que todo el mundo tuvo por cocido vivo.

Entróle tal pavor á Geraldo de Cardona con el cocimiento del clérigo y con el enforcamiento de algunos de los caballeros á quienes habia confiado la defensa de la ciudad de Balagner, que desde un lugar inmediato donde habia esperado el suceso del sitio de Balagner, escapó á Montmegastre mientras que su grande amigo Guillermo de Cardona, se refugiaba en Agramunt.

Pero no le recibieron allí.

El terror volaba delante de don Jaime.

Los de Agramunt se mantuvieron contra Cardona, prendieron su hueste, y le obligaron á escapar durante la noche con unos pocos de los suyos.

Montmegastre siguió el ejemplo de Agramunt.

El vizconde de Bearne se vió obligado á ponerse en salvo.

El resto de las ciudades suyas, y fortalezas del condado de Urgel, se rindieron sin combatir; y doña Aurembiaix se encontró al fin en la po-

sesion completa de los estados que la correspondian por herencia.

—Señora sois ya de Urgel,—la dijo al despedirse de ella don Jaime.—Pero, esto no basta, yo os casaré de tal manera, que me lo tendreis á merced.

—Antes, señor,—dijo la generosa doña Aurrembiaix,—otra merced pretendo tener.

—Tenedla por otorgada, señora,—contestó el rey.

—Mi amigo, ha sido, mi enemigo es,—dijo, la condesa,—Geraldo de Cardona;—preso le tenéis, sentenciado le habeis: perdonadle, señor, y soltadle que harto castigo es el suyo con ver humillada su soberbia, y encontrarse pobre y condenado al mayor abatimiento en que su soberbia puede haberse visto.

—No le perdonaré, ni le soltaré, señora,—contestó don Jaime,—pero haré que le dejen escapar y no le perseguiré; así quedarán de pie mi justicia y mi poder, porque todos dirán que si yo no le he cocido, ó no le he ahorcado, ha sido por que se me habrá escapado, y él no se atreverá á poner los pies en mis dominios temeroso de la caldera ó de la horca, y así nos dejará en paz á vos y á mí.

En efecto, Geraldo de Cardona se fugó de la torre en que el rey le tenia, y pobre, desesperado, sin vasallos ni amigos, que todos abando-

nan á la desgracia, pasó á Francia y se hizo templario, buscando en esta poderosa órden un poder que le protegiese y un empleo para su espada.

Con la brillante conquista de Urgel, llevada á cabo en muy poco tiempo, hecha personalmente afrontando siempre el peligro, por el rey don Jaime, el renombre de éste como valiente y como caballero acreció de una manera extraordinaria.

En aquellos tiempos de fé, de entusiasmo, de galantería, no podia ménos de hacerse poderosamente simpático y al par respetable un jóven rey que á ejemplo de los héroes de los libros de caballería, tomaba la demanda por una dama, deshacia los entuertos que se le habian hecho y al par se hacia respetar como rey.

Aragon deliraba de entusiasmo.

Lo esperaba todo de su magnífico monarca, y don Jaime, halagado por la fortuna, se atrevia á todo y sentia la irritacion de la sed de conquista.

Doña Teresa Vidaura, alentaba sus grandes aspiraciones, le hacia feliz en sus brazos, le excitaba á la gloria, si es que era necesario excitar á la gloria al gran don Jaime.

Doña Teresa no se encontraba nunca mejor que en medio del combate al lado del rey, y el rey se enardecia viendo á su lado en el peligro á

la mujer que le embriagaba de amor y sobrepasaba el heroísmo.

Muy pronto le llamó una nueva conquista.

Habia conquistado, como hemos dicho, su corona.

Luego la corona feudal de doña Aurembiaix.

El amor le había ceñido su corona de flores con doña Teresa, y sentía hambre de ensanchar sus dominios.

Habíase ido á descansar de las rudas fatigas de la breve campaña de Urgel á Tarragona.

Un día, un marino llamado Pedro Martel y tan rico, que podía hombrearse con los reyes, llegó á la hora en que don Jaime se sentaba un día á su mesa.

Comían, al par, con el rey á la mesa de Pedro Martel, los prohombres don Nuño Sanchez, don Ferrando de Cervellon, el conde de Ampurias, don Guillermo y don Ramon de Moncada; don Guillermo de Claramunt, don Ramon de Almenariz y el señor de Fenollá, y don Bernardo de Santa Eugenia.

La cámara donde el banquete tenia lugar, estaba abierta hácia el Mediterráneo que desde allí en toda su anchura se descubria, y hácia la parte donde caen las Baleares.

Preguntó el rey á Pedro Martel que tierra fuesen estas islas.

Aquí vamos á poner lo que Martel contestó

segun el cronista Marsilio, siguiendo la traduccion de Quadrado:

«Tres son las islas, la mayor de las cuales es Mallorca, que tiene trescientas millas de circunferencia, y por esto cabalmente Mallorca es llamada, pues que en todas sus circunstancias es mucho más noble y excelente que las demás.

En direccion á Cerdaña, hácia el viento que llaman *griego* los marineros, hay otra isla sometida á la primera que se llama Menorca, y dista de Mallorca casi treinta millas. Tiene esta junto al puerto, que mira hácia la isla principal, una villa risueña nombrada Ciudadela, y cuenta además otros grupos ó reuniones de casas y villas y moles muy bellas, con supérflua ostentacion edificadas. La tierra, empero, no es de sí muy abundante en trigo, sino sobremanera apropiada y nutritiva para ganados así mayores como menores: tiene montañas en su interior no muy altas, como las tiene Mallorca, y en una de ellas hay un castillo muy bello y fuerte que llaman Santa Agueda, los sarracenos, el cual no está sentado á un lado de la isla, sino casi en el centro; cuenta cuatro puertos, y con Ciudadela, Sereyna, Fornells y Mahon, el cual entre todos y sobre todos los puertos del mundo es celebrado, pues tiene de largo, segun pretenden algunos, veinticinco millas, y á cada lado muchas y seguras calas que en otro sitio serian puertos:

dos islas tiene en medio, no muy distantes, altas y útiles para conejos y aguas, no estériles sino agradables por sus ostras y por la variedad de otros peces de aquel género y favorables á la formacion de nácar y de preciosas margaritas: los habitantes de esta isla abundan en carne, leche y queso; de pan y vino tienen lo suficiente, pero poco, comparado con otras tierras; está la segunda isla balear á la parte del Sudoeste sesenta millas lejos y es llamada Ebiza, en voz casi arábica, derivada de *ebiza*, que significa seca; tiene puertos casi parecidos á calas, que se llaman Tagomago, Portmañ, Coliseras y Cedra, pero éste último, viene á ser isla, y hácia la tierra mayor forma ensenada á manera de puerto; es Ibiza muy á propósito para ganado, es señora de la sal de miel tiene lo bastante; oculta minas de plata; cria pinares en vez de bosques, de trigo y vino, produce alguna cosa; pez y alquitran suministra á los marineros, y es la única que en nuestros países se ameniza con flores y alcaparras; ciérranla en el mar por el lado de occidente algunas rocas que el pueblo apellida las *Puertas*, por entre las cuales se navega hácia la villa y castillo; elévase sobre el mar su castillo muy hermoso, é incluye y cierra la villa dentro de sus muros; tiene arrabal junto á sí, y hácia la llanura aquella hay viñas y huertos muy agradables, cerca del castillo hay un puertecito

que cierra el islote de las Conieras y donde encuentran abrigo las naves y las barcas; fuera de los muros del castillo no tiene esta isla poblaciones ni villas, sino únicamente moradas ó alquerías de campesinos, dispersas y apartadas entre sí; no está abastada de aguas dulces y corrientes, sino en muy corta cantidad, ni la cierra grande altura de montañas, aunque toda sea montañosa, pues no contiene más llanura que la de junto al castillo, deleitosa á quien la mira; algunas pequeñas porciones de tierra concedidas á los habitantes para labranza; tiene además esta isla otra junto á sí dividida por un estrecho brazo de mar y llamada Formentera, la cual es bastante llana y apropósito para trigo; la isla mayor cuenta á su lado otras dos islas, una que sale al encuentro á los que salen de Cataluña, que tiene por nombre Dragonera, llamada así, por la forma de dragon que en cuanto á la cabeza, dorso y cola le dá la disposicion de la tierra y de sus montes: ofrece puerto á los que entran en ella; pero en su carrera solo un pozo les presenta tan profundo y peligroso, que los sedientos mueren de sed á su orilla; los servicios que prestan sus ensenadas á los pescadores son engañosos, pues mientras en ella pescan y reposan en apacible calma, suscítase de repente borrasca y temporal, fátales el pan, ciérraseles el regreso, desfallecen de hambre. Sin embargo, la divina sabiduría no

plantó en el mar esta montaña sin provecho de los hombres, pues le ofrece, como acabamos de decir, custodia y atalaya en tiempo de corsarios y de gente mala, y sirve de segura guarda para cabras y cerdos. No produce fruto alguno ni cosa alguna brota de la tierra sino raíces de palma silvestre que en catalan llamamos *borgueyones*, y estos los cria en abundancia, muy lindos, frescos y sabrosos, tanto, que no se hallan otros parecidos en las islas Baleares, y á veces suben á cojerlos los marineros en tiempo de vientos contrarios, y antes de poder volver á su embarcacion hubieron ya algunos recibido el daño; hay además otra isla á la cual solo las cabras han hecho dar el nombre de Cabrera; está hácia la parte austral, inhabitable, elevada en sus montañas; suministra agua á pescadores y á corsarios; dista casi diez millas del puerto más cercano de la isla mayor, no tiene ni forma puerto, y á veces fué ruina de los marineros procedentes del Mediodía y no muy prácticos en aquellas aguas; pero la isla mayor es la que llaman Mallorca, fué mayor en cantidad y mayor en territorio, la cual hizo levantar la divina sabiduría de las profundidades de las olas para que por todos lados sirviese á los navegantes de refugio y defensa, y por esto los hombres del arte la apellidan *Cabo de Cruces*, pues desde ella se puede navegar más cómodamente á cualquier punto,

y los que vuelven de lejanos países quebrantados de fatigas semejantes, empapados de lluvias, atormentados por borrascas consumidos de calor y de bochorno y extenuados con la escasa comida. quiso Dios que en esta fuesen saciados y recreados y acudiesen á ella de buena gana para consolarse de sus trabajos, y la proveyó de puertos el soberano Maestro del Universo para tutela y defensa de los que peligráran y navegáran, y le dió hácia el Levante el puerto de Alcudia, al Poniente el de la Palomera y de Andraig, al Septentrion el de Soller, y hácia el Sur el de Manacor, el de Porto Colom y el de Porto Petro; por todas partes ofrece además muchos puertos que llaman *esparagols* los marineros, para salvar buques menores. Cercan á esta isla montañas altísimas por el lado opuesto á Cataluña, y tanto se encumbran, que son muerte de los náufragos y horror de los navegantes. Más por el lado austral que mira al Africa no son tan elevados sus montes, aunque esté toda cubierta de rocas; y son pedregosas aquellas alturas, inútiles para toda semilla y áridas, desiertas, sin fruto ni utilidad, si ya no les fueron dadas á los isleños para custodia y defensa de su país. Y entre las muchas partes que comprende la isla, pueden contarse diez y seis; las tres montuosas, y á la raiz de los montes que se llaman *Rraiyyguer*, contienen pueblos

y villas deliciosas; allí los fructíferos olivos, allí la abundancia de viñas y la abundancia y variedad de frutos, vergeles amenísimos, fuentes que por do quiera brotan, y allá, donde uno cree que encajan entre sí elevadísimos montes, y que no abrigan sino espantosa soledad, allí se esconden muy risueños valles, en arbolado fecundos, bien situados, llenos de manantiales y de fuentes, con todo deleite y pureza de aire regalados. Las otras trece partes son muy pobladas, llanas y apartadas de los montes y muy aptas para granos; abundan de trigo y cebada, escasean mucho de frutas, carecen de olivos, sustentan pocas viñas, son ricas en ovejas y ganados, beben sus moradores de agua de pozos, y muchas veces de la que récojen durante las lluvias en hoyos y cisternas, para que en muchas cosas se asemejen perfectamente á los comarcanos de Urgel.—La ciudad, empero, está sentada y situada junto al mar, teniendo á su lado una llanura de doce millas, de ancho y profundo foso rodeada, amparada y guarnecida de muro y frecuencia de torres de bello antemural coronada, no conociendo arrabal, pues todos los barrios los encierra en su seno con tres portales y puertas de hierro, fortalecida con un hermosísimo castillo edificado en su interior en llano y á orillas del mar, enriquecida por largas y lindas calles en agradable rectitud, despejada por la anchura de sus plazas,

deliciosa por una fuente que corre por medio de ella, acompañada de amenidad de huertos así dentro como fuera. Tiene una muy risueña perspectiva de mar que se extiende quince millas y la terminan dos grandes labios de roca ó cabos que distan uno del otro casi veinte millas; estos dos cabos con tres puertos enfrente de la ciudad, forman una gran ensenada, abundante y llena de peces, y muy provechosa para navíos y para cualquier otras embarcaciones, pues en todos sus fondos muerden las áncoras; así que durante la primavera y el verano todos los barcos y naves se detienen y anclan delante de la ciudad, á una milla de la costa, pero al acercarse la estación de otoño, acójense al puerto, que dista de la ciudad dos leguas y media y se llama Portopi, esto es, *Puerto del Pino*, pues habia en él un pino muy hermoso, del cual tomó nombre el puerto.

Fuera de dicha ciudad hay además tres castillos muy fuertes, plantados y situados en altísimas montañas, el uno en frente de Cataluña, llamado de Pollensa, el otro opuesto á la region del Africa, que se denomina de Santueri, otro en el interior del país, que es inespugnable, y se llama de Alaró.

El aire en la ciudad es muy templado, pues en invierno, apenas ó casi nunca, cae nieve, y si alguna vez acontece, las gentes lo toman por

diversion; rarísima vez aparece hielo, y en verano de hora de tercia en adelante, refréscala el viento que llaman *embate*.

Después de la comida, los prohombres de Aragón que al rey acompañaban, dijeron:

—Hemos, señor, recapacitado estas cosas que Pedro Martel nos ha dicho, y creemos que nuestro pensamiento de Dios procede, lo cual, si esto fuera, nadie podría impedir la voluntad de Dios: os daremos, pues, palabras halagüeñas y á Dios agradables, las que ya no podemos por más tiempo ocultaros en nuestros pechos; os aconsejamos, señor, y suplicamos con todas nuestras fuerzas, que os levanteis con todo bien de valor y de fortaleza y tomeis al rey sarraceno su isla; ciertamente que á ello correremos dando en primer lugar la honra á Nuestro Señor Jesucristo, la cual, en dicho lugar, es menospreciada. Además, debe movernos la exaltación de la fe cristiana; luego la adquisición ó lucro de los bienes temporales, así para vos como para nosotros, y de seguirse la dilatación de vuestra fama por todo el univérso.

Don Jaime necesitaba poco para lanzarse á una aventura, y la excitación de sus prohombres le encontró preparado y decidido.

—Gústanos sobremanera vuestro proyecto, —les contestó,—y no será culpa mia si deja de cumplirse.

Que era lo mismo que decir:

—Yo voy aun al frente del mismo Satán, resuelto á todo. Así, pues, mis ricos-hombres, tened tanta fuerza en los puños como entusiasmo en las palabras, y allá iremos todos y conseguiremos lo que deseamos.

Pero como para esta guerra eran necesarios grandes y costosos aprestos, y habia que apelar no solo á los puños, sino tambien á los bolsillos del reino, y con arreglo al fuero no se podian imponer servicios sin decreto de las córtes, don Jaime convocó córtes catalanas en Barcelona.

Reunidas las córtes en el palacio real, pocos dias antes de Navidad de 1228, habiendo acudido los prelados, los ricos-hombres, los prohombres y el estado llano, sentado en su trono el rey don Jaime con todo su aparato real, y empuñada su espada ya vencedora, les dijo de esta manera:

«Puesto que de nuestro Señor Dios proceden los bienes todos, y que sin él ni tienen provecho las palabras ni virtud las obras, rogamos humildemente á nuestro Señor Dios Jesucristo y á su madre la gloriosa Virgen que iluminado con su sabiduría y ennoblecido con su virtud, podamos proponeros lo que hemos pensado, y encaminar con vosotros las palabras á los hechos, de manera tal que sean en gloria y alabanzas del Hijo

y de la Madre, en la exaltacion de nuestros reinos y alegría de nuestros corazones.

»Grandes y nobles cosas son las que en el mundo agitamos, leves para Dios omnipotente pero graves y difiles al poder nuestro, por lo cual invocamos principalmente á Dios como promotor y favorecedor más eficaz y reclamamos vuestra providencia y consejo.

»Oid, pues, todos solícita y diligentemente para que podais contestar mejor.

»Cierto que nuestra llegada al mundo y corporal nacimiento segun se ha visto y conocido fuera objeto de un don de Dios especialísimo, pues teniendo concebido el rey nuestro padre odio y rencor contra la reina su consorte, por grande maestria humana aunque de Dios inspirada, fuimos engendrados.

»Además, señales y manifestaciones muchas han sobrevenido como del cielo, dándonos auxilio en nuestros apuros y necesidades que parecen confirmarlo del don de Dios que hemos dicho.

»Nos somos vuestro señor natural, y solo hemos quedado entre vosotros sin hermanos ni hermanas legítimas, y sobre vosotros entramos á reinar niño de seis años y medio y hallamos en pésima disposicion á Aragón y Cataluña, y sembrada de mucha cizaña, la tierra vacia enteramente de paz y de unidad, y de muchos delitos fautora.

»De aquí, resultaba, que por estas cosas y las ya de antes cometidas, corria y se derramaba por el mundo muy mala fama de nosotros.

»Así, pues, las heridas abiertas en nuestra reputacion no pueden ni podrán curarse plenamente, sino empezais grandes obras á Dios y al mundo agradables, y si no está con vosotros la clemencia y piedad del Señor, para consumarlas.

»Entonces, será exclarecida vuestra fama así como cede la oscuridad y el aire se ilumina cuando sube el sol sobre la tierra.

»Porfiad, pues, en obras, en fortaleza, y esforzaos en dilatar el nombre de Dios y el vuestro.

»Deponed la vestidura abominable de la antigua infamia, y levantaos todos juntos con un ánimo mismo para nuevas y maravillosas empresas.

»La carrera del bien os la mostramos, y grande ocasion suministramos para que resplandezcan la verdad y la virtud.

»Ved aquí, pues, que inspirándonos Dios, proponemos ir á Mallorca y regocijar nuestro señorio, y conquistar para Dios todo aquel reino, y dilatar por todo el mundo nuestro nombre, y al rey de Mallorca, tan infiel, tan malvado, tan odioso vecino, en virtud del Altísimo, superar y vencer.

»Os pedimos, pues, en primer lugar, por consideracion á Dios, cuyo es el negocio y en segun-

do, por efecto del amor natural que profesais á vuestra persona que en cada cosa nos ayudeis con vuestro consejo y socorro.

»La primera cosa que os pedimos, ser auxiliado, es que terminadas que sean todas las discordias y luchas, sean cuales fueren, y entre cualesquiera persona, podamos dejar en sana paz nuestra tierra, mientras nos ocupamos en conquistar tierras extrañas.

»La otra cosa que os pedimos, es dirigirnos y ayudarnos con vuestro consejo y cooperacion, y la última demanda sea el subsidio necesario para que con el favor de Dios, con vosotros juntamente gocemos de la victoria sobre los pueblos bárbaros tan deseada.

»Y para anunciaros y pediros estas cosas, os hemos llamado y habeis acudido á nuestras Córtes.»

Levantóse Aspargo, arzobispo de Tarragona, pariente del rey, cuando el rey hubo acabado su discurso y dijo:

—«Verdad es, señor, que sois jóven entre nosotros, y que necesitais del sano consejo de los vuestros, y como además proponeis y declarais que vuestra mira va dirigida contra el reino de Mallorca, tan árduo es, y nos parece este negocio, que conviene tener sobre él grande y completa deliberacion, y no decidirlo con presuntuosa temeridad. Queremos, pues, deliberar y responder

luego más discretamente segun esperamos á la honra de Dios y vuestra y de los vuestros.

Tomó á seguida la palabra en nombre de los nobles, Guillermo de Moncada, y dijo :

—Señor, muy obligados estamos á dar gracias á Dios, que tal propuesta quiso inspiraros, pero siendo de gran nobleza la cosa de que se trata, es menester grande y maduro consejo, y no conviene precipitar decisiones en materia en que se encuentra el provecho, pero tambien muy grave dificultad. Sin embargo, en presencia de todos os decimos que nuestro consejo será tal, cual compete á nosotros el darlo y á vos el recibirlo.

Habló en seguida Berenguer Girart burgués de Barcelona, por los procuradores y ciudadanos, y dijo:

—El señor de todas las cosas ha puesto en vuestro corazon, y en vuestros labios, estas palabras que nos habeis dicho y que grátisimamente hemos oído.

¡Oh, el rey! plegue á Dios á aquel de quien aparece derivar su principio esta empresa, que podamos responderos en honra suya y direccion del propuesto negocio.

Tendremos, pues, deliberacion justamente con ellos y os contestaremos segun mejor entendamos.

—Hágase así,—respondió el arzobispo de Tarragona.—Deliberen aparte los prelados, aparte los nobles y aparte los ciudadanos.

Aprobaron todos la proposicion del obispo.

Y por último, estas deliberaciones se hicieron por brazos ó estamentos, y los nobles que habian aconsejado primeramente ir á Mallorca, no confiando mucho en la ayuda del brazo eclesiástico y del estado llano, se fueron á ver en secreto al rey, al cual en nombre de todos dijo el conde de Ampurias:

—Yo traigo el primero la convenida respuesta que tratan de daros vuestros nobles en dia oportuno, y aquí delante de todos aunque secretamente quiero decir mi opinion sobre el hecho indicado.

Si hombres habia de buena fama en el universo, éramos ciertamente nosotros que por nuestros pecados hemos decaido de aquella fama haciéndonos de nombre oscuro y el oprobio de la gente, cuyas cosas disimulando, arrastramos una vida de miseria. Nos es por tanto sobre manera indispensable que vos señor rey, á quien Dios verdaderamente nos ha dado por señor natural, emprendais con ayuda de Dios y nuestra tan grandes y tan nobles hechos, y que acometiéndolos rápidamente, los lleveis á cabo para que podamos recobrar el valor y nombradía de nobleza y probidad que ya perdimos.

Ved aquí que ahora tenemos oportunidad de hacerlo, si vos, señor, juntamente con esos otros, conquistais el dicho reino de Mallorca

segun vuestra esperanza, porque maravilla será la conquista de aquel reino que rodea el mar por todos lados, por lo cual, así en el príncipe vencedor como en su gente, se reconocerá mejor opinion y ardimiento mayor y más fuerte virtud y más constante firmeza, y entonces se nos devolverá la gloria, con creces, de tan grande hazaña, y se olvidará la pasada mengua con el acometimiento de tan gloriosa empresa, que en la memoria de cien años acá no tiene semejante.

Y para hablaros más íntimamente, por cierto que si principiarnos la grande obra no debemos apartarnos de la consideracion de ella, que mejor en verdad nos es el morir, y muriendo, recobrar la buena fama que tuvimos un tiempo, y renovar en nuestras acciones la bondad y proezas de nuestros padres, que vivir en la deshonra en que estamos.

Esto, pues, os digo, esto ansío; y os aconsejo que nos adelantemos á toda prisa á terminar el negocio, á conquistar aquel reino.

Alentóse más y más con estas palabras el rey.

Se entusiasmaron todos los nobles, y llegando por fin el dia de reunirse de nuevo las córtes, reunidas que fueron, tomó la palabra el vizconde de Bearn, aquel mismo rebelde á quien el rey habia vencido poco antes, y dijo:

—Señor rey: así como Dios, que todas las grandes cosas y pequeñas dispone por grados, os dió á nosotros por señor, nos dió á vos por vasallos para servicio vuestro.

Pero no sería legítimo y fiel vuestro servicio sino aumentásemos vuestro señorío y si no exaltáramos vuestra honra tanto como pudiésemos, porque nuestra es vuestra honra y gloria y hasta nosotros deriva y baja á nuestro provecho.

Así, pues, ingénuamente nos dicta la razón, que al presentarse ocasion de ello no debemos desdeñarla, diferirla y desdeñarla.

Por lo cual nuestro parecer es que esta ocasion de conquistar el reino de Mallorca, acerca de la cual nos pedís consejo, recayendo sobre una isla, resaltará muy en mayor honra vuestra, que si en tierra firme conquistáseis tres reinos, y nosotros seguramente debemos mirar por vuestro honor sobre todas las cosas.

Y así, tocante aquellos tres puntos acerca de los cuales quereis contestacion nuestra, respondemos por órden de esta suerte:

Primeramente, que pongais en paz nuestro reino para que no encuentre esta empresa obstáculo ni dilacion; estableced, pues, paz y tregua en toda Cataluña, y escríbase el nombre de todo el que las concluya, y Nuño Sanchez, aquí presente, y nieto del conde de Barcelona, entrará en esta paz con nosotros por causa del gran

parentesco que con vos tiene, y otrosí para que nuestras buenas acciones no puedan ser estorbadas.

Pero si algun otro de Cataluña no declarase la paz y la tregua, haremos de grado ó por fuerza, ó que hagan las paces ó que estén á la tregua otorgada.

Y aunque ya habeis cobrado una vez el bo-vaje (1) segun acostumbran los reyes por derecho real, esta vez, por don simple, os concedemos bo-vaje sobre vuestros hombres en ayuda de vuestros gastos.

Pero yo por mí en particular os prometo y ofrezco seguiros y serviros bien y fielmente, yo y mi linaje, con cuatrocientos caballos armados y conservarlos en vuestro servicio hasta que Dios os conceda la isla de Mallorca y el señorío de las demás islas, y ni de vos nos apartaremos mientras no esté terminada su conquista.

Nuño Sanchez y los demás nobles hablarán por sí propios, y prometerán lo que Dios les inspire.

Os rogamos, empero, que puesto que todos haremos tanto por vos en este negocio, nos deis parte de la conquista que con nosotros ganeis, así en muebles como en inmuebles, para que

(1) Impuesto que se pagaba por las reses vacunas que se destinaban á la labor.

se perpetúe en la tierra nuestra memoria y no se olvide en ningún tiempo nuestro servicio.

Levantóse entonces Nuño Sanchez, y dijo:

—Buenas son, oh señor, las palabras de Guillermo de Moncada, y bien gallardamente habla por sí y por su linaje.

Ahora yo responderé por mí.

Dios que nos crió ha querido que fueseis señor nuestro, y puesto que á él le place, debe placernos á nosotros y á mí más que estoy tan inmediato á vos en parentesco, y que tengo en vos un buen señor y amigo.

Así que si aumento vuestro honor y señorío, no puedo ni debo creerme extraño, sino compañero de tal prosperidad, pues que Dios me ha concedido ese vuestro deudo.

La obra que proyectais emprender es muy buena, obra es de Dios y á quien con Dios obra Dios le instruye, dirige y consuela.

Yo os otorgo paz y tregua por mí, por los míos y por la tierra que el conde mi padre me dió ó dejó de por vida, á saber, Rosellon Conflent y Cerdeña y en especial don os concedo recojer en ella el bovage y seguiros hé á mi propia costa con cien caballeros armados y os serviré fielmente hasta que Dios os haya entregado el país, y vos me dareis posesion en la tierra y en los bienes muebles para los caballeros y peones que me

sigan, y para las galeras y embarcaciones que aprestaré en este viaje en servicio vuestro.

Habló despues el conde de Ampurias y dijo:

—Señor, no puede ser bastantemente loado el viaje que proyectais hacer siendo tan grande la utilidad de su objeto, pues que si Dios como firmemente creemos está con nosotros y conquistamos ó ganamos el reino arriba dicho, quien de nosotros ó de que manera todos juntos podemos apreciar cuanta gloria á Dios se le tributará por ello, y que triunfo resultará para la fé y cuantos frutos de almas para las naciones que sobrevengan y cuantas buenas obras se seguirán para los fieles en las tierras conquistadas.

Así es que no podemos comprender [estos efectos sin elogiar dignamente tal empresa.

Yo prometo seguiros con sesenta caballos armados y otros tantos caballeros, y aunque yo por la gracia de Dios soy conde de Ampurias, mayor y más noble cabeza de nuestro linaje, es Guillermo de Moncada, señor de Bearne y Moncada que obtiene de vos y de Castelveyl que es de franco alodio suyo

Por lo que yo apruebo y confirmo las palabras que ha dicho, y en la cuenta y número de los cuatrocientos caballeros que ha prometido, entiende que van ya incluidos los sesenta caballeros míos, comprometidos de parte del linaje nuestro.

Y así como á él y á los demás se ha prometi-

de porcion, vos me dareis la que me pertenezca por mis caballos y hombres á pié que me siguieren, pues que todos los caballeros que ofrecemos nosotros y los demás se entenderán y se servirán con caballos armados. .

Hablo Aspargo arzobispo de Tarragona, primo del rey, y dijo:

—Podemos repetir las palabras que pronunció aquel santo Simeon deseador de Nuestro Señor Jesucristo, cuando tomó en sus manos á dicho Jesucristo, hijo de Dios á los cuarenta dias de su nacimiento, de quien habian prometido la ley y los profetas que debia aparecer tomando carne por nosotros. *Viderunt oculi mei salutarium*: Han visto mis ojos tu salud.

Y léese que dijo haber visto la salud de Dios cuando tuvo en sus brazos á aquel Señor que habia venido á salvar al mundo y á obrar la salud en medio del mundo.

Nos complacemos en aplicar esta palabra á la presente materia, como que maravillados nos alegramos en Nuestro Señor, y gracias y alabanzas le rendimos en el fondo del corazon por haber visto nuestros ojos la salud vuestra.

Por la cosas, señor, que os proponeis y que tratais de hacer ya se os puede llamar salud de Dios... Por lo demás, supuesto que nos habeis prevenido contestar á las cosas por vos propuestas, visto lo que pensais hacer y lo que pe-

deis decirnos, que todo ello es digno al par de alabanza divina y humana.

Y en verdad que la respuesta de los nobles y sus generosas promesas os debe inclinar ya al tal viaje, pues mucho y bien han ofrecido.

Nos, empero, señor, no conocemos el arte ni ejercicio de las armas, como ancianos y de proveyectos dias, y no hay en nos aptitud ni fortaleza, para semejante expedicion y fatiga.

Más, de nuestra parte, y de parte de la iglesia de Tarragona, os decimos que podeis mandar y disponer de nuestros bienes y hombres, y recibir de ellos servicio, así como de los vuestros en subsidio y ayuda de tan precioso objeto.

Además, si por inspiracion divina se mueven los obispos y abades y deliberan seguiros personalmente damos por bueno y agradable su propósito, y desde luego los otorgamos licencia de ir allende el mar y el que es Unigénito hijo de Dios engendrado que para la redencion del linaje humano, quiso venir á este mundo tomando carne nuestra, recibida de una Madre Virgen, os dirija y segun nuestros votos os saque glorioso vencedor, conservado en cualesquiera peligro con su divina proteccion.

Habló despues el obispo de Barcelona Berenguer de Palou, el anciano prelado que

se habia encontrado en las Navas de Tolosa mandando cuarenta ginetes y mil infantes, y dijo:

—Cuando nuestro Señor Jesucristo quiso trasfigurarse en el monte Tabor en presencia de tres apóstoles y manifestarles su gloria, apareciéndose allí Moisés y Elias, y San Pedro no sabiendo lo que decia, deseó que se levantaran en el mismo sitio tres tabernáculos, oyóse la voz del Padre sobre el Hijo diciendo:

»Este es mi hijo amado con el cual he tenido complacencia.»

Esta expresion señor rey, os conviene muy bien á vos.

Así, pues, yo por mí y por la iglesia de Barcelona, os ofrezco y prometo cien caballeros armados ó más, á mis propias espensas, que continuarán hasta que seais dueño de las islas y os pida porcion de lo que ganen para aquellos que conmigo irán y así para caballeros como para marineros.

Los demás obispos siguieron á los prelados que acababan de hablar.

El de Girona prometió treinta caballeros.

El abad de San Feliú de Guixols cinco.

El prior de Tarragona cuatro y una galera.

El arcediano de Barcelona, diez y doscientos infantes.

El sacrista de Gerona, diez y los peones que pudiese.

Y otros muchos que no podian dar caballeros se ofredieron á ir personalmente.

En cuanto á los nobles, Ramon de Moncada prometió gastar en aquella jornada cuanto tenia y esperaba, llevando consigo veinticinco caballeros.

Ofrecieron ciento Francisco de San Marti y Guillermo de Cervellon.

Ramon de Ager prometió veinticinco.

Berenguer de Santa Eugenia y Gilaberto de Cruilles, prometieron treinta.

Hugo de Mataplana y Galcerán de Pinós, cincuenta.

Treinta Raimundo de Claramunt, y otros muchos ofrecieron lo que pudieron.

En cuanto á las ciudades, solo Barcelona, Tarragona y Tortosa tenian diputados en aquellas córtes.

El burgués Pedro Groix, en nombre de Barcelona, dijo:

—Largo tiempo hace ya que por culpas y pecados de la gente, no han tenido vuestras ciudades materia alguna de gozo ni ocasion alguna de alegria, sino que convertidas casi en tristeza por muchos años han enmudecido.

Este nuestro suelo de Barcelona, que es y se llama ciudad por excelencia sobre las restantes,

de muchos años solo un placer recuerda haber recibido, y fué cuando por primera vez se halló enriquecida con vuestra presencia.

Pero este placer no enfrenó las lágrimas, antes bien les dió riendas al ver el condado y el reino venido á manos de un rey niño de seis años, por lo cual nuestra ciudad jamás apartó de sí el temor mientras vos os encontrásteis en menor edad, y nos era más preciosa vuestra vida que la nuestra propia, como que la vida y felicidad de todos de vos pendia.

Mas hoy cumplidamente aparecemos rebo-sando en júbilo, y verdadero gozo inunda la ciudad toda, y no encuentra en ella ángulo alguno la tristeza cuando el corazon y las entrañas de todo ciudadano se ceba en la sustancia de tan gran noticia.

Hoy conoce la ciudad la fortaleza de su señor, hoy se atrae el príncipe nuevo amor del corazon de los ciudadanos, viendo que tales cosas anhe-la, que tales cosas dispone que han de fijar el mundo y el cielo con el espectáculo de tan gran-diosa hazaña.

Hierve ya la ciudad en amor y devocion.

Muchedumbre perpétua de entrañables y afectuosos clamores subirá á los oidos del Altísimo para que en la empresa principiada obtengais el apetecido reino.

Yo de parte de la ciudad os ofrezco los bu-

qués, así navios como barcas, que se hallan en Barcelona, para prestaros agradable servicio conforme requiere la piedad del objeto, y en esta jornada nos portaremos de manera que de hoy en adelante esteis de nosotros más complacido.

Y segun la crónica del mismo rey, el diputado por Barcelona acabó su discurso con la siguiente magnífica frase:

— Al hacer la ciudad este ofrecimiento, no quiere otra recompensa que vuestra gratitud.

Hablaron en el mismo sentido los diputados por Tarragona y Tortosa, y más adelante aceptaron la empresa Lérida, Gerona, Manresa, Tárrega, Villafranca, Caldas, Montblanch, Prades, Apiera y otras.

Antes de disolverse las córtes, se libro el acta, por la cual el rey se comprometia en nombre de Dios y suyo, y cuando el Señor se dignara hacerle dueño y sometedor de las islas Baleares, á asegurar á todos y á cada uno la correspondiente porcion de la conquista en relacion con su mérito.

Se nombró una junta para el reparto, cuyos vocales fueron el obispo de Barcelona, el conde Nuño Sanchez, el de Ampurias, los vizcondes de Bearn y de Cerdeña, y Guillermo de Cervera.

Juraron los nobles uno tras otro hallarse con sus compañías en el puerto de Salou el primer día de Mayo para acompañar al rey en su viaje.

Confirmaron así mismo el servicio los preladados y lo confirmaron los ciudadanos.

Esta noticia produce inmediatamente un inmenso entusiasmo en Zaragoza, y todas se preparan para una conquista que veían ya hecha.

Hé aquí cómo describe este momento el cronista Marsilio:

«Cada cual vuelve á su posada lleno de noticias que difundir, y la ciudad entera bule en nuevos rumores, y los que no habían asistido preguntaban por las calles lo que había acordado la Asamblea y lo ordenado y decidido; y los que venían de allá no podían detenidamente referirlo sino que por remate á todo gritan:

»¡A Mallorca! ¡En buen hora sea! ¡A Mallorca!

»Y en seguida la noble ciudad parece asistir al viaje.

»Las calles todas llénanse de cualquier avíos necesarios y de armas así defensivas como ofensivas, y de mujeres ocupadas en coser banderas, velas y diferentes arreos, así de hombres como de caballos.

»Pierde el sosiego toda la ribera, y con gran-

de algazara se ocupan y maniobran los marineros.

»Aquí se trabaja lo nuevo, allí se remienda lo gastado, acá se elije á los más fuertes, allá se distribuyen por oficios los elegidos.

»Y no queda la infancia sin participacion en este contento, pues júntanse los niños y toman vestiduras por adargas y cañas por picas, y buscan sitio para pelear y cómo trabajar fingidamente en defender á Mallorca, otros se esfuerzan en combatirla y se da á los cristianos el triunfo, vencidos varonilmente los contrarios.

»Así que los juegos de la infantil edad son menajes prometidos de la verdadera alegría, y en tanto que obra así puerilmente, arranca un multiplicado suspiro á las personas que temen las varias vicisitudes de los combates y sus riesgos imprevistos, y ruegan que así suceda como lo representan á su talante los muchachos en el seno de la paz.»

Se hicieron los aprestos en Barcelona, con una actividad infinita, y ya en los principios de 1229 fué á Lérida don Jaime, en donde encontró á Juan, cardenal de Santa Sabina y legado del papa, y á gran número de barones y prohombres de Aragon y Cataluña, y aun se dice que Sidi-Abu-Zeyd Almanzor, á quien una revolucion habia arrojado del trono de Valen-

cia, que habia ido á pedir proteccion á don Jaime.

Verdaderamente aquel gran rey habia nacido predestinado.

En los momentos en que se aprestaba para la conquista de Mallorca, el destronado Abuzeyd se arrojaba á sus piés pidiéndole ayuda y prometiéndole su reino en feudo si por su medio lo recobraba.

Habíanse enfriado mucho los barones de Aragon y de Cataluña en lo de la conquista de Mallorca, particularmente los de Aragon, que habian apelado al cardenal rogándole procurase hacer cambiar al rey de propósito.

Tan popular como era la guerra en Cataluña, era impopular en Aragon, á cuyo reino convenia mucho más la conquista de Valencia, á la que ayudaba el estado de trastorno en que aquel reino se encontraba.

Hizo lo que pudo el legado.

Pero encontró al rey tan lleno de entusiasmo y tan decidido por su empresa, que entusiasmado á su vez el cardenal, exclamó:

—Hijo, la idea de tan noble empresa, no de vos que tan jóven sois, sino de Dios procede, el cual os la inspiró y os ha enviado su gracia; y ya que es así, plazca á Dios que podais llevarla á tan feliz término como vuestro corazon desea.

Habiendo convocado el rey un parlamento para tratar de la ejecucion de aquella empresa, los aragoneses y los leridanos volvieron con que era preferible la conquista de Valencia, ofreciendo que si la emprendia podria contar con que ellos harian cuanto les mandase, sirviéndole con sus personas, sus haciendas y sus vasallos.

—No por cierto,—contestó el rey,—no seré yo quien abandone la empresa de conquistar á Mallorca, que jurado está, y no romperé jamás mi juramento: quien seguirme quiera, cumplirá con su deber, me tendrá muy por su amigo, quien no, recibirá su condigno premio.

Y acto continuo, tomando un trozo de cordon rojo y haciendo con él una cruz, pidió al cardenal se la pudiese al hombro.

El cardenal la cosió y bendijo al rey y concedió en nombre del papa grandes indulgencias á los que fuesen á la conquista de Mallorca.

El cardenal puso asimismo la cruz á infinitud de nobles, y la empresa de Mallorca se convirtió en una cruzada, lo cual hizo que acudiesen muchos más, y aun de tierras de Francia, Inglaterra y Alemania.

A principios de Abril se encontraba don Jaime en Calatayud, acompañado del cardenal legado y del emir destronado de Valencia.

La proteccion que don Jaime dispensó al

emir fué de una gran trascendencia política.

En primer lugar, Abu-Zeid, conciliado por don Jaime, se preparó á hacer la guerra contra Djomail, que le habia arrebatado la corona, abriendo de esta manera el rey don Jaime la conquista del reino de Valencia.

En segundo lugar calmó el descontento de los aragoneses por la inmediata conquista de las Baleares, porque veian que aunque de un modo indirecto, se empezaba la guerra contra Valencia.

Y por último, que el emir usurpador de Valencia, ocupado en sus propios negocios, no pudiese auxiliar al emir de Mallorca.

Segun el historiador Zurita, al mismo tiempo que don Jaime empezaba su sitio contra Mallorca, Abu-Zeyd protegido por don Jaime, rompía contra Valencia con las lanzas de don Pedro Fernandez de Azagra, señor de Albarracin, de don Blasco de Aragon y otros próceres aragoneses, tomando desde el momento al emir de Valencia algunas villas y castillos.

Partió el rey de Calatayud á Tarazona, á donde le siguieron el cardenal de Santa Sabina, legado del papa, y otros prelados para concluir el divorcio de doña Leonor de Castilla.

Asistieron á este concilio los prelados, segun Zurita, Rodrigo, arzobispo de Toledo, Aspargo, de Tarragona, los obispos de Búrgos, Calahor-

ra, Segovia, Sigüenza, Osma, Lérida, Huesca, Tarazona y Bayona.

Sentenciaron estos prelados la nulidad del matrimonio por ser don Jaime y doña Leonor biznietos del emperador don Alonso VIII de Castilla y de Leon, y haberse casado sin la dispensacion de tal parentesco.

Sin embargo, se declaró legítimo heredero del rey don Jaime en todos sus reinos, al infante don Alfonso, habido en el matrimonio, y que habia sido ya jurado en Lérida con la circunstancia de que don Alfonso sucederia á don Jaime en el trono de Aragon, y los otros hijos que pudiese tener en otro matrimonio, reinarian en Cataluña.

Esto era deshacer una afortunada unidad.

Pero no sobrevino esto, porque el infante don Alfonso murió antes que su padre.

El divorcio se formalizó por la sentencia de los prelados, y causó ejecutoria á fines de Abril.

Concluido este negocio, don Jaime partió para Tarragona, á donde llegó el 1.º de Mayo, dia señalado para la reunion del ejército que debia llevar el rey contra Mallorca.

Don Jaime habia sido puntual.

Pero no lo habian sido del mismo modo los prohombres, los prelados, y las ciudades, cuyas huestes debian ir á aquella empresa.

No estaban tampoco apretadas todas las naves y casi pasaron cuatro meses durante los cuales, el rey se mantuvo en Tarragona.

Al fin, el 5 de Setiembre todo estuvo dispuesto.

La flota en tres divisiones estaba fondeada delante de Tarragona y de Cambrils, la mayor parte en Salou.

Eran veinticinco navíos mayores, diez y ocho taridas, doce galeras, cien galeotas y una infinidad de barcas inferiores.

Los capitanes de la hueste aragonesa eran, don Pedro de Maza, el conde de Carroz, don Gimeno de Urrea, don Pedro Cornel, don Lope Gimenez de Luesia y don Pedro Pomar.

Los de Cataluña á cuyo frente iba Berenguer de Palou, obispo de Barcelona, con su hueste á la que acaudillaba su primo Guillermo de Moncada: eran Guillermo de Moncada, Guillen San Martí, Guillen de Cervelló, Ramon de Montanyá, Guillen de Claramunt, Hugo de Mataplana, Arnaldo Des Vilar, Ramon de Vernet, Bernardo Centellas, Guillen de Pallafols y Berenguer de Santa Eugenia.

Seguian otros nobles eclesiásticos con su gente.

Despues el conde de Rosellon Nuño Sanchez, con Vifredo de Rocaberti, Bernardo de Villagrana, Ramon de Carroz, Gisberto de Barberá,

Ramon Vernet, Bernardo Spanyol, Bernardo Olives, Bernardo de Montesquieu y por Castilla Castellan Royz y otros dos ricos hombres castellanos.

Además el conde de Ampurias don Hugo, y el obispo de Gerona Berenguer de Cabanellas, el arcediano de Barcelona Bernardo de Villagran, el sacrista de la misma iglesia Pedro de Centellas, el sacrista de la de Gerona Guillermo de Mantegri, el paborde de Tarragona Ferrer de San Martí, las ciudades con sus huestes y muchos caballeros, voluntarios aventureros, aragoneses, castellanos, franceses, italianos, genoveses, marseleses, provenzales, garoneses y genoveses en número de dos mil caballos y quince mil infantes, sin contar las milicias de las ciudades y villas que vendrian á ser casi otros tantos.

Empezó al fin la espedicion.

El navío del capitan Nicolás Bouet iba á la cabeza de la flota y á retaguardia el del conde Carroz.

Estas dos galeras debian por la noche poner en su tope un farol para que sirviese de guia.

En el centro iban las naves menores y las gruesas, y las galeras á los costados.

Don Jaime iba en la retaguardia, en la galera de Mompeller, y como fué el último que se embarcó, tuvo ocasion de recoger en barcas más

de mil hombres que habian acudido á última hora.

Veamos lo que dice acerca de esto el mismo rey en su crónica:

«No era el viento muy favorable. Pero estábamos tan impacientes por dejar la tierra, que cualquier viento nos parecia entonces bueno como nos apartase de ella.

Cuando se dió vela á los buques, miraban con placer tan bello cuadro los que quedaban en tierra que nos mismo gozábamos en contemplarlo, viendo que la mar llegaba aparecer blanca por la multitud de velas que doquiera se descubria.»

A las veinte millas de navegacion saltó de improviso el viento sudoeste.

Digieron los pilotos á don Jaime que con aquel viento no solo no irian á Mallorca, sino que era probable una tempestad, y le aconsejaron se volviése á tierra.

—Volver atrás,—respondió don Jaime,—no lo haré por nada del mundo: emprendo este viaje confiado en Dios, y vengo en busca de aquellos que en él no creen, y pues voy en el nombre del Señor, en él confio que sabrá guiarme.

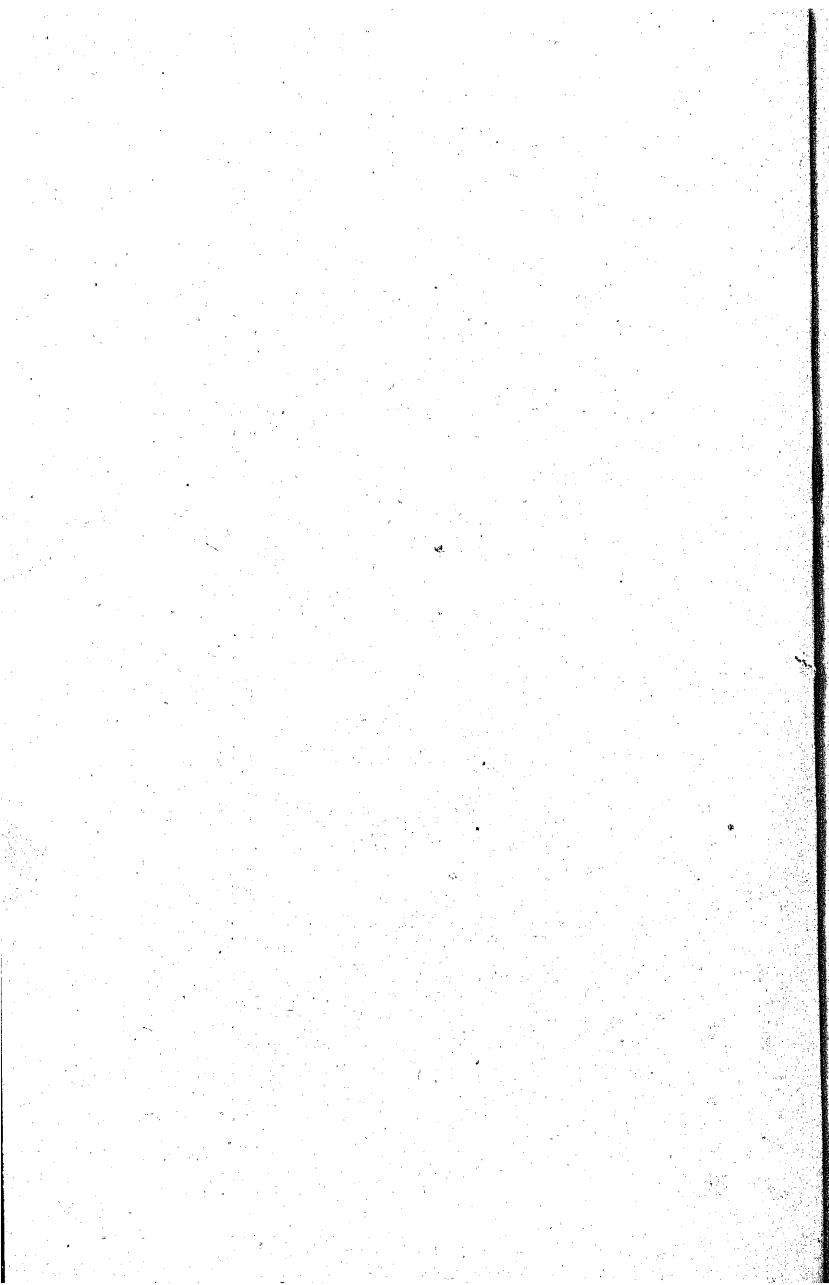
Sobrevino la tempestad que desordernó las naves y las puso en tal peligro, que á poco más, en su comienzo se queda la empresa.

Don Jaime, sin embargo, permanecia tranquilo, siempre con su confianza en Dios para ha-

cerle perder, la cual era impotente la furia de los elementos.

Al fin al día siguiente, al amanecer, cesó la tempestad.

Se dieron gracias al señor en todas las flotas, y poco despues los vigías dieron el grito de tierra y todos vieron á lo lejos en el horizonte, las montañas azules de Mallorca.



CAPITULO X

Primeros combates en Mallorca y muerte y entierro de los Moncadas.

La tempestad habia desviado de su rumbo á la flota, que arribó al puerto de la Palomera ó del Pantaleu, en que entró la galera real, esto es, la Montpeller, el viernes 7 de Setiembre.

Sobrevino luego, y sin pérdida de un solo barco, el resto de la flota.

No se habia sorprendido á los moros, cuyas blancas tiendas se veían sobre las playas pudiéndose calcular que aquellas fuerzas eran de cinco mil infantes y de doscientos á trescientos caballos.

La cuestion era dura.

El desembarco peligroso, y el rey reunió su

consejo compuesto de los principales capitanes de tierra y de mar.

Determinóse que el conde Nuño Sanchez en su galera, y Ramon de Moncada en la de Tortosa, hicieran una exploracion hácia la ciudad, y reconocieran la costa para elegir el lugar más conveniente para el desembarco.

Los exploradores que salieron por la mañana volvieron al amanecer, manifestando que el sitio más conveniente para el desembarco era el lugar llamado Santa Ponza, porque en él habia una altura en la que quinientos hombres podian proteger el desembarco.

Era el siguiente dia domingo.

El rey mandó se descansase, y con algunos de sus barones, desembarcó en el islote de Pantaleu, al cual llegó nadando un anciano moro, que la crónica del rey llama Ali, y que dió á don Jaime importantísimas noticias acerca de la isla, de la ciudad, del emir, y de su ejército.

Don Jaime, queriendo probar una sorpresa á los moros que en la costa estaban, mandó que á la media noche y con gran silencio levasen las galeras anclas, y remolcando cada una de ellas una tarida, bogasen hácia el lugar donde debia desembarcarse.

Pero los moros, que estaban vigilantes, sintieron á los cristianos, y dando la señal de alar-

ma, salieron de sus tiendas y se extendieron por la playa.

Lo montañoso del terreno obligaba á los moros á rodear mientras que las galeras y taridas, no encontrando ningun obstáculo, llegaron antes que los sarracenos á Santa Ponza y empezaron á desembarcar rápidamente.

Los primeros que tomaron tierra fueron don Nuño Sancho, don Ramon de Moncada, los templarios Gilaberto de Cruilles y Bernardo de Santa Eugenia, los cuales subieron á la altura que sobre la playa habia, subiendo el primero á ella y clavando en tierra una lanza con una bandera blanca como en señal de posesion un soldado llamado Ruydemeya y despues de Argentona al cual despues de la conquista dió don Jaime el término de Santa Ponza para él y sus descendientes en premio de haber sido el primero que saltó en tierra de Mallorca.

Llegaron en esto los moros.

Salióse hácia ellos para reconocerlos Ramon de Moncada, solo, sin permitir que nadie le siguiera.

Pero inmediatamente fue necesario socorrerle.

Los enemigos eran triples en número.

Sin embargo, cuando los catalanes cargaron, los moros huyeron despues de un combate encar-

nizado, pero breve, en que quedaron tendidos mil quinientos de ellos.

En aquel mismo punto don Jaime saltaba en tierra.

Cabalgaba, y al saber que ya se habia ganado una batalla contra un considerable número de sarracenos, exclamó:

—¡Mal haya sea mi suerte! dádose ha en Mallorca el primer combate y logrado la primer victoria sin haber yo participado. Pero no será si hay entre nosotros caballeros que seguirme quieran.

Solo habia á su lado veinticinco caballeros que pudiesen seguirle, y con ellos se lanzó á rienda suelta en seguimiento de los moros.

En lo alto de una colina se habian hecho fuertes cuatrocientos ballesteros moros, y al ver llegar el pequeño escuadron real, huyeron para tomar una altura que podia defenderlos mejor de la caballería.

De nada les sirvió esto, porque el rey y sus veinticinco caballeros arrimaron los acicates á sus caballos, alcanzaron á los moros á pesar de las asperezas del terreno y los alancearon poniéndolos en fuga, y quedando muertos ó heridos ochenta de ellos.

Satisfecho con esto don Jaime, se volvió é hizo acampar su hueste cerca de la playa.

Todos estaban aturridos por la fatiga y el mareo.

No habia desembarcado más que una parte de la gente.

El resto de la flota estaba en la Palomera, é ignoraba el lugar del desembarco.

Engañados, no viendo el campamento cristiano á causa de las ondulaciones de la costa, siguieron por el punto opuesto, doblaron el cabo de Palma, y fondearon delante de Porrassa.

No hay mal que por bien no venga.

A causa de este error, vieron aparecer el ejército moro que acaudillado por el emir iba cubriendo las alturas.

Enviaron una barca á buscar al rey y á avisarle.

Reunióse el consejo

A no haber avisado los de Porrassa que llegaron á tiempo para entrar en batalla, el ejército enemigo, que era formidable, hubiera sorprendido el campamento real.

Al amanecer, el obispo de Barcelona dijo misa.

Despues de ella, en medio de un silencio solemne, se acercó al altar Guillermo de Moncada que no habia comulgado al salir de Cataluña como los otros, y tomó la Eucaristia con las lágrimas en los ojos.

Determinóse que fueran con la vanguardia los dos Moncadas.

El uno de ellos, Guillermo, reunió á los caballeros de su hueste y los arengó calorosamente.

Marchó en seguida á la vanguardia.

Se tuvo aviso de que el emir de Mallorca adelantaba por otro camino con el grueso del ejército.

Los Moncadas dividieron en dos su hueste.

Una mitad la mandaron don Hugo de Ampurias y el maestro del Temple, y se encaminó á las tiendas enemigas, mientras que la otra mitad, acaudillada por Guillermo y Ramon de Moncada, avanzaron por otro lado al encuentro del ejército sarraceno.

Apoderáronse sin gran dificultad del campamento enemigo el conde de Ampurias, y el gran maestro del Temple.

Una, dos, tres veces ganaron y perdieron un cerro ocupado por los sarracenos.

Los catalanes eran muy inferiores en número á los moros, y de tal manera, que su valor era inútil.

No les llegaba socorro, á pesar de que el rey que oía el estruendo del combate, agrupaba á sus caballeros para que diesen auxilio á los Moncadas.

Los del rey corrian para auxiliar á sus amigos.

Entre tanto Hugo y Guillermo de Moncada embistieron bravamente, y por fin asaltaron el cerro, y con tal decision y coraje, que desbarataron los escuadrones enemigos.

Pero en el momento de la victoria, acorralados los Moncadas, que iban señalados por su estandarte, por una inmensa morisma, cayeron agobiados por el número, y con ellos Hugo de Mataplana, Hugo Dezfar y otros ocho caballeros de su casa.

Entretanto, don Jaime que sabia el trance en que se encontraban los suyos, no habiendo tenido tiempo de armarse, se puso una coraza que le dió Beltran de Naya despojándose de ella.

Saltó á caballo y al frente de los que pudo reunir, marchó á escape en socorro de los Moncadas.

En el trayecto encontró el rey á Guillermo de Mendiona, que tenia fama de ser el primer justador de Cataluña que se retiraba del campo de batalla y traia ensangrentado todo el labio inferior.

—Guillermo de Mendiona,—le dijo al rey,—¿cómo os partis del combate?

—Porque estoy herido, señor,—contestó Mendiona.

Reconocióle don Jaime la herida, y vió que era de una pedrada.

El rey cogió las riendas del caballo de Mendiona y dijo á este:

—Volveos á la batalla; un buen caballero por semejante golpe no debe acobardarse ni ménos abandonar la lucha.

Se avergonzó de tal manera Guillermo de Mendiona al oir estas palabras, que volviendo rienda, se metió en lo más trabado de la batalla y cumplió tambien, que nunca más volvió á parecer.

Apenas si podian seguir al rey sus caballeros.

Tal corria.

Solo doce iban juntos á él cuando llegó á lo alto de una colina desde la cual se descubria el campo de batalla.

Juntáronsele poco despues setenta caballeros con el estandarte de Nuño Sanchez llevado por Roldan Lain, junto al cual iba sire Guillermo, hijo bastardo del rey de Navarra.

Allá en los montes se veia una multitud de moros que tenian colocada una bandera blanca y roja y en la cual habia una cabeza humana.

Impaciente el rey espoleó su caballo.

Pero Nuño Sanchez, Lopez Gimenez y Pedro Pomar se le unieron diciendo:

—Hoy nos matareis á todos y vuestra impaciencia nos llevará al fin.

—No hay para que tirar asi de las riendas,—contestó con cólera el rey,—que no soy yo leon ni leopardo, y ya que tanto os empeñais, iré des—

pacio. Pero recordad lo que os digo ¡quiera Dios que tamañas dilaciones no resulten en daño nuestro.

Y no se engañaba el rey, porque no pudo llegar á tiempo de salvar á los bravos Moncadas.

«Ya en el interin,—dice un cronista,—habia llegado refuerzo á las dos vanguardias, y entraron en batalla todas las fuerzas. Rehechos los restos de la division que mandaron los Moncadas, avanzaron á vengar la muerte de sus valientes capitanes, y el de Ampurias y los intrépidos templarios seguian desalojando al enemigo y empujándolo hácia la sierra de Bendinat.

Fué el ataque general.

Cargó el rey á la cabeza de su hueste y de la gente de don Nuño, que se le habia reunido y en aquel collado que aun hoy dia conserva el nombre de Coll del Rey se travó una refriega encarnizada, mientras con no ménos furor se combatia en todas aquellas sierras.

Los que defendian el cerro del Rey cejaron los primeros, y como casi sin lidiar se apartaron de la accion dos mil peones mahometanos, fué el rey con alguna caballería en su alcance sin poder alcanzarlos empero, porque los fugitivos iban desembarazados, y los caballos estaban rendidos de la fatiga y del gran peso de las bardas.

Hizose general la retirada de los moros que la emprendieron hácia Barguesa y clavado en el

cerro el guion real, en todas las alturas ondearon los pendones de los caudillos.

Hasta despues de conseguida la victoria no supo el rey la muerte de los Moncadas, que le participó el obispo de Barcelona.

Al saber esta desgracia lloró el rey y mandó que los cadáveres de los dos hermanos fuesen levantados del campo para enterrarlos rindiéndoles los honores que á su valor y su rango correspondian.

Era el miércoles 12 de Setiembre, y acampaba el ejército al pié de la sierra de Portopí, desde la cual vió el rey por primera vez la hermosa ciudad que entonces se llamaba Mallorca y hoy Palma.

El jueves 13, se atrincheró el campamento y se empezaron los preparativos para el entierro de los Moncadas.

La flota, reunida ya, arribó á Santa Ponzá.

Salió de la Porrassa y llegó á Portopí, donde cogió algunas naves sarracenas.

Al amanecer del viernes 14 se celebró el entierro de los Moncadas.

Los cadáveres fueron conducidos en un solo lecho cubierto por su bandera, al lugar donde debian ser sepultados provisionalmente.

Cuando llegaron al borde de la hoya, ante todo el ejército formado, con los estandartes le-

vantados, el rey se acercó al lecho y exclamó extendiendo su mano sobre los cadáveres:

—«A Dios pongo por testigo, á Dios que aquí nos ha traído y en cuyo servicio estamos, que si la muerte de estos nobles con material precio redimir pudiéramos, tanto daríamos de lo nuestro, que el decirlo seria lisonja, y el hacerlo les pareceria á muchos locura. Llorad, empero, á los que en servicio de Dios su vida, tan bizarramente han fenecido. Si la fragilidad de nuestra carne y la tierna amistad no lo escusáran, pareceria derogar en algo á la fé. Porque ¿qué católico duda que hombres confesados y comulgados no sean escogidos por la misericordia divina? ¿Y quién no cree que reine en Dios un hombre católico arrepentido, privado de la vida temporal por los tormentos en defensa de la fé? ¿Y nosotros, espuestos al peligro, lloraremos á los ya salvados? el llanto es muy perjudicial al ejército, pues si la ciudad, con vuestros alaridos llegara á entender la pérdida y golpe que hemos sufrido, mostrariase más hostil y obstinada sabiendo nuestro daño. Por tanto os mandamos dar fin al llanto y adormecer los clamores y ahogar los suspiros. Nos, en lugar de ellos, seremos vuestro señor, y á vosotros y á los vuestros, haremos bien por respeto á vosotros y á tan queridos difuntos, y si perdiéreis el caballo, os lo indemnizaremos y os daremos todas las cosas que os

sean necesarias y de vosotros con especialidad tendremos tal cuidado, que quitada la presencia de vuestros señores, la cual es siempre muy atractiva para buenos vasallos, y muy para echar de ménos, pero que ya no admite reparacion; en todo lo demás no parecerá que os hallais huérfanos de señor; solo os añadiré, y á todos los que me oís en nombre de vuestro llanto y del padecimiento de los difuntos os lo impongo, que llevando su muerte en la memoria, la vengueis con multiplicados daños y muertes de los enemigos, y sirvais á Dios fielmente para que en este lugar sea siempre alabado su santo y maravilloso nombre.»

Despues de este discurso del rey, dirigido especialmente á los deudos y vasallos de los Moncadas, sepultaron sus cadáveres y se levantó el campo para ir á plantarlo ante la ciudad.

CAPITULO XI

En que se dice cómo se tomó á Mallorca, y se hacen algunas consideraciones acerca del rey don Jaime.

Tenemos que avivar el paso.

No podemos entretenernos mucho, ni tenemos espacio, en la conquista de Mallorca.

Se fortificó el campo.

Para contener el espíritu de la hueste, el rey hizo predicase inmediatamente un fraile dominico, llamado fray Miguel, que más adelante fué el célebre obispo de Gerona, confesor del rey, á quien este jugó la mala pasada que verán nuestros lectores.

Con la lengua excitaba el entusiasmo de las mesnadas de don Jaime, y este, olvidándose de ello, con la lengua le hizo pagar un deservicio que le hizo.

Hubo inmediatamente un combate que puso en grande apuro á los sitiadores.

Un hijo del diablo, segun le llama el historiador Marsilio, esto es, un moro llamado Ifantilla ó Fatih-Ellah, se salió de la ciudad ó vino del interior de la isla, y con una hueste de cinco mil infantes y cien ginetes, se puso sobre un cerro que dominaba el campamento y cortó el agua de un arroyo de que el campamento se servia, quedándose con su gente junto á la cortadura para defenderla.

La falta del agua era un contratiempo gravísimo.

Por consecuencia, el rey envió gente contra el hijo del diablo.

Despues de un combate encarnizado fué vencido.

Murieron cinco mil moros y con ellos su caudillo.

Llevaron su cabeza á don Jaime, y este, por medio de su fundíbulo, la arrojó á la ciudad.

No fué esta sola la que se envió, sino todas la de los sarracenos muertos.

En cambio, los moros, con los fundíbulos que en la ciudad tenian, arrojaban al campamento algunas cabezas de cautivos cristianos.

Irritóse el rey.

Hizo avanzar á sus verdugos con sus calderas

hacia la ciudad y á la vista de sus defensores, coció algunos cautivos.

Las calderas llenaron su objeto.

Se habian llenado antes para tener en respeto á los rebeldes.

Aquellos temibles aparatos iban siempre con el rey.

Pero hasta delante de Mallorca no habian verdaderamente funcionado.

La ciudad era combatida rudisimamente.

Sus torres se derrumbaban bajo la potencia de los ingenios del rey don Jaime, que eran muchos y de una gran potencia.

Se habia intimado la rendicion varias veces, y el emir resistia y se mostraba altivo.

Irritado don Jaime, juró no salir de la isla sin haber asido por las barbas el rey moro.

Habia entonces en la ciudad un magnate del cual apenas si se ocupan las crónicas y aun así de una manera misteriosa.

Se llamaba Mahomet.

Pero era un aragonés llamado Gil de Alagen, el cual no se sabia por qué se habia ido á las Baleares y habia renegado.

Este Gil de Alagen se entendió secretamente con Pedro Cornet y le propuso el pago al rey de Aragon por el emir de Mallorca, de todos los gastos que hubiesen hecho él y sus caballeros para aquella guerra con tal de que se retirase.

Cuando el rey supo esto dijo:

—Aun cuando me dieran tanta plata como la que puede caber desde aquella montaña hasta este sitio en donde estamos, no abandonaria mi idea de conquistar á Mallorca. No volvais nunca á proponerme tratos semejantes, Pedro Cornel, y sabed que jamás volveremos á Cataluña sinó nos abrimos paso por la ciudad.

Sin embargo, otra vez despachó el rey de Mallorca un mensaje al rey para que le enviase á Nuño, y este fué.

El rey de Mallorca recibió en unas magníficas tiendas á las puertas de la ciudad al procurador del rey, y este le dijo:

—¿Por qué razon habeis pedido al rey que me enviase á mí á hablar con vos?

A lo que contestó el emir:

—No habiendo yo en ningun tiempo de palabra ni de obra, hecho injuria á vuestro soberano, maravillame mucho de que tan cruelmente esté dispuesto contra mi, y se esfuerce por todos los medios en arrebatarme el reino que me ha dado la divina providencia. Por tanto á vos y á los demás nobles ruégoos le aconsejeis que abandone la empresa injustamente principiada y nos le resarciremos todos los gastos y vosotros todos salvos, y seguros os retirareis en paz, y todo lo que os prometemos pagar se despachará dentro de quince dias; y en esto no hay que sospechar

ni creer que tememos el último trance de exterminio, porque por gracia de Dios tenemos acopio de armas y de víveres y de todas las cosas que para defensa de una ciudad se juzgan necesarias, sino que procuramos únicamente redimir y terminar la guerra; y para que tengais estas palabras por verdaderas, mandad bajo nuestra salvaguardia dos hombres dignos de fé, que den testimonio de verdad acerca de nuestra abundancia de armas y de comestibles; y no nos asusta el que las torres hayan sino derrocadas, pues juzgamos imposible ni tememos ó creemos que pueda suceder el penetrar vosotros por aquel punto.

—Que no habeis ofendido decís,—exclamó don Nuño,—al rey nuestro señor, y que por lo mismo no tiene razon alguna para venir á hostilizaros; y por cierto que dos ofensas ocurren de pronto y bien manifestas: la primera es asunto de fé, pues segun nuestra creencia, Jesucristo Dios y hombre redimió con su sangre todo el linaje humano, y el mundo entero le está perpétuamente obligado, y como vos no profesais esta fé, sino que la perseguís y molestais, es menester que á la llegada del rey católico, ó abraceis la fé católica, ó á él y sus creyentes de grado ó por fuerza abandoneis el reino. La segunda razon es temporal, impero, pues habiendo vos apresado una tarida de vasallos suyos llena de considera-

bles riquezas, en que mercaderes de paz navegaban, el rey os despachó un criado de su casa llamado Jaime Sans, para rogaros de su parte que os dignáseis entregarle aquella nave con los hombres y efectos en ella contenidos; y vos, movido de un vehemente espíritu de arrogancia, le preguntásteis ¿quién era aquel rey que tal cosa solicitaba? y él os repitió que era el rey de Aragon. Ciertamente que no estábais tan fuera de nuestros confines ni de las regiones habitables que distando apenas el rey de Aragon doscientas millas de esta islas, así pudiérais ignorarle ó desconocerle: y como vos, tan altiva y desdeñosamente replicáseis quién era, viendo y escuchando el mensajero un desprecio de su señor tan manifiesto, movido de su adhesion, respondió: hijo es de aquel monarca que ganó la batalla de Ubeda. Y vos, lleno de enojo quisisteis matarle, pero os contuvo su calidad de embajador, y no el ser enviado del rey de Aragon, sino el no irrogar perjuicio á la comun indemnidad de los mensajeros que gozan de seguridad en todas partes. Y el enviado os respondió: bajo vuestra salvaguardia he venido, y en poder vuestro estoy; hacer podeis lo que se os antoje, pero no debíais ciertamente hacer mofa ni fingir ignorancia acerca del nombre y soberanía de mi señor, así que si con alguna dureza os he hablado, vos me habeis dado motivo para ello.

Este es,—continuó Nuño,—el monarca cuyo nombre no conociais, por cuyos estados preguntábais, cuyo poder despreciásteis, cuya demanda vacía y sin efecto devolvísteis. Al otro punto os contestamos que nuestro rey es jóven, de ventiun años, que este es su estreno en el ejercicio de las armas, que es de gran fortaleza y de elevado corazon, y que ha concebido el firme propósito de no marchar de aquí antes de haber obtenido todo el reino segun desea, y si le persuadiera lo contrario el consejo de sus nobles, rechazaría tal consejo absolutamente, y por tanto no hay que alargarse en palabras sobre el asunto, porque ni podreis inclinar á ello el ánimo del rey, ni torcer á los que lealmente le aconsejan:

—Pues que no os place lo que os hemos propuesto,—dijo el emir,—todavía ofrecemos más: darémosle aún treinta besantes por persona, comprendiendo á hombres, mujeres y niños, cederémosle la villa y dénos el rey embarcaciones en que podamos seguramente volver al Africa y permitase quedar á los que quieran.

Dijo don Nuño que no tenía poderes para esto, y se volvió al rey satisfecho.

Tuvo el rey consejo.

Pero el conde de Ampurias no asistió á él porque no quería trato alguno con los sarracenos y se estaba en la mina que había mandado

abrir, diciendo que no saldría de ella hasta que se tomase la ciudad, pues que de todos los parientes de Guillermo de Moncada solo habían quedado vivos él, Raimundo Alemany, Gerardo de Cervellon, hijo de Guillermo de Cervellon, Guillermo de Claramunt, el obispo de Barcelona, el obispo de Gerona, el paborde de Tarragona, y el abad de San Feliú.

Estos encargaron al obispo de Barcelona hablase el primero.

»—Grave y estimable,—dijo,—es la pérdida á nosotros irrogada con la muerte de tan insignes nobles; y paréceme que es honra y provecho de los que sobreviven sirviendo á Dios, aspirar y animarse á la venganza de tan ilustre sangre, pero conozco que la propuesta es aceptable. Sin embargo, los barones y caballeros, más experimentados en armas y más duchos en semejantes cosas, elegirán con vos lo que más sea de elegir.

—El rey,—dijo don Nuño,—y todos los que aquí nos hallamos, hemos venido para servir á Dios y conquistar la isla, conque si el rey consiente en este pacto ó convenio que propone el rey de Mallorca, manifiestamente habrá logrado el objeto que á todos nosotros nos trajo aquí. No añadido á lo dicho una palabra por ser yo el agente y medianero, y así dejo al rey y á vosotros el cuidado de decidir lo mejor.

Tras este habló Raimundo Alemany: Señor

rey, vos aquí venisteis y nosotros con vos para servir al Altísimo, y en el comienzo de este servicio os arrebató la muerte tan nobles vasallos que ningun otro rey podia jactarse de tenerlos mejores; y Dios que tiene la venganza en su poder, os ha dado ocasion oportuna de vengaros y vengándoos, conquistareis y poseereis este país y no es saludable este pacto, segun á primera vista aparece; por lo cual no solo á causa del presente riesgo, si que tambien del que pudiera sobrevenir, debe más prudentemente considerarse. El rey de Mallorca es hombre maduro y entrado en años, es discreto en obras, segun dicen, y elocuente arengador, en su idioma; si en paz se le deja, ¿cuantos corazones de reyes y pueblos cor-religionarios suyos os parece que atraerá con su maestría? ¿cuantos quebrantará con su destierro? ¿á cuantos conmoverá con su pobreza? ¿á cuantos aguijoneará con la pérdida de su reino? y volverá algun dia con porcion de los suyos que conocen á ciegas toda la isla, y sorprenderá el país en ausencia vuestra con pocos y dispersos pobladores, y podrá recobrar fácilmente con su espada lo que con tanta dificultad y dolor de su corazon tiene ahora que abandonar. Pero obtenida con el hierro plena venganza de su codicia y de la ciudad perversa, con sangre indemnizais la sangre, y coronareis con perdurable paz vuestras fatigas.

En pos de él levantándose Gerardo de Cervellon y Guillermo de Claramunt dijeron á una voz:

—Por Dios, señor, os pedimos y humildemente suplicamos que en esta ocasion os acordeis de Guillermo de Moncada, cuya sangre bebe esta zozobrada y descreida tierra. No queráis, señor, olvidar la adhesion tan estrecha que os profesaba, y no sea vendida su muerte á los matadores á precio de pactos y conferencias. Con muertes vengada sea la muerte, y reparen espadas centellantes la extincion de aquella tan noble espada. Acor-daros debeis así mismo de Raimundo de Moncada, y de los demás nobles que con ellos perecieron en el campo, cuya suerte parecierais olvidar si los que la causaron escapasen vivos de vuestras manos.

Oídas por el rey estas palabras respondió:

—La suerte de aquellos nobles á Nos tan dolorosa á ningun precio podemos redimirla ni por medio alguno revocarla; pero á ellos les aconteció lo que la divina Providencia ha dispuesto por por mejor: en breve tiempo hiciéronse más ricos que nosotros que andamos por esta tierra mortal; ellos son los que puedan entrar en la region de los vivientes que reinan con Dios. Pero si consideramos sencillamente el negocio de que ahora tratamos, parécenos que con este pacto que se nos propone logramos el primer designio por el cual aquí vinimos, pues conquistamos el

país para Dios y para nosotros, y obtenemos buena porcion del tesoro de los habitantes; cuyas dos condiciones á nosotros ofrecidas no se deben así despreciar. Y cuando así con buena intencion os manifestaremos nuestro parecer, no despreciamos el consejo que podreis darnos, ni nos apartaremos de vuestra voluntad.

Y aseguída todos los que eran de la familia de Moncada y los prelados, dijeron á una voz y con clamor unánime que fuera tomada la ciudad á viva fuerza, y que en adelante no se atendiera ni se diese oídos á pacto alguno.

Plugo al rey lo que más habia sido del agrado del consejo, y envió al rey de Mallorca la respuesta de que no se admitia convenio, anunciándole que por más que se resistiera cuanto pudiese, la ciudad se tomaria á viva fuerza.

Este anuncio causó un pavor inexplicable en los moros, que hasta entonces se habian mantenido firmes y todos se creyeron víctimas del rigor de don Jaime que ya habia hecho bastantes ejecuciones de moros que habia cocido en sus temibles calderas que estaban constantemente en un lugar alto, á la vista de la ciudad.

El emir reunió en asamblea general á los ciudadanos, y como era hombre de grande inteligencia, de elocuente palabra y de sabios consejos se presentó á ellos vestido de blanco y sin la apariencia de la más leve turbacion.

Los que no sabian para que se les habia congregado, estaban ansiosos y los que lo sabian enmudecidos por el dolor.

Díjoles, en fin, para qué los congregaba empezando un discurso con una invocacion á Dios y á Mahoma.

Todos se consternaron y oraron, despues de lo cual el emir dijo:

—¡Bendito sea Dios único en quien creemos y de quien damos testimonio que ha ensanchado los confines de nuestra nacion desde Oriente hasta Occidente, y nos ha dado el Mediodia en honorífica prenda de proteccion y obligamiento de nuestras súplicas... Bendito sea Dios que me hizo rey y á vosotros pobladores de este pais comiendo y bebiendo de sus producciones, proveyendo y atendiendo á vuestras casas, engendrando de vuestras mujeres hijos, acumulando riquezas para los que han de sucederos y sustentando con vuestros beneficios á los ancianos. ¡Oh hijos del Profeta! ¡que dulce vida hasta aqui pasásteis! No apareció extranjero entre vosotros, no traspasó vuestros límites sin caso extraño... No registró exactor alguno los rincones de vuestros secretos, no hubo enemigo que espantara á vuestros pequeños, no hubo madre que á impulsos del terror retirara los pechos al niño que criaba. Hasta el presente los envidiosos cristianos no se habian atrevido á invadir este suelo. ¡Oh varones! ved

ahí el fuego en el regazo, ved al asesino en la alcoba, ved el veneno en la taza, ved la muerte en casa en días de paz, fuego extraño ha caído sobre nosotros que nos llama á cautiva servidumbre, que nos exige todos nuestros bienes, fuerza nos es salir y abandonar la ciudad, reclamar vuestras mujeres para que los sirvan y quieran á la femenil belleza privar de libertad, y yo que he envejecido para ser testigo de tamaños males, prefiero morir á sufrir tal cosa contra mi ley, y esta mi cabeza de tantas canas salpicada, consagro á la muerte en defensa de esta mi ciudad muy amada. Hombre soy semejante á cada uno de vosotros; ni en fuerzas igual ni en brios superior. Decidme, pues, vosotros, el partido á que os ateneis.

Embravecido ó irritado el pueblo, clamó que era mejor morir que sufrir la odiosa condicion que el contrario le imponia.

—Voz de victoria es semejante voz,—exclamó el emir,—y casi nunca fuera vencida en combate muchedumbre que llevará á cabo lo que acabais de decir. Hacedlo, pues, así, y defendámonos bizarramente, y teniendo á la vista los males ya afrontados, doblemos nuestro esfuerzo, labrémonos perdurable fama venciendo cuando los enemigos piensan ya blasonar de incruenta victoria.

Entre tanto habiendo prevalecido en el con-

sejo de don Jaime el voto de los que no querian partido alguno, fué necesario apretar el cerco.

Embravecidos los sitiados, irritados los sitiadores, se extremaba la crueldad por todos, se ensangrentaban los aceros, las calderas de don Jaime cocian, la horca puesta delante de la ciudad mostraba cada dia nuevas víctimas.

La mortandad en el campo de don Jaime era tan enorme, que varios hubo que procuraron que don Jaime aceptase los tratos que antes se habian desechado, á lo que don Jaime contestó que no era suyo ni de su carácter volver á hablar de aquello que ya se habia desechado.

Determinóse, pues, el asalto decisivo.

Reunió á los ricos-hombres y les tomó juramento sobre los santos Evangelios y sobre la cruz de Jesucristo, de que en el momento de la embestida ningun noble, ni caballero, ni peon, volveria atrás ni se detendria, á ménos de estar herido mortalmente.

Al suceder esto debia apartarse al herido á un lado, y eso sucediendo debia seguirse adelante entrando á viva fuerza y aun sin volver atrás nunca la cabeza ni el cuerpo.

En fin, don Jaime les tomó un juramento de héroes, concluyendo con que quien lo contrario hiciese seria tratado como desleal, lo propio que el homicida de su señor.

Esto era una terrible amenaza, y las calde-

ras estaban en el altozano y junto á ellas la horca, y vagando en derredor los verdugos.

Juraron primero los soldados.

Luego los ricos-hombres y los prelados, y queriendo jurar tambien el rey, no se lo permitieron.

A lo que don Jaime dijo que aunque no jurase cumpliria por su parte como si hubiera jurado.

Llegó el primer dia del año señalado para el asalto.

Al amanecer oyeron misa don Jaime y su hueste y formada esta, colocando delante á los peones y á retaguardia los caballeros, don Jaime dió la voz de adelante.

Pero hubo de repetirla, porque el ejército como absorto y temeroso por la grandeza del caso, no habia obedecido la primera voz.

—¡Adelante!—gritó el noble rey blandiendo su lanza.—¡Aragon y Santa María!

Entonces el ejército se lanzó en un solo movimiento terrible.

El combate se trabó con saña, con furor.

Los moros que habian salido fuera de la ciudad fueron encerrados en ella, ménos los que quedaron tendidos, que fueron infinitos.

Se llegó al pié de los muros.

Se aplicaron las escalas.

El primero que entró fué un soldado barce-

lonés, cuyo nombre calla la historia, que con algunos pocos tomó una torre y tremoló en sus almenas un estandarte que llevaba.

Penetraron inmediatamente por allí quinientos infantes, mientras que por los muros aporillados entraba don Juan Martinez de Eslava, seguido de veinte caballeros.

Pero apenas había rebasado el muro, cuando cayó sobre ellos una inmensa muchedumbre, que acaudillada por el emir, les obligaron á retirarse hasta que fuéron auxiliados.

Muy pronto fueron superados los muros por todo el ejército cristiano.

El combate, un combate horrible, se trabó en calles y plazas.

Desde las encrucijadas, desde los altos terrados de las casas, los moros arrojaban piedras, vigas encendidas, aceite hirviendo.

Los cristianos no eran ya hombres, sino fieras que se metían soberbias por el cubil de otras fieras.

No había compasión.

El ciego furor exterminaba cuanto encontraba por delante.

Se degollaba al vencido.

Se mataba á los niños en los brazos de las madres, á los ancianos en los brazos de sus hijos.

Don Jaime estaba trasfigurado de furor, ensangrentado desde el casco al acicate.

Su maza de armas no se cansaba de herir.

Se multiplicaba.

Acudia á todas partes.

Allí donde aparecía, el furor se convertía en delirio.

Parecía entonces más que un hombre, el espíritu de la destrucción.

Al fin empezando una batalla en cada calle, sobre montones de cadáveres llegaron los vencedores hasta el alcázar del Almudaina á donde se habían acogido los últimos defensores de la ciudad que preferían la muerte al rendimiento, ó no habían podido escapar.

Tomóse el alcázar con la misma bravura que se había tomado la ciudad, y los que de ella escaparon, lo debieron á la codicia de los soldados que se entretuvieron en el saqueo.

De la inmensa población de la ciudad solo escaparon por las puertas de Barbalet y Portopí treinta mil personas entre soldados, niños y ancianos, y se dirigieron á la montaña.

Había desaparecido el emir.

No se sabía de él si era muerto ó vivo, ó si había escapado.

Dos soldados de la hueste de Tortosa se presentaron á don Jaime y le dijeron que se lo entregarían si les daba mil libras.

Dióselas el rey, y ellos le llevaron á la casa donde el emir estaba.

Hallóle don Jaime resguardado aún por tres moros con azagallas, y hubieron de conmoverle la inmensa desgracia del emir, y la fortaleza y la dignidad que en ella mostraba, por que le trató cortésmente y no le tiró de las barbas como le había jurado.

Por el contrario, le tranquilizó acerca de su suerte, y le entregó á su pariente Nuño Sanchez para que le guardase y le librara de todo insulto.

Pero no se libraron lo mismo otros xeques que en el combate habían sido tan crueles como los sitiadores.

Muchos de ellos fueron cocidos y otros muchos ahorcados.

En la Almudaina se había entregado también el hijo del emir, á quien don Jaime tomó bajo su proteccion.

Le bautizó más adelante dándole su nombre, y le casó con una señora principal que se llamaba doña Eva, á los cuales el rey dió la baronía de Huesca y de Gator.

Inmenso fué el botin y tal, que enriqueció á todos los soldados.

Se rescataron además ciento ochenta cautivos, y espanta la cifra de los que perecieron en la defensa, pues llegaron á veinte mil.

Y de tal manera se hacia molesto el hedor de los cadáveres, que los prelados concedieron in-

dulgencia á los que los sacasen al campo y los enterrasen.

Tal fué el desórden á que se entregaron los vencedores y lo que se cebaron en el saqueo, que segun cuenta el mismo don Jaime en su crónica, en ocho dias sus criados particulares no parecieron ante él, y la misma noche del asalto de la ciudad no hubiera comido, á no ser por uno de sus cortesanos que le ofreció su mesa.

Tal fué la conquista de Mallorca: cruel, terrible, coronada por la peste que invadió el ejército cristiano y le diezmó, como si Dios hubiera querido castigar aquellos cruentos, cuya espada nada habia perdonado.

Cayeron grandes príncipes, poderosos magnates.

Guillermo de Claramunt, Raimundo de Alemany, García Perez de Meytat, Gerardo de Cervellon y aun el conde de Ampurias don Hugo.

Pero parecia que como el hierro habia respetado al rey en la batalla, le respetaba tambien la peste.

Y para que esta no se cebase en su ejército, y este no se desalentase, los lanzó á la completa ocupacion de la isla.

Precedidos por adalides, registró las montañas, y los almogávares fueron tan de provecho, que muy pronto toda la isla fué sometida.

Hé aquí cómo el catalan Desclot describe á los almogávares:

«Estas gentes que se llaman almogávares no viven sino de las armas, y no habitan en ciudades ni en villas, sino en las montañas y en los bosques, peleando todos los dias con los sarra-cenos y entrando en sus tierras, de donde tomaron muchos cautivos y muchos valores. Viven de su ganancia y sufren tales molestias, que otro hombre no las podría sufrir, porque se pasan sin comer dos dias y á veces se alimentan de yerbas. Se llama adalides á los conocedores de la tierra, que los guian por el camino, y no llevan más que una loriga y una camisa muy corta, una calza estrecha de cuero y buenas abarcas. Llevan cuchillo y espada á la cintura, casco, una lanza, dos dardos, un escudo de cuero y un saco en que llevan pan para dos ó tres dias. Son muy fuertes y muy ligeros para huir y para acometer, y todos catalanes ó aragoneses.»

Hay que añadir á este retrato de Desclot, que en la figura y en las maneras eran unos verdaderos lobos humanos curtidos por la intempérie, formidables.

Con esta gente, á la que más que almogávares debia haberse llamado exterminadores, podia irse á todas partes con la casi seguridad de la victoria.

Y ellos, los almogávares, han sido los que

más esplendor han dado, bravíos y feroces, como eran, á la historia de Aragon y Cataluña.

Con ellos acabó de ocupar á Mallorca el rey don Jaime, y con ellos más adelante acabó la conquista de las Baleares, haciendo un gran servicio al litoral del Mediterráneo, porque Mallorca era un nido de piratas que tenían saqueadas y robadas las costas.

Así se comprenden los grandes ofrecimientos de dinero que hizo Abu-Zeyd á don Jaime porque se retirase, y el inmenso botin que en la ciudad se encontró.

La conquista de Mallorca fué el bautismo de sangre y de gloria de don Jaime el Conquistador, del rey niño, que si despues de la conquista de Mallorca hubiera muerto, aun en sus veintun años, hubiera dejado tan esclarecido como lo está su nombre en la historia.

Don Jaime es maravilloso.

Parece un personaje imaginado por un gran poeta, un héroe arrancado de una Iliada.

Por eso nosotros nos hemos detenido en la conquista de Mallorca.

Allí está entero don Jaime.

Lo que hizo despues no fué más que la repetición de hazaña semejantes.

La conquista de Valencia no valió ni más ni ménos que la de Mallorca.

Siempre el mismo don Jaime.

Siempre despreciando el peligro, como si el peligro no hubiese existido para él.

Siempre desechando acomodados y no encontrando más medio para vencer que el filo de la espada.

Hay algo que extiende sobre don Jaime, mal que les pese á sus panegiristas, que no ven en él nada que no sea esplendor, un velo que hace siniestra su figura por el lado de la crueldad.

Don Jaime, como todos los grandes capitanes, como Alejandro, como César, como Napoleón el grande, era despreciador de la vida humana.

Parece que Dios ha permitido haya fieras predestinadas á mandar sobre los hombres, deslumbrantes desde el punto de vista del valor y de la grandeza, asombrosos, gigantescos, pero fieras siempre.

Que nos perdonen los enamorados del rey don Jaime, pero era cruel, y no solo por temperamento, sino por política.

Sabia él demasiado que á los hombres se les domina más que por la persuacion, por el terror.

¿Por qué hemos nosotros titulado este volumen LAS CALDERAS DEL REY DON JAIME?

Ellas eran el elemento de terror de que el rey se valia.

Sus barones, sus ricos-hombres, sus prelados, todos aquellos ambiciosos avezados á la traicion, que no veian en el rey más que un caudillo mantenido ó desposeido á voluntad suya, contrajeron muy pronto un miedo insoportable al joven rey.

¿Y qué era esto?

Aquellas calderas que siempre le acompañaban, que veia todo el mundo, en las que perecian los enemigos que le irritaban ó que le dejaban sentir el más leve olor de traicion.

El valor heróico por una parte, y por otra la severidad y el terror, eran los elementos de gobierno del rey don Jaime que aun en su primera juventud conquistó su corona aterrando á los ambiciosos y deslumbrándolos con el brillo de sus hazañas.

Tuvo tambien don Jaime muy á tiempo, y ya lo hemos indicado, otro elemento de grandeza.

El espíritu y el amor de doña Teresa Gil de Vidaura que le acompañaba continuamente, que con él fué á Mallorca, que partió con él el peligro, y que de ánimo levantado, exajeraba el ánimo levantadísimo del rey.

Tenia, además, doña Teresa, algo que con mucha frecuencia faltaba al rey don Jaime, la prudencia, la sagacidad, y el buen consejo.

Ella sabia temprar los arrebatos de don Jaime, cuando apoderándose de él aquella especie de delirio que en ocasiones le dominaba, hubiera encontrado una desgracia si no le hubieran contenido.

Doña Teresa le embriagaba, le dominaba por la dulzura, por el amor.

Le conocia.

Le encaminaba.

Le dirigia.

Esta es la causa de que la historia haya guardado con aprecio el nombre de Teresa Gil de Vidaura y de que se la reconozca necesariamente no por la manceba, sino por la esposa de don Jaime, por su compañera, no solo en el amor, sino tambien en la gloria.

Cierto es que doña Teresa no templaba en ocasiones, dadas la ingénita crueldad de don Jaime.

Pero era porque consideraba aquella crueldad como un medio político, y aunque se violentaba, decia:

—Caigan ellos aterrados, en buen hora, para que no caiga él.

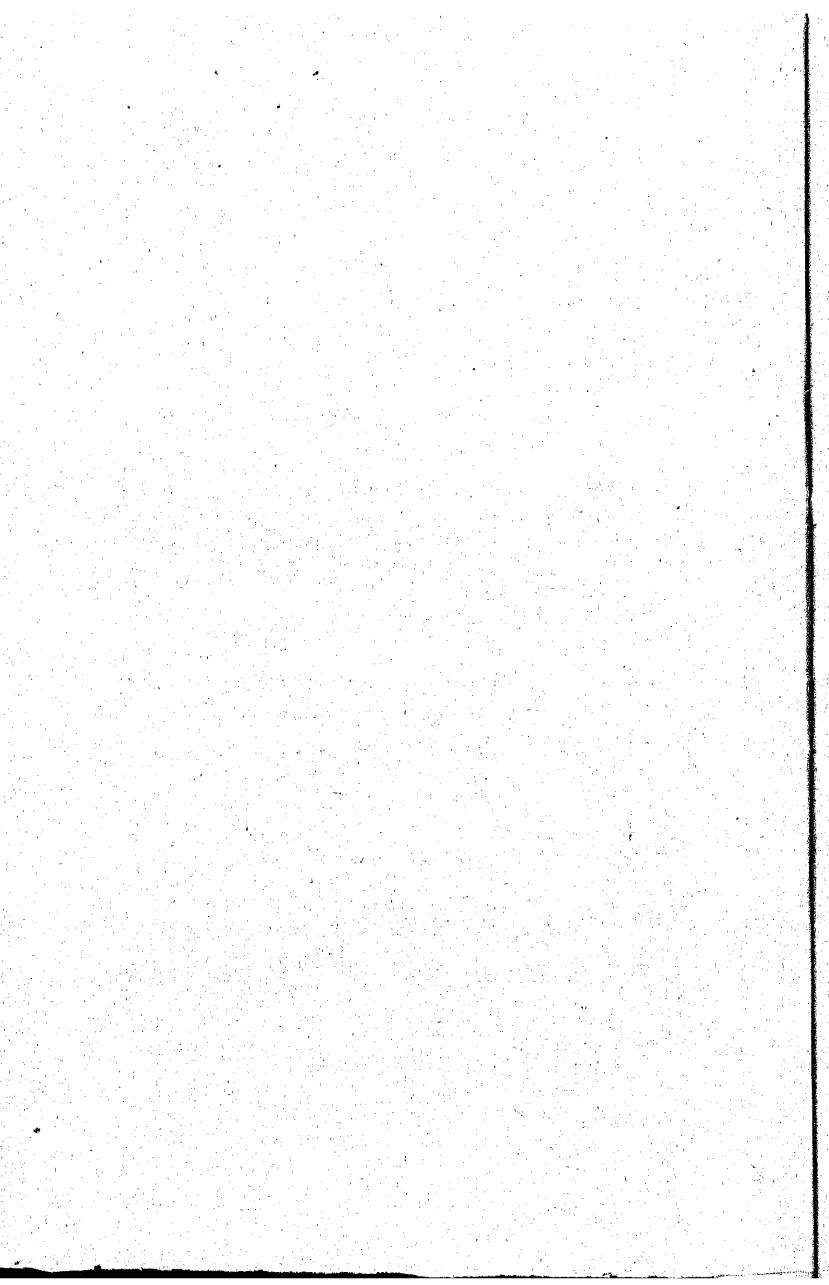
Si se tiene en cuenta la rudeza de los tiempos y la ambicion de los magnates, que no reparaban en los medios, hay que disculpar las horrendas crueldades de los reyes de la Edad Media y sus sangrientas y rápidas ejecuciones sobre los

magnates, llegando casos en que los mismos reyes se veían obligados para evitar la traición, á matar á los traidores por su propia mano, y valiéndose con frecuencia del engaño y de la alevosía.

Lope de Vega dijo con gran criterio de don Pedro de Castilla:

«Violento y antojadizo
mató, atropelló cruel;
mas por Dios que no fué él,
fué su tiempo quien lo hizo.»

Lo mismo puede decirse de don Jaime el Conquistador, y sus panegiristas no ven claro cuando pretenden libertarle de la nota de la crueldad, crueldad á que le obligaban á su tiempo su carácter y su época.



CAPÍTULO XII

En que se siguen relatando los sucesos de don Jaime.

Pasaron algunos años.

El divorcio del rey don Jaime y de doña Leonor de Castilla, se habia consumado.

Los tratos de su nuevo casamiento con doña Yolanda de Hungría habian adelantado aunque secretamente.

Habian tenido lugar las primeras conquistas en tierra de Valencia en 1232 y 1233.

Se habia celebrado el casamiento del rey con doña Yolanda.

Se habia abierto la campaña de 1236 al 1239.

Se habia ganado la batalla del Puig de Santa María.

Se habia rendido á Valencia en 1238.

Játiva habia aumentado la corona de Aragon de 1232 á 1240.

Eutretanto doña Teresa Gil de Vidaura irritada por el casamiento de don Jaime con doña Yolanda ó doña Violante de Hungria, se habia separado del rey.

Se habia ido á habitar, llena de dolor, desesperada, al magnífico palacio que en la huerta de Valencia la habia dado el rey, y donde ella se daba el título de reina.

Habia puesto pleito por ante el papa al rey de Aragon, alegando que su casamiento con doña Yolanda era nulo, puesto que ella tenia la palabra como rey y el juramento como cristiano de don Jaime que la habia hecho por ante Dios su esposa.

Don Jaime habia atendido á la política y á la razon de estado antes que á su corazon.

Doña Teresa Gil de Vidaura era una simple dama, aunque de ilustre casa, y no le convenia á don Jaime su casamiento con ella.

Los parientes de doña Teresa hubieran pretendido influir en el gobierno determinando una nueva bandería, y los magnates no hubieran respetado gran cosa un trono ocupado por una simple dama.

Don Jaime habia hecho un verdadero sacrificio de su corazon, y es fama que á pesar del pleito que entre ambos existia por ante el papa,

de tiempo en tiempo la pasión que sentia el uno por el otro se sobreponia á sus diferencias y se veian no tan secretamente que esto no causase escándalo.

En muchas expediciones doña Teresa iba en la hueste con traje de hombre y encubriéndose cuanto podia.

Pero no tanto que no se diese lugar á murmuraciones.

En Roma se hacia poco caso de las demandas de doña Teresa, porque aunque ella afirmaba que el rey la habia dado palabra de casamiento y aun de que este casamiento se habia celebrado clandestinamente, no tenia pruebas, y esta carencia de pruebas hacia que en Roma se escuchasen con frialdad sus demandas.

Lo único que doña Teresa habia conseguido habia sido se reconociesen como legítimos los hijos que de don Jaime habia tenido.

Pasaban los años.

• El pleito no terminaba nunca.

El rey don Jaime habia llegado al apogeo de su grandeza.

Habia completado todas las conquistas que se le deben.

Se habia impuesto á Europa.

La espada de Aragon pesaba en la balanza de la justicia europea.

Habia llegado el rey á su edad madura sin

que el amor que en su corazon ardia por su Teresa menguase.

Está confirmado que despues y aun antes de la muerte de doña Violante que aconteció en 1251, doña Teresa, acompañaba al rey en sus empresas contra los moros, no ya como hemos dicho encubierta, sino como su mujer propia, que no era otra aquella reina de que hablan las crónicas que acompañaba á don Jaime, especialmente despues de la muerte de doña Yolanda.

El historiador Zurita dice:

«Gobernaba el rey gran parte de sus negocios por el consejo de una dueña muy principal que se decia doña Teresa Gil de Vidaura, con la cual vivió mucho tiempo como con su mujer legítima, y así se declaró despues por sentencia que lo fué.»

Antes, algunos años del fallecimiento de la reina doña Yolanda, don Jaime y doña Teresa daban continuamente ocasion al venerable confesor del rey San Raimundo á Peñafort para troñar contra ellos.

Descuidados estaban y entregados á sus placeres los amantes en el palacio campestre que el rey habia donado á doña Teresa cerca de Valencia, palacio que habia pertenecido á una dama mora llamada Sayda, hermana de Zeyan, cuando de improvise se presentaba San Raimundo,

los apostrofaba, los anatematizaba, amargaba sus placeres.

Pero era voz que clamaba en el desierto.

Si por algun tiempo bajo la presión de su santo confesor el rey se separaba de doña Teresa prometiendo al santo no volver á aquellos amores, muy pronto volvía, y de tal manera, que San Raimundo se veía obligado á tronar de nuevo.

Hay quien dice que no eran solo las amonestaciones de San Raimundo las que al rey separaban temporalmente de doña Teresa, sino su carácter enamorado, que le llevaba á rendir homenaje á otras hermosuras, que tenían para él prestigio de la novedad.

Pero pasada aquella novedad, satisfecho el deseo, don Jaime volvía á su doña Teresa, á pesar de la santa ira del venerable Raimundo de Rocafort.

Un dia, aguijado el rey por su conciencia, no queriendo confesar su pecado á San Raimundo de Rocafort, cuya severidad temia, llamó al obispo de Gerona y le reveló en confesion que en efecto doña Teresa reclamaba contra él por ante el papa en justicia, porque la verdad era que si bien no se habia casado clandestinamente con doña Teresa, la habia sido otorgado juramento de que seria su esposa antes de haber contraido matrimonio con doña Yolanda, y despues de haber sido sentenciado por el papa su divorcio de doña Le-

nor de Castilla, esto es, cuando doña Teresa y él eran completamente libres y no había entre ellos parentesco ni consanguinidad alguna que pudiese impedir su matrimonio.

Alegó el rey que si no había cumplido su palabra á doña Teresa, había sido por razones de justicia y muy á su pesar, y como el obispo de Gerona era mañero y cortesano y estaba á lo que le convenia, encontró buenas las razones del rey y le absolvió dejando tranquila su conciencia, cosa que ciertamente no hubiera hecho San Raimundo de Rocafort.

Así andaban las cosas cuando sobrevino la muerte de doña Yolanda, y doña Teresa creyó llegado el momento en que el rey la cumpliera al fin una promesa durante tanto tiempo esperada.

CAPITULO XIII

Lo que puede hacer en un prelado la ambicion.

Hacia mucho tiempo que las calderas del rey don Jaime estaban arrinconadas.

Pero llegó el caso de que volvieran á salir de nuevo; es decir, que llegó un momento de cólera mortal para el rey don Jaime, una de aquellas cóleras que le cegaban y le convertian en una fiera.

Y fué por la causa siguiente:

Muerta la reina doña Yolanda, el obispo de Gerona creyó llegada para él la hora de un incalculable acrecimiento.

Sabia él, por la confesion del rey, cuanto era el derecho que doña Teresa Gil de Vidaura tenia para ser declarada mujer legítima de don Jaime.

Se vino á la corte.

Se insinuó con doña Teresa, y le indicó que él tal vez podría hacer que el papa resolviese al fin favorablemente en el pleito que ella seguía contra don Jaime.

Doña Teresa, cuya principal calidad era la prudencia acompañada de una sagacidad exquisita, halagó al obispo excitada por las embozadas insinuaciones que este la había hecho.

Encontrábase una tarde de verano doña Teresa en el jardín de su palacio de Valencia en un bello cenador de jazmines.

El rey, ya de edad provecta, estaba reclinado en el regazo de la hermosa doña Teresa, que aunque pasada ya su juventud, se conservaba hermosísima.

Jugaba el rey con los luengos y magníficos cabellos de su amiga, ni más ni menos que en los primeros tiempos de sus amores, y tal vez con un enamoramiento mayor.

¿Y cómo nó, si veía en ella su verdadera compañera, la que con él había partido los peligros, aquella por cuyos consejos, por cuya influencia se había librado más de una situación difícil, y de la que, podía decirse, la debía la mitad de su corona.

Se había establecido una especie de identidad entre doña Teresa Gil de Vidaura y don Jaime el Conquistador.

Eran el uno para el otro una necesidad vital.

Habia entre ellos una especie de mútua trasfusión del espíritu.

Así era que sus enojos no habian podido durar grandes espacios.

El corazon los habia arrastrado, los habia llevado el uno al otro.

Sin embargo de esto, de que no podia separarse sino temporalmente para unirse con más fuerza, doña Teresa seguia su pleito contra el rey en Roma, alegando la nulidad del casamiento del rey con doña Yolanda de Hungría, y su mejor derecho, puesto que ella se habia casado, siquiera hubiese sido clandestinamente, con el rey antes del casamiento de este con doña Yolanda.

Atendia el papa á doña Teresa porque Roma no ha desatendido nunca á nadie que ha podido servirla para algo, y sabíase la grande influencia que doña Teresa tenia sobre el rey.

Roma ha contado siempre con espías en todas partes, espías suaves, insinuantes, astutos, que en todas partes se introducen, de todo se enteran, todo lo averiguan.

Los legados se han puesto, se ponen y se pondrán en relaciones íntimas, secretas, trascendentales, con el clero de la misma nacion donde el papa los envia.

Nada tenia de ultramontano nuestro clero de la Edad Media.

La iglesia española, tanto en Cataluña como en Aragon, como en Castilla, era independiente en cuanto á la disciplina, independenciamos importantísima, pero sin embargo, la influencia de la iglesia era grande.

El papa era su jefe.

Y si un dia los obispos españoles frente al papa se ponian porque así les tenia cuenta, ponianse tambien al lado del papa cuando cuenta les tenia, lo que determinaba una intriga sorda y una constante conspiracion del poder espiritual contra el temporal y viceversa.

Hé aquí por que, aunque el clero español fuese más regalista que papista, el papa consideraba á doña Teresa Gil de Vidaura, y atendia su demanda, por lo que pudiera convenirle alguna vez tener de su parte á doña Teresa.

Pero como el rey era mal sufrido, déspota perfecto, el papa, en los asuntos de doña Teresa, observaba una política de balancin, ni dentro ni fuera.

Resultaba de esto que el pleito se prolongaba, que el papa decia á doña Teresa cuando se quejaba, porque no sobrevenia sentencia, que él nada podia hacer, puesto que doña Teresa no tenia más prueba de la situacion en que respecto al rey se encontraba que su palabra.

Y cuando el rey se le quejaba de que daba oídos á las demandas de doña Teresa, su santidad respondía que no podía ménos de oír la demanda de una tal señora, que á él recurría en un asunto tan importante y de tal trascendencia.

Y así se andaba Roma, ni al vado ni á la puente, y doña Teresa se desesperaba porque el pleito contaba ya muchos años y no daba muestra de concluir hasta que ella muriese, y aun más allá, porque su descendencia reclamaria; y se irritaba el rey porque aquel pleito le tenía en cuidado.

Así estaban las cosas despues de la muerte de doña Yolanda, cuando en una tarde de verano el obispo de Gerona se fué á buscar á doña Teresa en su casa de placer á orillas del Turia.

Vió doña Teresa en las preñeces de la conversacion del obispo, que él sabia algo que podía servirla de mucho.

Guillermo de Gerona, ya sabemos que los obispos tomaban el apellido de su diócesis, era ya anciano, y doña Teresa no podía usar para con él de una falaz seduccion de amor.

La sangre de Guillermo estaba ya helada, pero no helada de la misma manera su ambicion.

Acometióle por este flaco doña Teresa.

—Mi conciencia,—decia el prelado,—está

inquieta, si, señora, sí, muy inquieta, puesto que de mí pende la resolución de un gravísimo negocio que atañe no solo al rey, sino también al reino, y estoy dudando y no sé que hacerme ni qué partido tomar, porque se trata de una cosa muy grave, esto es, de romper el sigilo de la confesion.

No necesitaba ciertamente más doña Teresa para ponerse al cabo.

¿Qué asunto tan grave podía ser aquel de que hablaba el obispo que atañía al rey y al reino, y para revelar el cual era necesario romper el sigilo de la confesion?

Andaba el obispo procurándose ciertos privilegios y franquicias á su catedral de Gerona, y la donacion á ella de ciertas tierras, rentas y castillos, y para excitarle doña Teresa á que al fin hablase claro, trajo la conversacion á las pretensiones del prelado, y le dejó entender que estaba dispuesta á favorecerlas.

—Aunque no lo mereceis, padre,—continuó doña Teresa,—porque vos sabeis el pleito en que yo ando con el rey y nada habeis hecho en favor mio para con el papa, que yo se que os estima en gran manera, esto no obstante, yo atenderé vuestras pretensiones, é inclinaré al rey para que tengan feliz resultado.

—No será necesario,—contestó el obispo,—que Dios os premie en la otra vida el gran bien

que hareis á su iglesia de Gerona, que aún en vida, y próximamente tendreis el premio; y si vos me jurais hacer de manera que el rey conceda á mi iglesia lo que yo con justicia y razon pido, yo haré que el papa sentencie vuestro pleito favorablemente y en un tiempo tan breve como vos pudiérais desear.

—Pues yo os juro por mi fé y por mi alma,—dijo doña Teresa,—que vuestra iglesia de Gerona tendrá lo que por ella pedís, pero bien entendido que esto ha de ser cuando el papa haya sentenciado mi pleito en justicia, esto es, cuando yo sea como me corresponde, reina de Aragon.

—Vuestro juramento acepto, señora,—dijo el obispo,—y para que esteis tranquila, sabed que los años pasados me llamó el rey y me dijo:

—Nuestro buen amigo y padre de Gerona, nos tenemos algo que nos pesa en la conciencia, y de tal manera, que muchas veces durante la noche y aun habiéndonos acostado rendidos de la fatiga del dia, hemos despertado sobresaltado por el remordimiento; y este remordimiento es, que por nos está sufriendo la buena reputacion y fama de una noble señora á quien todos crean nuestra amiga, y que por ante Dios nuestro juramento y homenaje voluntariamente otorgados es nuestra esposa, y puesto que libres de toda voluntad éramos cuando tal promesa, juramento

y homenaje prestamos, ya podeis entender que esta señora de quien os hablamos es doña Teresa Gil de Vidaura, nuestra esposa, os lo repetimos, pero encargándoos guardéis este secreto bajo el sigilo de la confesion. Solo queremos manifestaros, para que nos aconsejéis y sentenciéis como hombre de Dios y prelado de su iglesia, este pleito; que en nuestra conciencia y ante Dios tenemos las grandes razones de estado que tuvimos para contraer matrimonio con doña Yolanda, á pesar del matrimonio que aunque secretamente consumado teníamos con doña Teresa Gil de Vidaura de la que hemos tenido hijos; que faltamos á nuestra fé, juramento y homenaje, y en bigamia incurrimos por ante Dios, manifesto es es por esta nuestra confesion que os hacemos. Ahora oid las razones que para incurrir en estos dos delitos tuvimos.

Y el rey me manifestó tales y tan graves cosas, que yo atendiendo á la salud del rey, reconociendo que el rey habia tenido necesidad y aún obligacion de hacer lo que habia hecho, absolville.

—Pues hicisteis muy mal,—exclamó doña Teresa,—por que la gran escusa que el rey tuvo para casarse con doña Yolanda atropellando mis derechos, fué la gran cantidad de oro que en dote doña Yolanda le trajo, y además la promesa que el rey de Hungria le habia hecho de ayu-

darle con dos mil caballeros y seis mil infantes para ir á las cruzadas. Ya sabeis que el rey don Jaime ha pensado siempre en ir á la Tierra Santa, que le ha intentado, y que si de-istió fué por que de tal manera se le mostraron contrarios los elementos, que el rey creyó que Dios no queria fuese tan lejos á combatir infieles, cuando los tenia dentro de casa. Lo que os he dicho y no más fué la causa de su matrimonio con doña Yolanda; y aun podria añadirlos que hubo otra causa más, y fué que de doña Yolanda estaba enamorado por un retrato de ella que le habian enviado, y como á mí me tenia ya y á doña Yolanda no podia tenerla sino casándose con ella, y el rey es incontinente tratándose de mujeres, con ella se casó, razones la una de avaricia, y de vicio y desórdenes la otra, y por lo cual, padre, vos no debisteis obsolver al rey, sino apretarle y conminarle, y reducirle á que con su obligacion cumpliese; y ya que vos no os encontráseis con valor para contrariar al rey, debisteis arrojar de vos toda responsabilidad y enviar al rey á su confesor, el venerable Raimundo de Rocafort, que á buen seguro que él no se hubiera andado en contemplaciones por la severidad de su virtud. No hubiera podido consentir un tal delito, un tal sacrilegio, una tal violacion de mis derechos, y de los más respetables aún, de los de mis hijos.

—Tales razones me alegó el rey señora,—

contestó algo confuso el obispo,—que yo creí de mi obligacion absorberle para libertarle de los tormentos de su conciencia. Pero las cosas han cambiado en gran manera, muerta la reina doña Yolanda, unida vos públicamente al rey, llevándoos á todas sus campañas á su lado como si fuerais la reina y sabiendo todo el mundo el pleito que contra él manteneis en Roma causando escándalo vuestra union pública y en aparien-
cia ilegítima con el rey, creo llegada la hora de manifestar á su santidad *in verbo sacerdotis* la que el rey me reveló en confesion, lo cual junto con lo que vos habeis alegado sera una prueba bastante que á su santidad decidirá para senten-
ciar en vuestro favor y declararos esposa legítima del rey. Pero ya sabeis, señora, cuan arrebatado es su señoría, y cuan negra cosa puede venirme si un día el rey descubre que yo he sido la causa de que el papa pronuncie sentencia en vuestro favor.

—Estad tranquilo, mi muy reverendo padre Guillermo,—dijo doña Teresa,—que yo os aseguro que nada sabrá el rey, y que se encontrará con la sentencia del papa como si hubiera llovido del cielo, y en cuanto á los privilegios, franquicias, inmunidades, y tierras, y castillos que para vuestra iglesia de Gerona deseais, contad con ello. Y no estará demás que insinueis en Roma, que siendo yo reina, muy recia cosa ha de ser

la que el papa desee del rey mi esposo para que no se le conceda. Y haced esto con encarecimiento por aquello de á Dios rogando y con el mazo dando, y yo os suplico os vayais antes de que el rey sobrevenga no sea que sospeche, que ya sabeis que es sagaz y receloso y acertado en las opiniones que forma.

Encontró prudente el obispo el consejo de doña Teresa, y se fué contentísimo porque tenia la seguridad, conociendo bien el carácter de Inocencio III, de que teniendo la prueba de la confesion del rey que él le daria, sentenciaria en favor de doña Teresa, y brevemente, por lo cual doña Teresa todo lo encontraria poco para demostrar en agradecimiento á quien al trono de Aragon la habia encumbrado.

Pero aconteció que al ir á salir de la alquería, y cuando montaba en su mula el prelado, se echó encima el rey don Jaime, que iba con algunos de sus servidores íntimos á visitar á doña Teresa.

Saltóle á la imaginacion al rey el pensamiento de que el obispo no habia ido allí para nada bueno.

Pero disimuló proponiéndose sondear á doña Teresa, y trató de la manera más benévola y más honrosa al prelado, que se fué tranquilo con sus servidores á la ciudad.

Exploró en efecto hábilmente el rey á doña Teresa.

Pero estaba prevenida, era reservada, profunda, inalterable y el rey se tranquilizó.

El obispo había ido simplemente á rendir homenaje á doña Teresa y no á otra cosa.

El rey perdió todo su recelo.

Y como aun se mantenía jóven á pesar de sus cuarenta y tanto años, y doña Teresa hermosísima, fué para ella el siempre enamorado amante que no se recataba ya, y que como esposa trataba por ante el mundo á su adorada, y de tal manera que semanas enteras se pasaban sin salir de la alquería, viviendo maritalmente con doña Teresa.

CAPITULO XIV

De como un nuncio de Su Santidad fué sin decir allá va eso, y de una manera imprevista, á poner en cuidado al rey don Jaime.

Aun no se habian pasado cuatro meses desde el dia en que el obispo de Gerona habia propuesto sus servicios á doña Teresa, y era invierno y á principio de la noche, y el rey se encontraba al amor de la lumbre á solas con su doña Teresa, tan enamorado y tan feliz como el primer dia de sus amores, cuando se levantó el rico tapiz que cubria la puerta de la cámara, y asomando un paje dijo al rey que el guarda mayor de su casa le buscaba para un asunto importante y que daba gran priesa.

Hizo entrar á su guarda mayor don Jaime, sin respeto de que delante le viese de doña Tere-

sa y preguntóle cual era el asunto urgentísimo por el cual á aquella hora le buscaba.

—Señor,—contestó el rico hombre,—que era de la familia de los Moncadas,—acaba de desembarcar en Valencia y de hospedarse casa del obispo un nuncio de Su Santidad, y como no tenemos noticia de que vos esteis en tales términos con Roma que Roma haya necesidad de enviaros nuncio, los de vuestra casa hemos creído que debíamos avisaros de la llegada de este nuncio que tan sin anunciarse viene.

—Pues mirad, primo Moncada,—dijo el rey,—pues que así á lo somormujo se nos mete en casa un nuncio de Su Santidad, dejadle que él diga á lo que viene, que no hemos de ser nos el que hayamos de buscarle. Haced como si nada supierais, que ninguna demostracion se haga en honor y respeto del nuncio, puesto que por nuncio aun no le conocemos.

Retiróse el Moncada, y el rey se quedó pensativo y disgustado.

Por grande que fuese la serenidad de doña Teresa, tan de improviso la habia cogido la noticia de la presencia de un nuncio de Su Santidad en Valencia, que comprendiendo para lo que el nuncio podia venir y que era tal vez para la notificación de la sentencia de su pleito en favor suyo, se inmutó, movimiento que no se escapó á don Jaime.

Y como era de un entendimiento clarísimo y tenía corazonadas, sin saber cómo de la llegada imprevista del nuncio del papa á Valencia, saltó su imaginacion á la visita que el obispo de Gerona habia hecho cinco meses antes á doña Teresa en su alquería, y de allí saltó al momento en que años pasados confesó al obispo de Gerona las sagradas obligaciones en que estaba para con doña Teresa Gil de Vidaura.

La turbacion de esta, que habia aumentado al ver lo que el semblante del rey se habia ensombrecido al saber la no esperada presencia del nuncio, le confirmó ya en su sospecha, y tuvo por seguro que lo que el nuncio traía era la sentencia favorable á doña Teresa de su pleito.

Y como amaba tan entrañablemente don Jaime á la que siempre habia considerado su esposa y tenido por su alma, y se encontraba ya en edad madura y de todo punto libre y rey poderoso y respetado que todo lo dominaba, casi casi se alegró y deseó fuese verdad lo que habia sospechado, y se le desanubló el semblante, y acercándose á doña Teresa y sentándose en el escabel de su silla y reclinándose en su regazo la dijo amoroso:

—¿No creéis vos, señora mia, que la venida del nuncio de Su Santidad sea para cosa que en gran manera os interese?

Habíase repuesto doña Teresa, y temiendo que el rey la tendiese un lazo, contestó:

—Tal cosa puede traer para mí el nuncio de Su Santidad, que sea para mí mil veces más que la muerte temible; que bien puede ser que el papa haya sentenciado el pleito que con vos tan justamente traigo en contra mía y de vos me mande separarme, y á vos de mí separaros so-pena de escomunión contra nosotros y de entre dicho al reino.

—Pues dígoos, señora mía, que no digo yo el papa Inocencio III, pero ni todos los papas habidos y por haber son bastantes para que yo de vos me separe, así nos ponga en entredicho á mí y á mis reinos y hasta á los peces de mis ríos y los topes de mis tierras, y haga Roma lo que quisiere, que de mi cuenta corre demostrar á Roma la poca cuenta que la tiene el indisponerse conmigo y atreverse á tirarme de las barbas, que vive Dios no he de sufrirlo, y hemos de ver quién podrá más, si el papa ó yo. Y apropósito, que no me desplacería ir á probar mis arietes en las murallas de Roma. Pero no veo que haya peligro de eso, que el papa sabe bien lo que se hace, y largas ha dado á nuestro pleito sin decidirse á nada y alegando siempre para satisfaceros que si no sentencia es porque vos no le presentais pruebas para sentenciar en justicia. Pero tal vez Su Santidad la haya tenido ó formado opinión

in pectore que á una prueba equivalgan, y el nuncio no venga á otra cosa que á haceros reina de Aragon, lo cual, señora de mi alma, no me desplaceria, sino porque vos creyéseis que á ello se me habia obligado. Pero bien sabeis vos cuanto os amo y cuanto sois en verdad la reina y lo habeis sido siempre.

Continuó doña Teresa creyendo que el rey la tendia un lazo, y algo habia de ello, y contestó con una gran naturalidad:

—Todas las pruebas que yo he podido presentar al papa, han sido mi juramento como cristiana y como noble de ser verdad lo que alegaba. No creo, ni se me alcanza que otras pruebas tenga Su Santidad, y por lo mismo, creo que lo que el nuncio trae, si por mí viene, no es mi ventura sino mi desdicha, ó más bien, la de nuestros hijos, que en cuanto á mí, os lo he sacrificado todo y con todo el amor y toda la fé de mi alma.

—Allá se verá lo que sea,—dijo el rey,—pero yo creo que su santidad en su prudencia no sentenciaría contra vos terminando un pleito que ha tantos años duerme y que es como si no existiera. Pero oid, doña Teresa. Yo no perdonaré nunca, excepto á vos, á quien á mí se haya atrevido presentando pruebas por suposiciones ó cohechando á Roma en vuestro favor.

—Severísimo es el papa Inocencio,—dijo doña

Teresa,—y no creo que por nada tuerza la severidad de su justicia.

—Sea como quiera, señora de mi alma,—dijo el rey,—sabad que no me pesará el que al fin esposa mía todo el mundo os vea. Y si ya mi esposa no os he hecho ha sido por tenacidad, por esa tenacidad que los aragoneses tenemos en la sangre, y porque no se diga que ni aun de la mujer que amo he sido vencido en batalla. En fin, no hablemos más de esto, y cenemos y recojámonos, que ya nos dirá el nuncio de Su Santidad á lo que viene.

Cenaron, en efecto, y se recogieron, y al otro día el rey se fué á Valencia.

CAPITULO XV

De como el rey don Jaime no guardaba consideraciones con lo divino ni con lo humano cuando sentia menospreciada su autoridad.

Al dia siguiente el nuncio de Su Santidad cuyo nombre no relata la historia, avisó, como diríamos hoy, oficialmente y en forma al rey, su llegada á Valencia con una mision para el rey del Santo Padre, y pidiéndole una audiencia solemne.

Señaló el rey el tercer dia para la audiencia, y mandó se honrase y se festejase á Su Santidad en la persona de su nuncio, y para servirle le envió gentes de su casa.

Al tercer dia tuvo lugar la solemne recepcion, y en ella el cardenal legado despues de un in-
troito en que manifestó lo satisfecho que el pa-

pa se encontraba de su amistad y buena inteligencia con el invicto, esclarecido y cristianísimo rey de Aragon, pasó á notificarle la sentencia ejecutoria del papa sobre el pleito entre partes, de la una el rey de Aragon, y de la otra doña Teresa Gil de Vidaura, declarando á esta por razones y pruebas bastantes que su santidad guardaba *in pectore*, esposa legítima del rey de Aragon etc. etc., con la prevencion de las penas, excomunion y entredicho en que el rey de Aragon y sus reinos incurririan por la desobediencia del rey á la sentencia del sumo pontífice romano.

Dióse por notificado el rey.

Acató la sentencia.

Conformóse con ella.

Declaró que la sentencia del pontífice estaba en armonía con su deseo, y que si él no habia declarado y reconocido los legítimos derechos de su esposa, la reina doña Teresa Gil de Vidaura, habia sido por ciertos inconvenientes cuya manifestacion no era del momento, y señaló para de allí al tercer dia la presentacion de la reina al reino representado por los barones, rico-hombres, prelados, prohombres y hombres buenos de Aragon, y mandó se hiciesen grandes fiestas en celebracion de aquel fausto acontecimiento.

Sobrevino la presentacion.

Tuvieron lugar las fiestas, que fueron mag-

níficas, y ya el nuncio se despedía, cuando don Jaime le dijo:

—Permaneced aquí, señor cardenal, un solo día más, porque á vos y á mis buenos vasallos de aquí y de Valencia les guardo una torna fiesta nunca vista, que yo se bien que os ha de sorprender á todos.

Quedóse el cardenal contento, porque el rey le habia obsequiado mucho, le habia honrado doña Teresa, le habia dado magníficos presentes á más de los que le habia dado para que los ofreciese al papa, y habia pasado algunos dias de regodeo en la apacible y hermosa Valencia.

Aquella misma tarde, habiéndose metido en conversacion el rey con Guillermo obispo de Girona, llevóle andando con él como maquinalmente, hasta una carrera en que se quedaron solos.

—Mi querido primo y padre en Cristo,—le dijo el rey,—yo no reposaria si no os dijese lo agradecido que os estoy por lo sabiamente que habeis obrado en mi favor, que bien sabiais vos que me conoceis desde niño, que solo por una tenacidad, natural en mi carácter, despues de haberme quedado libre de mi matrimonio con doña Yolanda, no he declarado yo los sagrados derechos que doña Teresa tenia para que yo la reconociese como mi esposa y como tal la hiciese reconocer á mis reinos. No habeis comprendido

bien cuanto debía yo agradeceros el que revelaseis á Su Santidad lo que yo os revelé en confesion años pasados.

El rey hablaba de una manera tranquila y aun placentera con el obispo.

—¿Qué decís, señor?,—exclamó el obispo, conteniéndose de tal manera, que el rey no pudo ver en él la menor señal de irritacion.

—Digo,—contestó sonriendo don Jaime,—que me habeis dado un gran placer en poner en noticia del papa las sagradas obligaciones en que estoy para con doña Teresa Gil de Vidaura.

—Os escucho con asombro, señor,—exclamó el obispo, que de momento en momento se iba poniendo más en cuidado.

—Pues no sé de qué podeis asombraros,—repuso el rey.

—Me asombro de que haya hombres tan alevés, que conociendo la mucha bondad con que vuestra señoría me trata, y creyendo tal vez que mis consejos á vuestra señoría puedan serles contrarios, se valgan de la calumnia y de la infamia.

—Vuestros enemigos, obispo, son enemigos míos, y por lo tanto yo no los oigo,—dijo el rey que continuaba apareciendo apacibilísimo para el obispo.

—Han podido valerse de segundas personas, señor.

—¡Bah! yo no sé por qué quereis ocultarme el gran favor que me habeis hecho.

—Se conspira, señor.

—¿Y á qué viene ahora eso de las conspiraciones, mi buen obispo?

—Os lo repito, señor, los traidores que contra vos conspiran, quieren apartar de vos á vuestros vasallos leales, para preparar con más seguridad sus inícuos planes.

—¿Y sabeis quiénes son los que dan en la temeridad de conspirar contra mí?—dijo sonriendo siempre don Jaime.

Se le despegó la carne de los huesos al obispo.

Comprendió que el miedo le había hecho entrar inconscientemente en aquello de las conspiraciones.

Peró* sabia, sí, que él había conspirado y que conspiraba, y que la revelacion que había hecho al papa de la obligacion en que don Jaime se encontraba para con doña Teresa, no era otra cosa que una conspiracion suya, á fin de captarse la proteccion de la agradecida señora.

El calificativo de *temerarios* que el rey había dado á los que se atreviesen á conspirar contra él, y el acento con que había pronunciado

aquel calificativo, habian aterrado al obispo.

Sudaba, trasudaba, se aturdia.

Le parecia, y no se engañaba en esto, que el rey estaba haciendo su proceso, y que si le hablaba blandamente y sonriendo, no era más que para confiarle.

Conocia demasiado el obispo de Gerona al rey.

Se tuvo, sin embargo, firme, y dijo:

—Saber que se conspira, señor, no es conocer á los conspiradores; pero sabe demasiado vuestra señoría que las conspiraciones trascienden.

—En efecto, los traidores huelen á lo que son,—dijo el rey, sin dar el menor acento á sus palabras, y sin perder su afabilidad.

El obispo se aterraba más y más, y más se veia obligado á hacer esfuerzos para aparecer sereno.

—Yo os digo, señor,—respondió el obispo,—que me calumnian.

—Yo no creeria calumnias contra vos,—dijo el rey;—yo os conozco demasiado, y se cuánto me amais, y cuán incapaz sois, no ya de hacerme traicion, pero ni aun de causarme el más leve disgusto.

—¡Oh! podeis estar seguro de ello, señor.

—Pues porque vos no podeis hacer ni aun con el pensamiento nada que ni aun levemente

me contrarie, no me habeis contrariado revelando al papa la deuda en que yo estoy para con doña Teresa. Y de tal manera os agradezco lo que habeis hecho, que estoy resuelto á premiaros.

—Os aseguro, señor, que por lo que creéis no debeis premiarme.

—¡Ah! ¡vos creéis que no debo premiaros!

—No, señor, porque seria premiarme por lo que no he hecho.

—Llevais vuestra lealtad y vuestro desinterés, don Guillermo, hasta un punto extremado. Casi casi parece que quereis obligarme á más.

—Os repito, señor, que os han engañado.

—Y yo os repito que tengo la seguridad de lo que os digo. Habeis hecho bien: yo en todos los dias de mi vida, y por tenacidad, porque no se dijese que cedia, hubiera declarado que doña Teresa era mi esposa legítima. Sufria ya por no hacer esta declaracion y hubiera continuado sufriendo. Ahora, la sentencia del papa me libra de este sufrimiento. Doña Teresa, será, como yo lo deseaba, mi esposa legítima, y esto habrá sucedido sin que yo ceda, gracias á vuestra leal intervencion. ¿Cómo quereis, pues, mi muy querido padre en Cristo, que yo no me muestre agradecido á vos?

De tal manera iba ganando el miedo á Gui-

llermo de Gerona, que temió llegase un momento en que no le pudiera disimular.

—Veo, señor,—dijo al rey procurando acabar cuanto antes aquella peligrosa entrevista,—que será en vano todo lo que yo diga para convencerlos de que ninguna parte he tenido en la resolución que el Santo Padre ha tomado en favor de doña Teresa. Yo, señor, os suplico os informéis del mismo papa, que no puede mentir. Entretanto, si me dais licencia, voy á retirarme.

—¡Ah! no, no os retirareis,—dijo el rey.—Ya sabéis cuánto he gustado siempre de vuestra conversacion, y ahora más que nunca gozo con ella. Permaneced, estad tranquilo, perded, si lo teneis, todo recelo. ¿Por qué me habia yo de mostrar contento de vos si no lo estuviere?

Don Jaime continuaba encubriéndose admirablemente, y haciendo todo lo posible para engañar al obispo.

Pero este le conocia de tal manera, que don Jaime no podia engañarle, se aterró hasta tal punto, que se encaminó hacia una puerta huyendo.

Pero encontró aquella puerta cerrada, que un servidor la habia cerrado prevenido por el rey, en cuanto el rey hubo entrado en la cámara con el obispo.

—Vuestro terror, mal clérigo,—exclamó el rey cambiando el acento tranquilo en rugido de cólera,—me demuestra que yo no me habia engañado cuando habia supuesto que vos erais el mal sacerdote que faltando al sigilo de la confesion, á Su Santidad os habeis ido con esas pruebas que Su Santidad dice guarda *in pectore*, y sobre mi habeis traído la vergüenza de una sentencia que yo acato y cumplo, porque quiero y porque resuelto tenia declarar yo mismo los sagrados derechos que asistian á la reina. Pero ¿quien os habia dicho á vos, indigno, que á mí, á nos, podiais atreveros incurriendo en sacrilegio, por la violacion del sigilo de la confesion y en delito de alta traicion y lesa majestad, revelando un secreto que os habia mandado guardaseis vuestro rey y señor natural? ¿Quien creiais que era el rey don Jaime? ¿Creeis que las órdenes que malamente teneis y la dignidad y las preeminencias de prelado de que tan indigno sois, habian de salvaros de que yo me volviese á vos airado en mi justa cólera? ¡Vive Dios que si en la espada no pongo mano y os acuchillo aquí mismo, es porque os guardo para mayor escarmiento! Y ahí quedaos á solas con vuestro miedo y vuestra conciencia.

Volvióse el rey para salir.

Pero arrojóse á él el prelado.

Se echó á sus piés.

Le asió por la túnica y exclamó con un espanto mortal:

—Mirad, señor, lo que haceis; que si yo á Su Santidad he escrito revelándole lo que en confesion me dijisteis, ha sido cumpliéndolo con mi deber de sacerdote y de prelado, excitado por mi conciencia que me atormentaba y por el escándalo que dabais á vuestros reinos, públicamente unido á doña Teresa. Mirad que á quien yo he revelado lo que en confesion me habeis dicho es al vicario de Cristo sobre la tierra, al sucesor de Pedro, al que ha recibido de Dios la potestad de atar y desatar, de absolver y condenar. Mirad, señor, que yo he pedido antes de revelar á Su Santidad lo que en confesion me dijisteis, autorizacion de Su Santidad para romper el sigilo de una confesion que me habiais hecho por convenir así á vos y á vuestros reinos, y que el papa no solamente me ha absuelto de antemano y me ha autorizado, sino que me ha mandado, teniendo en cuenta lo que yo le habia manifestado que el secreto de que se trataba era gravísimo, que en su sagrado seno depositase aquella vuestra confesion. Ved, señor, que si en mí os cebais, en Su Santidad os cebais; ved, señor, que yo con mi obligacion he cumplido y que autorizacion y mandato he tenido del papa.

Todo este discurso lo hizo el obispo entre sollozos y espasmos, y como agonizando.

El rey le habia escuchado inmóvil y terrible, y cuando hubo concluido le dijo con la voz concentrada y lúgubre:

—Soltad, vive Dios, si no quereis que en vos ponga mis manos, y si castigándoos á vos vuestro castigo da en las narices al papa y se irrita, que haga lo que quisiere, que en mi casa me estoy yo, y cosas hay por las cuales no me harian pasar todos los papas del mundo.

Y asiendo su túnica, la arrancó de las manos del anciano prelado, que por aquel violento esfuerzo cayó, y salió cerrando la puerta de la cámara y mandando que á ella y á las otras se pudiesen guardas que no dejasen acercarse á nadie, ni ellos mismos con el obispo hablasen.

Súpose que el obispo de Gerona habia sido preso.

Esto no podia permanecer oculto.

Ni el rey habia querido que lo estuviera.

El mismo lo habia contado á los altos funcionarios de su casa.

Eran muy frecuentes las prisiones de prelados y de magnates.

Y más tratándose del rey don Jaime, que era celosísimo de su autoridad, y á quien bastaba muy poco para ejecutar terribles castigos que caian con mucha frecuencia sobre altísimas cabezas.

Se sabia que el obispo era inquieto.

Se atribuyó á conspiracion su prision.

Y como que conspiraba, los que conspiraban con él, al verle preso, sin saber la causa de su prision, se aterraron.

Muchos de ellos se fueron escondiendo y poniéndose á larga distancia del rey, agarrándose para esto á pretextos.

La curiosidad pública estaba excitada.

¿Por qué el rey trataba con tanto rigor á un prelado á quien habia colmado de mercedes?

Este era una enigma.

¿Si habia conspiraciones contra el rey, cómo era que el rey no habia encerrado á otros conspiradores?

Solo doña Teresa sabia la causa de la prision del obispo.

O más bien, se lo figuraba.

El rey nada la habia dicho.

Pero nadie más que doña Teresa, ni aun el mismo Nuncio, sospechó cual hubiese sido la causa de la prision del obispo.

El Nuncio nada sabia.

Inocencio III habia guardado el secreto.

El sigilo de la confesion habia pasado del prelado al pontífice.

Cosas tocantes á Aragon debian ser sin duda las que habian motivado la prision del obispo, ó

tal vez alguna causa particular que el rey tuviese.

Don Jaime á nadie, ni aun á sus más íntimos, habia dado la más leve explicacion acerca de aquel suceso.

El cardenal legado y con él todo el mundo, esperaban una fiesta tan espléndida como la del día anterior.

Pero al amanecer del día siguiente se vió que en medio de la plaza del Mercado, sobre un monton de leña, habia entre un círculo de almogávares que no dejaban acercarse á nadie, una de aquellas tremendas calderas del rey don Jaime.

Aliñándose habia la plaza como campo cerrado para las justas de los días anteriores, y subsistian las barreras y el estrado real y los otros estrados para la corte y los andamios para la multitud.

¿Por qué aparecia en medio de la arena, guardada por almogávares y cerca de ella el verdugo y sus ayudantes, aquella caldera llena de agua?

Todos se miraban los unos á los otros y no sabian que pensar de aquello.

Algunos, teniendo en cuenta que el obispo de Gerona habia sido preso el día anterior, se aventuraban á decir que el rey iba á cocer al obispo, y la perspectiva de un obispo cocido era cosa

que estimulaba á la multitud y la tenia impaciente por lo no visto ni oido de un tal espectáculo.

Salió el sol.

Avanzó el dia.

Acudieron nuevos guardias del rey á la plaza. Empezaron á poblarse estrados y andamios. Llenáronse de gentes las ventanas.

El Nuncio de Su Santidad, en el estrado de los obispos, se mostraba inquieto.

Pero los otros obispos le decian que sin duda el rey queria dar un grave espectáculo de su piedad cristiana, cociendo algun albigense relapso, ó tal vez algun moro de los de Valencia, que tenaz en su mala secta, hubiese conspirado.

Todos, pues, estaban ansiosos, impacientes. Veíase la caldera.

Pero no se sabia quién habia de ser el cocido.

A nadie se le ocurría que aquel cocido podia serlo el obispo de Girona.

¿Ni cómo?

Esto hubiera sido enorme.

La novedad del dia habia hecho olvidar lo que habia sido tan principalmente la novedad del dia anterior.

El obispo de Girona habia sido relegado al olvido.

El rey, sin embargo, no le habia olvidado.

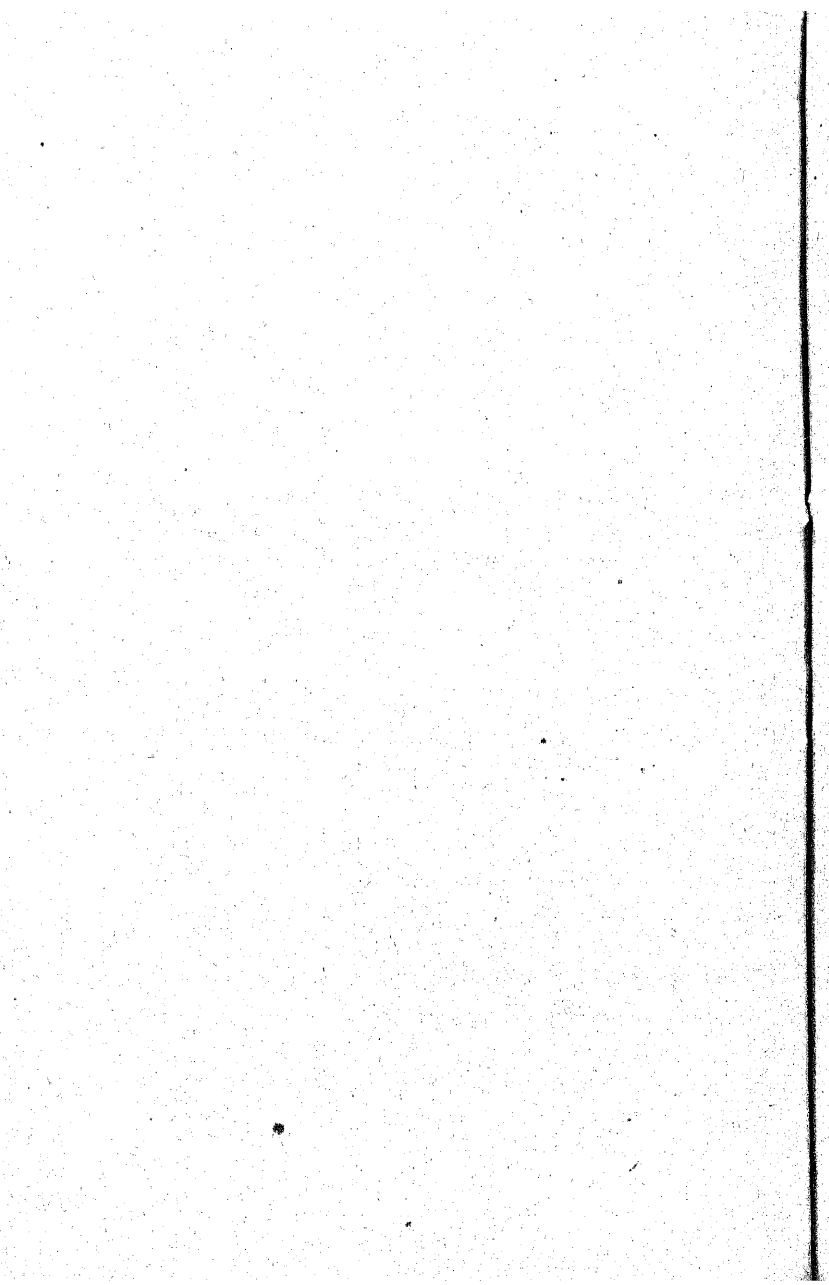
Antes de salir del alcázar para ir al campo cerrado, donde debia aparecer en el estrado real, habia mandado á uno de sus servidores de confianza al que habia encomendado la guarda del obispo, hiciese entrar en la cámara que servia á este de prision, un fraile agonizante, para que confesara al obispo y le diese la Eucaristía.

—A pesar de todo,—dijo el rey á aquel su servidor á quien habia dado la órden,—y por mucho que el desatentado obispo de Gerona nos haya ofendido y enojado, aun somos cristianos, y no queremos privar á ese desdichado obispo del consuelo de que confiese y comulgue por la última vez.

Cuando el obispo oyó entrar al agonizante se dió por muerto.

¿Para qué si el rey no queria castigarle á sangre, le enviaba aquel sacerdote lúgubre, sino para que se pusiese bien con Dios?

Y era de tal manera la certidumbre que el obispo tenia de que el rey no le enviaba en balde aquel agonizante, y que si se habia propuesto matarle le mataria, que se aterró, se doblegó, se resignó á la muerte y se arrodilló á los piés del agonizante, y empezó su confesion en el momento en que se oian los clarines y los atabales que indicaban que el rey salia con la corte del alcázar.





CAPITULO XV

Continuación del anterior.

Llegó por fin el rey con doña Teresa, coronada, ya, y con su corte, alestrado real.

Doña Teresa estaba pálida como una muerta, y hablaba con gran interés con el rey, que parecía no oírla.

Ella sabía demasiado quién había de ser el cócido, y procuraba evitarlo valiéndose, de toda su influencia para con el rey.

Pero el rey nada decía.

Mandó al Justicia de Valencia mandase por medio de sus oficiales á los verdugos, pusiesen fuego á la leña.

A lo ménos no se cocería al sentenciado lentamente metiéndole en agua fría.

La ejecucion seria más benigna, puesto que arrojado el sentenciado en el agua hirviendo, su muerte debia ser instantánea.

La multitud es voraz.

Sus instintos crueles se revelan en el placer con que acude á las ejecuciones de muerte, y lo triste que se retira en los raros casos en que un sentenciado, ya en el camino del patíbulo, es perdonado.

Se levantó un torbellino de fuego.

Cuando ya por una bastante consuncion de la hoguera bajaron las llamas, se oyó que el agua hervia de una manera terrible, arrojando un vapor denso.

La ansiedad era infinita.

Tal el silencio, que se hubiera oido en la extensa plaza el vuelo de una mosca.

La caldera estaba en su punto.

Pero ¿dónde estaba el sentenciado?

De improviso se oyó en la poterna por donde en la justa habian entrado los caballeros aventureros, el ronco y lúgubre son de un clarin destemplado.

Se abrió la poterna.

Entre un escuadroncillo de almogávares, entró una cerrada silla de manos conducida por dos ganapanes.

Continuaba el misterio.

La silla de manos atravesó la arena.

Pasó más allá del círculo de los almogávares.
Se acercó á la caldera.

Los ganapanes dejaron la silla en el suelo y se retiraron.

Entonces el verdugo se fué á la silla de manos, y la abrió.

Oyóse en el momento una voz desesperada que gritaba :

—¡No me toqueis! ¡no toqueis, sacrílegos, al ungido del Señor!

El verdugo y sus criados retrocedieron llenos de espanto.

Como la silla hubiera quedado abierta, se lanzó de ella y apareció Guillermo de Girona con sus hábitos episcopales.

Corria el desdichado, pero los almogávares le cerraron el paso.

La multitud prorumpió en un alarido.

Salióse de su estrado el Nuncio, con los prelados, y la misma doña Teresa, del estrado real y acudiendo, rompieron la línea de almogávares, que no se atrevieron á oponerse, y rodearon al obispo.

El rey se lanzó tambien del estrado.

—Y bien,—dijo,—cocido él no; pero su lengua sí; la infame lengua con que ha pecado, y con la cual no volverá á pecar, y háganse fuera todos, ó á todos me vuelvo, que se ha de cumplir mi justicia sin que nadie ose oponerse á ella.

—¡Teneos, rey,—exclamó el Nuncio,—ó de no, yo os excomulgo en nombre del papa y os pongo en entredicho á vos y á vuestros reinos!

—Venga el entredicho y la excomunion,—exclamó don Jaime, que estaba trasportado por su terrible cólera,—pero venga tambien la lengua de ese traidor.

Conminó el Nuncio con la excomunion á los que al rey obedeciesen.

Pero en vano.

Para los almogávares la autoridad del papa no existia donde estaba el mandato de su rey don Jaime.

El obispo fué arrebatado á los que le protegían.

Nadie osó oponerse.

El espectáculo era más grave de lo que todo el mundo habia creído.

Se trataba de un obispo.

Habia en aquel acto violencia á las creencias.

Además de esto, parecia hacerle más repugnante, el que el obispo de Gerona llevase su vestidura episcopal.

Como que no habia intervenido ninguna autoridad eclesiástica.

Como que el papa no habia aprobado la sentencia.

Como que no se habia degradado al sentenciado.

De todo lo cual resultaba sacrilegio.

Se habia oido gritar al legado del papa que si llevaba á cabo aquella ejecucion, excomulgaria, en nombre del papa, al rey, y pondria en entredicho á todos sus reinos.

El entredicho espantaba.

Se creia que producía calamidades horribles.

Esterilidad, muerte de ganados, miseria, hambre, peste, guerras desoladoras y desastrosas.

Todos estaban pálidos.

Todos se miraban con espanto.

Todos estaban poseidos de terror.

Para todos, don Jaime cometia una enormidad.

Un inaudito pecado.

Un crimen que Dios no podria perdonarle.

Pero no se atrevian á producir el más leve murmullo, temerosos de provocar con él la cólera del rey.

Hasta tal punto era temido por sus vasallos el terrible don Jaime.

No habia esperanza para el obispo.

Suplicaba en vano.

Los verdugos vacilaban.

El rey los excitó.

Sujeto Guillermo de Girona por los criados

del verdugo, rodeado de almogávares, tuvo lugar un acto horrible, repugnante.

El verdugo, por una presion brutal, obligó á abrir la boca al obispo.

Le asió la lengua, y como la lengua se escurriese, se buscaron unas tenazas por medio de las cuales la lengua fué tirada fuera de la boca y cortada por el verdugo de un solo tajo.

Presentóla el verdugo al rey.

—A la caldera,—dijo don Jaime.

La lengua cayó en la caldera.

No sabemos si luego se la comieron el verdugo ó sus criados deseosos de saber á qué sabía la lengua de un obispo.

Guillermo de Gerona fué llevado de allí en el lamentable estado que es de suponer.

La multitud se retiró silenciosa y aterrada.

Volvió silenciosa y llena de espanto la corte á palacio.

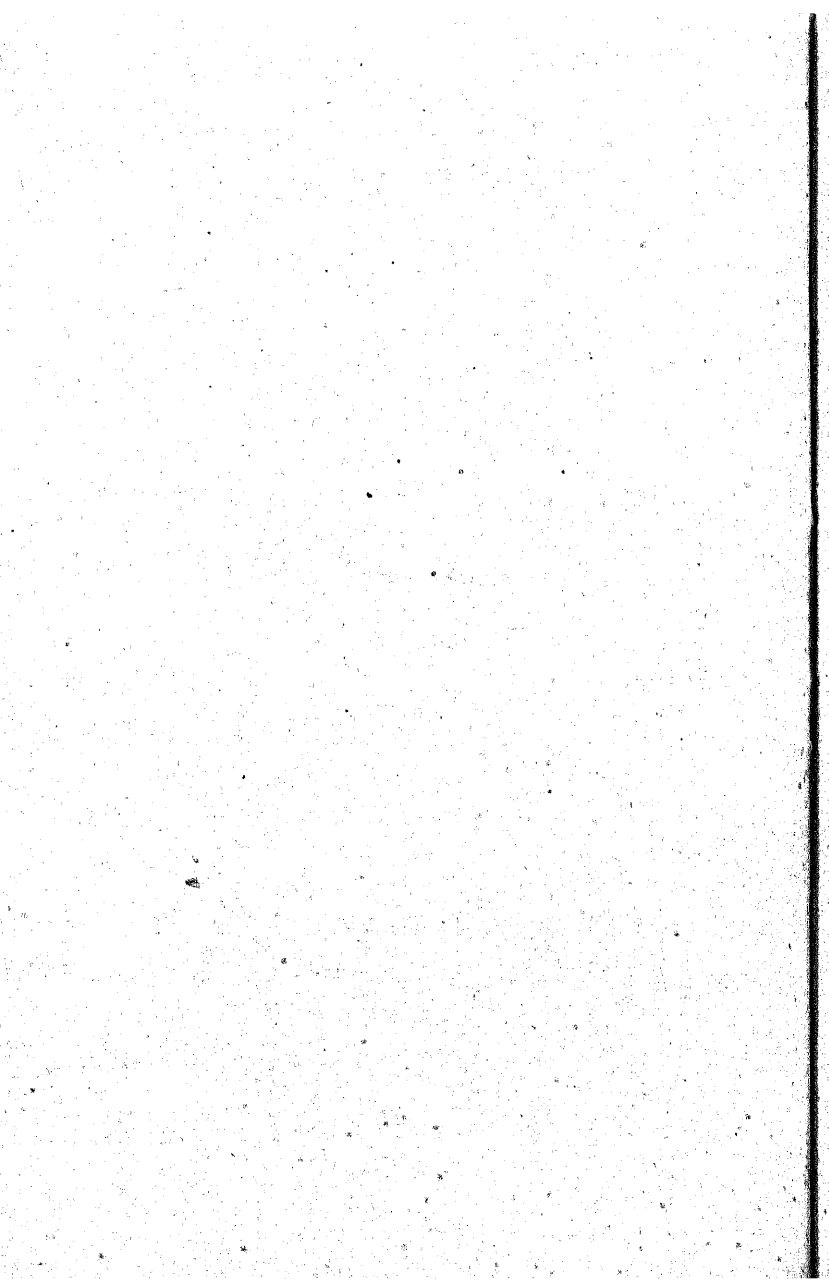
Hubo hombre que no se detuvo ni un momento en Valencia, porque conspiraba, é ignorante de la razon que el rey habia tenido para deslenguar al obispo, temia no le echase el rey mano y le cociese.

El Nuncio repitió la excomunion y el entredicho en nombre del papa, y se embarcó inmediatamente.

Aquel suceso causó una sensación profundísima.

En cuanto á don Jaime solo habia dicho para sí estas palabras :

—No sabia nadie que yo tuve la debilidad y la torpeza de confesar lo que si yo no hubiera dicho, nadie hubiera sabido. ¡Ah! el papa guardará el secreto, yo lo fio, y ese traidor no lo revelará á nadie, que ni aun escribir intentará no sea que yo lo sepa y como le corté la lengua, le corte tambien las manos.



CAPITULO XVI

En lo que se entretenia el rey en tanto que se arreglaba en Roma el largo negocio del entredicho.

No tardó en confirmarse por Roma el entredicho en que en nombre del papa habia puesto el cardenal legado al rey y al reino de Aragon por el feroz castigo impuesto al obispo de Gerona.

Don Jaime sintió el golpe.

Habia en la Edad Media un poder con el cual no se luchaba impunemente.

El poder del papa, que apoyado en el fanatismo religioso que era el espíritu moral de aquel tiempo, podia ser considerado como un rey de reyes.

Se cerraron las iglesias.

Don Jaime quiso obligar á los sacerdotes á que las abriesen, á que continuasen el culto, pero se convenció muy luego de que el clero de su reino, por más que no fuese ultramontano, como la cuestion no era de disciplina sino dogmática, puesto que se trataba de una excomunion, se puso de parte del papa y se manifestó resuelto aun á sufrir el martirio.

Impolítico hubiera sido obligar á los obispos.

Hay remedios que son peores que la enfermedad, porque los católicos aragoneses y catalanes se sintieron tambien escandalizados, ofendidos.

Por todas partes se murmuraba que bien hubiera podido el rey castigar al obispo de Gerona, si le habia ofendido, sin dar en el sacrilegio.

No se puede ir contra el espíritu de una época.

Así lo comprendia don Jaime, que era profundamente político, y se contuvo dejando los procedimientos de fuerza, y decidiéndose por un acomodamiento.

Envió, pues, embajadores al papa para que trataran acerca de la manera de salvar aquel conflicto.

Pero Roma estaba airada y no escuchaba á los embajadores.

Metido estaba además el rey don Jaime en una guerra con Castilla.

El rey don Alfonso el Sábio que habia casado con doña Violante, hija de don Jaime, mostraba intenciones de repudiarla á pretexto de que habiendo ya pasado tiempo bastante desde su casamiento, para tener hijos, no habiéndolos tenido, podia considerársela como estéril.

Sintióse ofendido don Jaime.

Sobrevinieron agrias querellas entre el rey de Aragon y el de Castilla, y al fin el primero se lanzó á la guerra acometiendo las fronteras de Murcia.

Afortunadamente á los principios de esta guerra, cuando don Jaime se encontraba cercando á Biar, doña Violante fué declarada en cinta, con lo cual el rey de Castilla, ya fuese que en efecto hubiese querido repudiar á doña Violante por estéril, ya por que aprovechase un pretexto plausible y decoroso para librarse de las consecuencias de la enemistad de su poderoso yerno, se prestó á un avenimiento, y al fin se firmaron las paces, y ambos monarcas asentaron valederamente su amistad.

Por este tiempo habia muerto el rey de Navarra, sucediéndole su hijo Teobaldo II, con quien don Jaime hizo casar otra de sus hijas.

Así lo prometió don Jaime, y siempre político y estando á lo que más le convenia valiéndose

se de la amistad perpétua y valedera que habia convenido con el rey castellano, prometió al jóven monarca navarro defenderle contra Castilla.

Alarmóse Alfonso X, que adelantó ejércitos sobre las fronteras y pretendió que Navarra le pertenecia de derecho.

Alarmóse tambien don Jaime.

Avanzó á la frontera de Castilla sus ejércitos y se puso á punto de rompimiento.

Pero por entonces no se rompieron las hostilidades.

El rey don Jaime y el rey Teobaldo estrecharon más y más su amistad con nuevos pactos y convenios, y el rey don Jaime, con su natural jactancia, jactancia que sin embargo mantenia con su maravilloso valor y sus grandes dotes de caudillo, prometió al rey de Navarra librarlo contra todos los príncipes del mundo que pudiesen declararle la guerra, ménos contra Carlos, conde de *Provenza*, hermano del rey de Francia.

Iba á dar principio la guerra que amenazaba ser terrible, cuando don Jaime se encontraba en Barcelona.

Supo que los moros de Valencia se habian rebelado.

Esto era para él preferente, importantísimo.

Amenazaba escapársele de entre las manos la conquista de que estaba más orgulloso.

Ajustó pues, la tregua con el rey de Castilla, y partió para Valencia acompañado de doña Teresa Gil de Vidaura, que desde que el papa había declarado la validez de su casamiento con el rey don Jaime, le acompañaba á todas sus empresas.

Veamos cuales habian sido las causas de la rebeldia en los valencianos.

Tenia el rey don Jaime en su córte llevándole consigo á todas partes, y tratándole como á un favorito muy estimado, á un moro llamado Alazarach.

Era este moro oriundo por su padre de Africa, y español por su madre, que habia sido española.

El cronista que seguimos, dice que unia el carácter de hierro del primero, la noble altivez de la segunda.

Jóven, frio, agresivo, moreno de color, de mirada viva y penetrante, de fácil produccion, ora se explicaba en lemosin, ora usaba el idioma de sus mayores, y dotado de una imaginacion brillante como el cielo andaluz que vió nacer á su madre, y una sagacidad semejante á la de la pantera de los desiertos donde se meció la cuna de su padre, Alazarach desterrado de Granada, su patria, encontró grata acogida en la córte

del rey don Jaime, de quien recibió una protección muy distinguida.

Astuto el moro, se decidió á conseguir más y más esta confianza, portándose como valiente en las guerras contra sus propios hermanos, y fingiendo que se preparaba á abrazar la fé de su augusto protector para adular de un modo más seductor á un monarca altamente religioso.

Ofreciendo obsequios galantes á una linda joven parienta de Gimeno Carroz, el conquistador de Denia, ocultaba entre las flores que depositaba á los piés de su hermosa dama el vasto pensamiento de vengar á los moros del estado en que se hallaban, y llevaba adelante la conspiracion sigilosamente y con una maña que hacia más segura la confianza que le dispensaban el rey y los altos personajes de su corte.

Don Jaime nada recelaba.

Entretanto, Alazarach mantenía una correspondencia secreta por medio de agentes seguros con los alfaquies y los caudillos, que arrojados de Játiva, se amparaban de las escabrosidades de la sierra de Mariola.

Don Jaime, perfectamente descuidado, había colmado de mercedes á Alazarach y le había hecho señor de la villa y castillo de Rugat, cerca de Montichelvo, y situado en la cumbre de un monte que domina aquel valle pedregoso.

A medida que la conspiracion de Alazarach avanzaba, más lealtad al rey y más deseos de hacerse cristiano mostraba el conspirador, y más y más el engañado don Jaime le colmaba de mercedes.

Oreyó Alazarach llegado el momento de dar el audaz golpe que se habia propuesto, y para ello suplicó al rey don Jaime le concediese el alto honor de ir á tomar posesion en persona del castillo de Rugat.

Confiado el rey, sorprendido por el astuto moro, accedió á su deseo, y al castillo de Rugat se fué, simplemente armado con una cota de malla y con la sola escolta de unos pocos caballeros.

Acompañábanle como para una diversion la reina, esto es, doña Teresa Gil de Vidaura y la bella Alda de Carroz, novia de Alazarach y algunas otras damas de la corte.

Anocheceia cuando la cabalgata real entraba por las fragosidades del valle Pugat, siguiendo á Alazarach que se habia adelantado á pretexto de preparar el recibimiento.

Pero de improviso, acá, allá, por todas partes, en redondo, sonó el alarido de guerra y se oyó el chascar de las ballestas.

El eco repétia la voz de los añafles y de las trompas moriscas.

Alazarach aparecia mandando los numerosos

ballesteros que acometían en redondo á la real cabalgata

Sin embargo, no habían previsto lo que debía acontecerles.

Habían cercado harto irreflexivamente á un leon.

Don Jaime, al frente de su reducida escolta, acometió á los traidores de tal manera, que poniéndolos rápidamente en respeto, los obligó á cejar sin que esto les valiese, pues que don Jaime lanzado ya á la acometida, llegó á ellos, los alanceó y los dispersó, no sin perder diez y siete hombres de armas.

Era siempre aquel bravo y terrible don Jaime, al cual precedía la victoria como su inseparable compañera, victoria leal que siempre le ceñía sus laureles, fuese cual fuese exiguo ó considerable, el número de la hueste al frente de la cual don Jaime combatía.

Huyó Alazarach.

Perdióse como si nunca hubiera existido.

Aguardó una situación favorable, y creyó tenerla cuando el rey se aprestaba á hacer la guerra al castellano.

Entonces reapareció de improviso Alazarach.

Tomó á Pego y á Finestrat.

Insurreccionó á los moros del valle de Gallinera y á los de Guadaslet y tierra de Luchente y de Montesa.

Don Jaime, cuidadoso por esta insurreccion que podia tomar proporciones bastantes para arrebatarle su querida conquista de Valencia, pactó apresuradamente tregua con el rey de Castilla y marchó á Valencia.

Allí supo apenas llegado, la toma por Alazarach del castillo de Peña-águila, lo cual le impresionó vivamente.

«—Obra de Dios,—exclamó el rey,—parece esto para que los moros lo paguen caro y duramente. No les sacábamos de sus albergues ni les hacíamos daño para que pudieran vivir opulentamente entre nosotros, más ahora estamos libres de convenios, porque ellos son los primeros en romperlos.»

Juntó córtés inmediatamente en Valencia y reunidas estas en la iglesia mayor, el rey les propuso la expulsion total de los moros para repoblar la tierra con cristianos.

Asintieron á la proposicion del rey el brazo eclesiástico y el estado llano, pero se opuso abiertamente el estado noble, alegando que si se expulsaba del reino de Valencia á los moros, iban á sufrir grandes daños en sus haciendas, florecientes á causa de la industria de los moros.

Los nobles se mostraban siempre egoistas y apegados á su interés.

Ni siquiera se valieron de una fórmula para encubrir lo que sentian, que no era ni más ni

ménos que los daños que debía producirles la expulsion de los moros.

Concedieron, en fin, las Córtes la peticion del rey, y antes de promulgar el edicto de proscripcion, se tomaron medidas para asegurar su cumplimiento.

Fuese á Játiva Guillermo de Moncada, hijo de aquel Moncada que murió en la conquista de Mallorca con el mandato de reprimir á los rebeldes de Luchente.

Tomáronse posiciones en los lugares más fuertes de la ribera del Júcar, y se publicó el extrañamiento de todos los moros vasallos del rey, permitiéndoseles, empero, llevasen consigo cuanto les pertenecia que pudiesen trasportar.

El terror heló á los moros valencianos.

Se les obligaba á dejar el suelo en que habia nacido y se les enviaba, perdidas sus haciendas, pobres y errantes, á buscar un triste asilo en tierra extraña.

Suplicaron los moros al rey prometiéndole pagarle tributos dobles si revocaba la orden de proscripcion.

Otros amenazaron, sin que por esto cediese el terrible don Jaime.

Se cumplió la orden de extrañamiento, y excitados por la desesperacion, setenta mil moros, acaudillados por Alazarach, se presentaron en abierta rebellion.

Dividiéronse en dos mitades; la una ocupó á Luchente y la otra á Montesa.

Los de esta segunda posicion vinieron á acomodamientos, que se hicieron por la mediacion de Jimeno Perez de Arenós, hombre de grande influencia entre los moros, y á sus buenos oficios debieron el que se les permitiese ir á los unos á Murcia, á los otros á Granada.

Pero los que estaban sobre Luchente con Alazarach resistieron.

El núcleo de ellos, su centro, por decirlo así, estaba en Peñacadell, posicion áspera, muy á propósito para que en ella se defendiese con gran ventaja, aquella numerosa hueste.

Fué necesario recurrir contra ellos á las armas.

Don Jaime quiso ir en persona á esta empresa, pero le disuadieron sus barones, y en vez de él, acaudilló la hueste Jimeno Perez de Arenós.

Intentó este un acomodamiento, y habiéndose negado á ello los moros, se hizo necesario acometerlos.

Los principios de esta campaña fueron favorables á los rebelados.

Pero muy pronto la suerte de las armas favoreció á los cristianos.

En esta campaña hizo su prueba de armas el infante don Pedro, que á la muerte de don

Jaime debía heredarla, y sobrenombrarse despues por sus hazañas el Grande.

Fué el infante muy buen caballero en la batalla de Peñacadell, en la que habiendo muerto el cadí Aben Bazel, lugarteniente de Alazarach, se declaró la victoria por los aragoneses.

Replegarónse los moros á lo más inaccesible de la montaña, y á tales lugares, que haciéndose imposible de todo punto el combatirlos en ellos, hubieron de pactarse tréguas por algun tiempo, sirviendo de mediador para ello el rey de Castilla, á quien convenia favorecer á Alazarach, que de una manera tan determinante llamaba la atencion del temible rey don Jaime.

Esta trégua invalidó por el momento la órden de proscripcion á las moros.

Al fin terminó el año de trégua pactado con Alazarach, que durante este tiempo habia ido á entenderse con el rey de Castilla, y á pedirle proteccion.

Interesábase mucho Alonso X, por la cuenta que le tenia, por Alazarach.

Le distinguia y departia con él familiarmente.

Un dia le preguntó si le gustaba ir á cazar, á lo que contestó Alazarach:

—Sí por cierto, pero mi caza son los castillos del rey de Aragon.

Aprovechó don Jaime la trégua mucho mejor que Alazarach.

Antes de que ésta terminase, mandó que bajo mano le comprasen todos los mantenimientos de que los moros necesitarian, engañando por el afan del lucro al lugarteniente de Alazarach.

Creyó el moro que se prolongaria la trégua, y vendió los víveres que abastecian su fortaleza.

Pidió renovacion de la trégua Alazarach.

Intervino el rey de Castilla.

Pero don Jaime que se habia propuesto concluir con aquel inconveniente que tan en cuidado le tenia, se mostró implacable, y la guerra empezó de nuevo.

Ramon de Cardona, Guillermo de Anglesola, los Moncadas, los Luesias, los Lunas, y otros muchos barones de Aragon y Cataluña, al frente de sus lanzas y bajo el mandato del lugarteniente del rey don Jaime, los formidables almogávares, tomaron rápidamente gran número de castillos á los moros entre ellos los de Planes, Castell de Castells, Pegó y Concentaina.

Acorralado Alazarach, perseguido de cerca por los almogávares que iban tras él en caza por los montes como si hubiera sido una fiera, se sometió á don Jaime con la condicion de dejar el reino y no volver á él, con tal de que cediese á un primo suyo el castillo de Polop, durante su vida.

Vino en ello don Jaime, y Alazarach abandonó por entonces el reino de Valencia.

Cuando la insurreccion hubo terminado, don Jaime escribió al rey de Castilla diciéndole que él tambien era cazador, que aquellos dias habia estado de caza, y que habia hecho presa de diez y siete castillos á los moros.

Antes de que el rey don Jaime hubiese terminado aquella su enojosa y difícil campaña contra los rebelados de Valencia, y para estar más libre y con ménos cuidado, habia investido con la lugartenencia general de los reinos de Aragon y Valencia al príncipe don Alfonso, su hijo, siguiendo lo acordado por jueces que el rey consultó en Alcañiz.

Encontrábase el príncipe en el castillo de Biar.

Allí prestó juramento al rey su padre de estar de parte suya y no de la del rey de Castilla si entre ambos sobrevenia una guerra.

Don Jaime se mostraba duro en sus tratos de avenencia con Alonso X.

Cada dia se creia más agraviado por él.

Mediaron buenos oficios de altos personajes de ambos reinos.

Se logró al fin que los dos reyes se vieses entre Agrera y Tarazona.

Pusieronse de acuerdo ambos reyes en lo referente á que el reino de Nápoles quedase bajo la proteccion de don Jaime.

Pero esto solo fué por el momento y despues

de aquellas conferencias volvieron á ponerse las cosas en peor situacion que antes.

Entre estos sucesos otras dificultades habian ocupado al rey don Jaime.

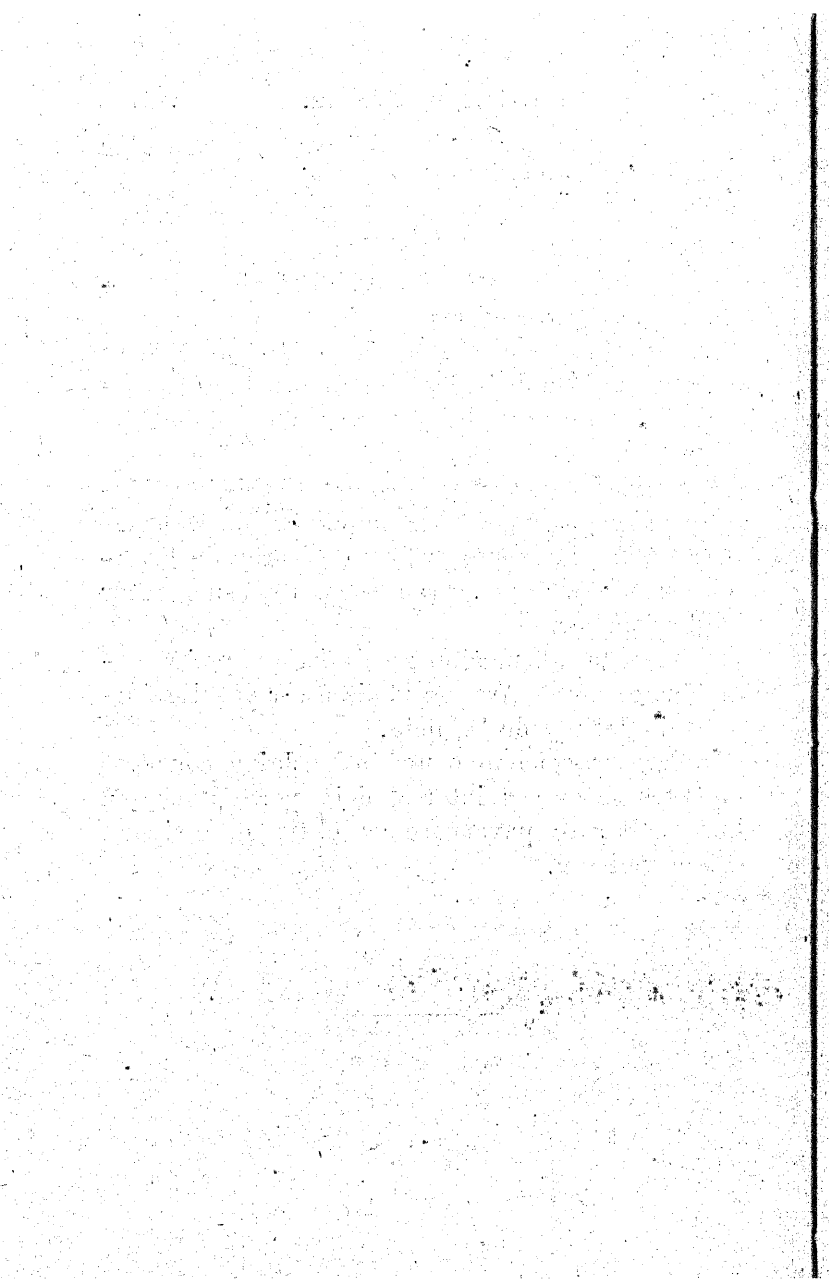
Los ciudadanos de Montpellier habian intentado constituirse en república.

Se coligaron con el conde de Narbona que se comprometió á defenderlos contra todo el mundo, excepto contra el rey de Francia y el de Castilla.

Se confederaron tambien con el obispo de Magalona que afirmaba que la ciudad de Montpellier habia sido siempre feudo del rey de Francia, siendo el rey de Aragon no rey, sino señor de Montpellier.

De esta afirmacion resultaba que por Montpellier, el rey de Aragon venia á ser vasallo feudatario del rey de Francia.

Pero gravemente ocupado don Jaime con otros asuntos de mayor interés, dejó por entonces á Montpellier se pavonease con el título de ciudad independiente.



CAPITULO XVII

De como el rey cuando fué absuelto por el papa, encontró muy cara la lengua del obispo de Gerona.

Ya á este tiempo habia vuelto de Roma Andrés Albalade, obispo de Valencia, que el rey don Jaime habia enviado al papa, manifestándole lo arrepentido que estaba del acto iracundo á que se habia dejado arrebatarse contra el obispo de Gerona, que él quería bien deshacer lo hecho, pero que ya que otra cosa no podia ser, le rogaba que como padre y pontífice le absolviese de aquel pecado de su indignacion, que si por una parte fué arrebatada, por otra habia sido justísima y que estaba pronto á cumplir todas las penas y penitencias que se sirviese imponerle.

Oida al fin aquella embajada en Roma, el pontífice envió por embajadores al obispo de Camarsin y á Desiderio, presbítero, con el encargo de que se informasen de todo lo que en Aragon pasaba, y dándole poder amplio para reconciliar al rey con la iglesia.

Hubo en Lérida junta de prelados y de señores, á la que asistieron los obispos de Tarragona, de Zaragoza, de Urgel, de Huesca y de Elna.

El rey ante estos prelados, despues de haber recibido de rodillas una grave reprehension, fué absuelto de su culpa.

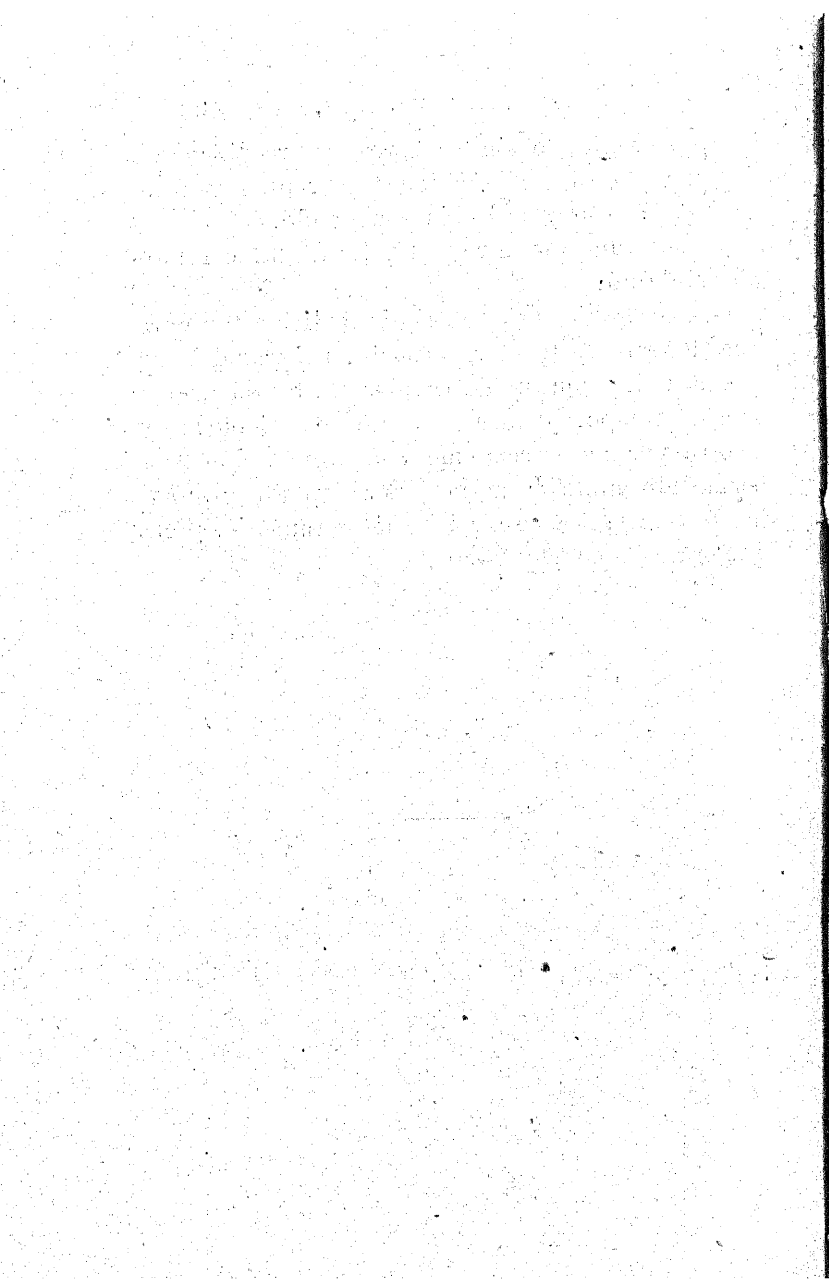
Impusiéronle por penitencia acabase á sus espensas el monasterio bonifaciense que con la advocacion de Nuestra Señora habia empezado á construirse en los montes de Tortosa veinte años antes; que acabada la construccion, le diese de renta anual doscientos marcos de plata para sostenimiento de los monjes del Cister que debían vivir en aquel monasterio; que acabase el hospital que se construia para monjes y peregrinos en Valencia y le señalase de renta seiscientos marcos de plata anuales; que además fundase en la catedral de Gerona é iglesias del obispo de Gerona deslenguado por el rey, una capellanía para que perpétuamente se hiciesen sacrificios y sufragios por el rey y sus sucesores.

El pontífice expidió una bula dando poder á los dos nuncios para reconciliar al rey con la

iglesia, mediando sin embargo la reedificación por el rey de las edificaciones y rentas y fundaciones á que se le habia condenado.

Y es fama que el rey al salir de la ceremonia exclamó:

—No sabia yo que podia salirme tan cara una lengua de traidor. En fin, reparar debí en que aquella lengua de traidor era tambien lengua de obispo, y de una parte por mi piedad y de otra por no enredarme con Roma, debí haberme ido más á la mano. Pero en fin, ¿qué se ha de hacer? La cosa ya no tiene remedio. ¡Pero qué cara lengua, qué cara!



CAPITULO XVIII

En que se continúa relatando los sucesos del rey don Jaime.

Pero como no podian dejarse sin castigo los sucesos de los ciudadanos de Montpellier, el rey don Jaime en cuanto hubo arreglado ciertas diferencias que tenia sobre feudos con el rey de Francia, pidió permiso á este (que era San Luis) para proveerse de víveres en sus tierras y tomar en ellas gentes á sueldo.

Concedióle este permiso San Luis, pero á pesar de estos preparativos el rey don Jaime no emprendió por entonces la campaña de Montpellier.

A pesar de todas estas dificultades, la gloria de don Jaime habia llegado á su mayor esplendor.

Por más que estuviese enemistado con él, siempre con él en contestaciones y siempre provocándole dificultades los reyes de Castilla y de Francia, por más que se le sublevasen los moros de Valencia é intentasen la rebeldía muchos de sus grandes vasallos feudatarios, don Jaime triunfaba de todo, se imponía á Roma, y se preparaba para nuevas empresas.

Pero esta gloria le condenaba á grandes cuidados y á perpétuas fatigas.

Vivia errante, yendo de acá para allá, donde le llamaban los sucesos.

Terminada apenas la guerra de Valencia pasó á Lérida.

Allí ratificó al rey de Castilla sus antiguos tratos.

Ambos reyes se satisficieron daños y perjuicios. Fuése luego á Barcelona.

Allí un caballero navarro, Gil de Rada, le manifestó que aragoneses y navarros se hostilizaban en las fronteras.

Don Jaime se vió obligado á ir á ella.

Arreglado aquello y aceptadas treguas con el rey de Navarra, volvió á Barcelona, donde se embarcó para Valencia.

De allí pasó á Tortosa, donde reunió gente para el caso en que Alazarach no cumpliese su promesa de salir del reino en el plazo concedido, y pretendiese renovar la guerra.

Allí dió cartas de procuracion al obispo de Barcelona, Arnaldo, al prior de Santa María de Cornellá, y á Guillermo de Rocafull, lugarteniente suyo en Montpellier para que fuesen con una embajada al rey de Francia á fin de terminar las diferencias que tenia con él don Jaime.

A más habian tratado el casamiento de su hija doña Isabel con Felipe, hijo de San Luis.

El resultado de esta embajada fué el famoso tratado que se llamó de Corbeil, por el cual San Luis cedia á don Jaime los derechos de feudo y señorío sobre los condados de Barcelona, Urgel, Besalú, Rosellon, Ampurias, Cerdaña, Conflent, Girona y Vich, cediendo por su parte don Jaime sus derechos sobre Carcasona, Bazez, Lauzac, Termes, Beziers y otras muchas ciudades.

Este tratado dejaba reducidos los señoríos de don Jaime en Francia á Montpellier, y á Carlad en la Auvernia.

Se trató también el casamiento de los dos hijos de ambos reyes, pero como eran niños, no se celebró sino cuatro años despues, en cuya fecha se confirmó el tratado de Corbeil.

Entonces don Jaime se decidió á emprender la sumision de Montpellier.

Pasó los Pirineos, entró en Perpiñan donde su presencia calmó los desórdenes que habia causado una alteracion hecha en el valor de la moneda, y fuése luego á Montpellier, donde con presen-

tarse solo, y aun sin dejar ver sus calderas, logró que aquellos independientes republicanos volviesen á reconocer su señorío.

No era el rey don Jaime persona con la que se podia andar con bromas.

Volvióse á Cataluña el rey, y en Lérida declaró unido á Aragon el reino de Valencia, debiendo heredar ambos reinos el príncipe don Alfonso, desheredando á su hijo don Jaime á quien antes habia dado el reino de Valencia, y dejándole únicamente las Baleares.

Comenzaron por aquel tiempo en Cataluña alteraciones tales, que solo podian compararse á las que habia habido en Aragon al principio del reinado de don Jaime.

Veamos cual habia sido la causa de estas alteraciones.

Habia muerto el conde de Urgel, Ponce de Cabrera.

Su hijo Armengol le habia sucedido y habia muerto tambien á los pocos dias, pasando el señorío á un hermano suyo que habia nacido en Castilla, y que habiendo sido bautizado con el nombre de Rodrigo, le habia trocado por el de Alvaro.

Niño aún, casó con doña Constanza de Meneda.

Pero á causa de no tener doña Constanza cuando el casamiento se hizo más de diez años,

y el conde pocos más, por influencia de su tutor Jaime de Cervera, declaró nulo el casamiento, y trató de celebrar nuevos esponsales con Síbila de Anglesola.

Pero antes de que estas nuevas nupcias se celebrasen, faltó á lo pactado, eligiendo otra nueva esposa en Cecilia, hija del conde de Foix.

Celebróse al fin este casamiento.

Pero hé aquí que inmediatamente se presentó doña Constanza, interponiendo como mejor su derecho, y entablando un litigio, que examinado por algunos prelados, llegó hasta el papa, y produjo sentencias contradictorias, que amparando las unas á doña Constanza, las otras á doña Cecilia, hicieron que alternativamente el afortunado mancebo tuviese legítimamente dos esposas teniendo sucesion de ambas.

Irritado don Pedro de Moncada por esta alternativa que tan pronto llamaba á su hija al talamo del conde de Urgel, como la arrojaba de él, para que la reemplazase doña Cecilia, dejóse de obispos y de papa, y confió á la fuerza de las armas el negocio, metiéndose con un buen golpe de gente de guerra por las tierras de Urgel, confederado con el conde de Cardona, y atacando y apoderándose rudamente de la villa y fortaleza de Pons.

Como don Jaime era señor feudal del condado de Urgel, creyó que debía intervenir para cortar aquel escándalo, y empezó por pedir al

conde de Urgel las tenencias de los castillos de Agramunt, Balaguer, Einyola y Oliana, mandato que el conde de Urgel obedeció, porque á ello estaba obligado, y porque además, y esto bastaba, no tenia fuerzas para hacer otra cosa.

Pero no podía el rey, segun el fuero, retener estas tenencias más de diez dias.

Pasado el plazo, y apoyándose en las leyes catalanas, el conde de Urgel pidió al rey le devolviese sus fortalezas.

El rey se negó.

Dióse el conde de Urgel por agraviado.

Anunció al rey que se salia de su obediencia.

Le envió sus cartas de *deseviment*, lo que era completamente igual al derecho que tenían por fuero los nobles castellanos de *desnaturarse*, por agravio del rey, y negarle su vasallaje y su obediencia.

El rey habia pretendido cortar el escándalo, y con las medidas que habia tomado le habia acrecido.

La nobleza catalana, prescindiendo de los motivos que el rey habia tenido para quitar sus castillos al conde de Urgel, se alarmó, y no quiso dejar se estableciese el precedente de que el rey, por más que fuese don Jaime el Conquistador, pudiese á mansalva sobreponerse á los fueros de la nobleza de Cataluña.

Se sublevaron, pues, los nobles catalanes, y

puestos en armas, se confederaron declarándose en guerra abierta contra el rey.

Todos aquellos nobilísimos barones enviaron un mensáje al rey manifestándole que se *desnaturaban* y se apartaban de su obediencia, todo según el fuero.

No era don Jaime hombre á quien hiciese variar de propósito un reto.

Convocó á todos sus grandes feudatarios de Cataluña desde Lérida, mandándoles que la próxima Pascua de Pentecostés (1260) se encontrasen reunidos en Cervera, y dispuestos á prestarle los servicios á que estaban obligados.

Fuése entre tanto don Jaime á Aragón, y celebró un nuevo convenio con el rey de Castilla para que permitiese á los ricos-hombres castellanos para que le ayudasen en la cruzada que pensaba hacer contra los moros de Africa, exceptuando al rey de Túnez con el cual tenia aceptadas treguas.

Seguía entre tanto puesto en armas el conde de Urgel, que con sus coligados se entraba por las tierras de los otros barones catalanes que habían permanecido fieles á don Jaime, llegando hasta entrar en la ciudad de Barbastro, en la cual y en su jurisdicción causaron todo el mal que pudieron.

Don Jaime arregló muy pronto aquel negocio. Envió al justicia mayor de Aragón, don

Martin Perez de Artasona para que con las milicias de Barbastro y de las demás poblaciones de la frontera castigase á los rebeldes, y el gran justicia se dió tal arte que se sosegaron al fin las turbulencias del condado de Urgel; siguió el conde su pleito con sus dos mujeres, y por último, hubo de cumplir la sentencia que le obligaba á hacer vida conyugal con doña Constanza de Moncada.

Estas parcialidades de los nobles, que para sostenerlas tomaban á sueldo gente allevadiza, producian un gravámen más al reino, porque terminados los bandos y despedidos los asoldados, estos se extendian por la tierra y la hacian víctima de sus depredaciones.

Hermanáronse por esto algunas villas y ciudades, y formaron un cuerpo de gente armada que llamaron *Hermanidad*, con el fin de que persiguiese á los malhechores.

El historiador Ortiz de la Vega dice acerca de esto en sus *Anales de España*, lo siguiente:

«Que esto se hizo con ciencia, consentimiento, y casi instigacion del rey, no puede dudarse. Y que semejante institucion minó profundamente el poder de los ricos-hombres, á muchos les parece incontestable. Los peones que andaban desbandados eran el terror de las poblaciones, y las ponian á contribucion quando no á sazo; pero muchos no ignoraban la procedencia de

tales gentes, y la buscaban en los castillos de los potentados. Conmináronse castigos severos contra todos los que diesen albergue á tales hombres, y se fulminó pena de muerte contra los peones que fuesen presos oponiendo resistencia. El primer resultado de esta Hermandad fué disolver las cuadrillas de salteadores, y el segundo fué tener una fuerza respetable dispuesta á todas horas contra los barones; y no falta quien opina que ambas cosas se obtuvieron, dando ocupacion honrada en la Hermandad, á los que antes la tenían aventurada y poco leal, sirviendo á los caballeros.»

Concluyó por este tiempo don Jaime el casamiento de su hijo don Pedro con la hija de Manfredo, rey de Sicilia, Constanza.

El papa llevó muy á mal este matrimonio, y segun el historiador Muratori, escribió á don Jaime una carta que contiene el período siguiente:

«¿Cómo has podido, hijo mío, ni siquiera to-
lerar el que te propongan el enlace de tu hijo con
la hija de un hombre tal como Manfredo? ¿quieres
que tu hijo sea despreciado de todo el orbe?
¿quieres con semejante baldon marchitar todo el
brillo de tu alcurnia?»

Sin embargo, el casamiento se celebró en Montpeller, asistiendo á el gran número de prohombres sicilianos, catalanes y provenzales.

Don Jaime, que no podía permanecer en la inaccion, fué á Barcelona, donde arregló la sucesion de sus reinos de la manera siguiente: á su hijo don Pedro dió el reino de Aragon con el condado de Barcelona; fijaba sus límites desde el Cinca hasta el promontorio de *Cap de Creus*, y además el reino de Valencia.

A su hijo don Jaime dió las Baleares, los condados de Rosellon, Colibre, Conflent y Cerdaña, y la ciudad y señorío de Montpeller, con la condición de que en estos últimos condados corriese la moneda barcelonesa y se hiciese justicia por los *usages* y costumbres de Cataluña.

Determinó que ambas herencias de un hermano pasasen al otro, si falleciese sin dejar hijos varones.

CAPITULO XIX

Que es el fin y remate de nuestra historia.

¿Y qué más hemos de decir del rey don Jaime, ni cómo encerrar en un pequeño volúmen la grandiosa historia de este héroe, verdadero caballero andante, poema viviente del valor y de la grandeza, sér gigantesco y que parece soñado, y que si de su existencia no quedasen tales pruebas, podia creérsele fabuloso?

Hemos presentado, sin embargo, todos sus rasgos característicos.

Le hemos encontrado acometedor, siempre invencible, siempre político, cuando no le arrebatava la cólera.

Don Jaime el Conquistador es todo un carácter.

Pero este gran carácter está oscurecido por grandes sombras.

Parece que alentaba en él una especie de locura que le lanzaba fatalmente á la guerra, y que una vez lanzado preferia á todo acomodamiento el placer de ensangrentarse en sus enemigos.

Compasivo con los que se le rendian, con los que se le doblegaban, era cruel hasta la exajeracion con los que se le resistian.

No podia sufrir las contrariedades.

Le irritaban, le enloquecian y le lanzaban á lo terrible.

Era un déspota perfecto, ó por mejor decir, estaba sujeto á la tiranía de sus propias pasiones que no sabia contrariar.

La pasion por las mujeres le hizo un objeto de escándalo para sus reinos.

A más de sus amores con doña Teresa Gil de Vidaura que empezaron en su primera juventud y continuaron con pocas alteraciones durante toda su vida, los tuvo públicamente con otras damas, y de ellas hijos.

De doña Teresa, que sufrió una vida amarga y que sobrevivió al rey, tuvo dos hijos, don Jaime, señor de Egérica, y don Pedro, señor de Ayerbe.

De una dama de la casa de Antillon tuvo un hijo llamado don Fernan Sanchez, que fué señor de Castro.

De otra señora aragonesa, llamada doña Berenguela Fernandez, tuvo otro hijo llamado don Pedro Fernandez, á quien el rey dió el señorío de Híjar, de cuya rama proceden los duques de este nombre.

Tuvo otra amiga llamada doña Berenguela Alfonso, y amores con una dama casada de quien se enamoró ya en su vejez, por lo cual sufrió ágrias reprensiones del papa.

Tuvo otros muchos amores que se vislumbra, pero que no se comprenden, y no hay que tener en cuenta las aventuras pasajeras.

Esta incontinencia de don Jaime y sus crueldades, su desprecio de la vida humana, ha dado lugar á que historiadores extranjeros, tales como Dunham, hayan hablado de su perfidia, su lascivia desenfrenada y su crueldad bárbara, su desordenada afición á las mujeres, no teniendo respeto á ningun vínculo de honor ó religion por satisfacer sus apetitos.

De sus mujeres legítimas, tuvo don Jaime: de doña Leonor de Castilla al infante don Alfonso, que murió sin dejar sucesion quince años antes que su padre.

De doña Violante de Hungría tuvo cuatro hijos y cinco hijas.

El primogénito, don Pedro, nominado *el Grande*; don Jaime, el segundo, á quien su padre dejó el reino de Mallorca con las islas adyacentes, los condados de Rosellon y Cerdaña, el señorío de Montpeller y estados en Cataluña.

Fué el tercero don Fernando, que murió joven, y el cuarto el infante don Sancho, que murió en batalla contra moros.

La hija mayor fué doña Violante, que casó con el rey de Castilla Alfonso el Sabio.

Doña Constanza, la segunda, casó con don Manuel, infante de Castilla.

La tercera, doña Sancha, en cuya vida se encuentra un misterio novelesco y que se dice peregrinó de incógnito al Santo Sepulcro de Jerusalem y murió allí en opinion de Santa.

La cuarta, doña María, que falleció en vida de su padre, y la quinta y última doña Isabel, que casó con el príncipe de Francia, Felipe, que reinó despues con el sobrenombre del *Atrévido*.

Hay que añadir á los hijos legítimos del rey los dos que tuvo en doña Teresa Gil de Viddaura.

Tanto los panegiristas como los detractores

del gran don Jaime el Conquistador, no están en lo justo.

Hay que suponer en él, conocer en él un temperamento especial, terrible, una especie de predestinacion, el ideal del déspota involuntario que domina porque ha nacido para dominar, que destruye todo lo que se opone á su paso, y que no repara en los medios con tal de llegar á los fines, que no sabe, que no puede reprimir la terrible cólera á que le lanza toda contrariedad por pequeña que sea.

Hay despues de todo esto en don Jaime, la acometividad inconsciente é irreflexiva de la fiera que no conoce el miedo y que se siente capaz por sí sola de vencerlo todo.

Esta cualidad terrible hace deslumbrante á don Jaime el Conquistador.

Pero este valor de la fiera va en él acompañado de la crueldad de la fiera.

Le recrea el carnaje.

Rara vez viene á acomodamientos, no sintiéndose bastante fuerte para privarse del placer de exterminar.

Tal le hemos visto en Mallorca.

Abu-Zeyd se le rinde.

Le ofrece tesoros con la sola condicion de que le preste naves para pasar al Africa con los que quieran seguirle.

Don Jaime, sin embargo, está irritado por

la muerte de los Moncadas que ha jurado vengar.

Rechaza todo acomodamiento, embiste á Mallorca, la gana bravamente, pasa á cuchillo á los habitantes, entrega sus haciendas al saqueo, y pierde en aquella jornada la mitad de sus prohombres.

¿Era razonable la sed de venganza de don Jaime por la muerte de sus queridos Moncadas?

Pues qué, ¿los asesinaron á traicion los moros de Mallorca?

En el combate en que los Moncadas cayeron, ¿no cayeron tambien magnates moros?

¿Fué la muerte de aquellos dos bravos caballeros otra cosa que una consecuencia natural de la guerra?

La venganza de los Moncadas no fué más que un pretexto para las carnívoras aficiones de don Jaime.

Otra cualidad que en don Jaime campea, y grandemente importante, es la astúcia que él sabia hacer aparecer como política, y que no era otra cosa en muchas ocasiones que la doblez tradicional, hereditaria, por decirlo así, de los reyes de Aragon.

Y á vuelta de todo esto, una piedad profunda que iba más allá del fanatismo, pero piedad acomodaticia, ó por mejor decir, piedad

que quedaba anulada en el momento en que se excitaban las poderosas pasiones de don Jaime.

Por la sentencia de Inocencio III, validando el casamiento clandestino con doña Teresa Gil de Vidaura, resulta el rey don Jaime bigamo, puesto que resulta casado al mismo tiempo con dos mujeres, haciendo vida comun alternativamente con la una y con la otra.

Por los amores que tuvo con mujeres casadas, aparece adúltero.

Por lo sin castigo que dejó el fratricidio de su hijo don Pedro contra su hermano don Fernan Sanchez hijo de doña Berenguela Fernandez, á quien don Pedro ahogó en el Cinca, y aun por la satisfaccion con que oyó la noticia del fratricidio, resulta parricida.

Por el exceso incalificable á que se dejó arrebatar contra Guillermo, obispo de Gerona, sacrilego.

No tenemos que esforzarnos.

La piedad religiosa y exajerada de don Jaime el Conquistador era fanatismo inconsciente, cuestion de costumbre, puesto que su piedad religiosa puso en contradiccion con sus enormes y horrendos pecados.

Su crueldad está fuera de toda duda y de que usaba como medio politico del terror.

Por eso se hacía acompañar continuamente de sus terribles calderas, y gracias á este sistema de intimidacion y de terror, le vemos sujetar con mano fuerte á la rebelde nobleza aragonesa y hacerse respetar de todos los reyes sus contemporáneos.

Don Jaime, pues, es luz y sombra, grandeza y soberbia, virtud y vicio.

En fin, un terrible exceso de vida de nervios en su organizacion.

Hay que separar sus grandes cosas de las cosas punibles, y siempre quedará un gran rey, ó mejor dicho, una colosal figura, un personaje casi inverosímil.

Murió coronado de gloria, respetado y temido por todo el mundo.

Dividió con poco acierto sus estados en sus hijos.

En cuanto á doña Teresa, á su fiel compañera, á su mártir, la que tanto le habia ayudado con sus consejos, la que tanto habia templado con su prudencia sus arrebatos, le sobrevivió, pasando lo que la quedó de vida en un convento, donde murió en olor de santidad.

Hemos hecho cuanto nos ha sido posible en este rápido bosquejo, atendidas las dimensiones del cuadro y las condiciones de nuestra publicacion.

Pero creemos que el bosquejo que de don Jaime hemos hecho, basta para que le conozcan las clases populares, para las cuales exclusivamente escribimos envueltos en el encanto de la novela, cuadros en que principalmente campea la filosofía de la historia.

FIN

	Pags.
CAP. VII... De cómo fué el principio de los amores del rey don Jaime y de doña Teresa Gil de Vidaura....	77.
— VIII.. De como doña Teresa hizo al rey por amor el sacrificio de su honra	89
— IX.... De como el rey don Jaime preparó y emprendió la conquista de las Balears.....	103
— X..... Primeros combates en Mallorca y muerte y entierro de los Mon- cadas	145
— XI.... En que se dice cómo se tomó á Ma- llorca y se hacen algunas consi- deraciones acerca del rey don Jaime.....	171
— XII.... En que se siguen relatando los su- cesos de don Jaime.....	183
— XIII... Lo que puede hacer en un prelado la ambición.....	189
— XIV... De como un nuncio de Su Santidad fué, sin decir allá va eso y de una manera imprevista, á poner en cuidado al rey don Jaime....	201
— XV.... De como el rey don Jaime no guar- daba consideraciones con lo divi- no ni con lo humano cuando sen- tia menospreciada su autoridad.	207
— XV.... Continuacion del anterior.....	223
— XVI.. En lo que se entretenia el rey en tanto que se arreglaba en Roma el largo negocio del entredicho.	231
— XVII.. De como el rey cuando fué absuelto por el papa, encontró muy cara la lengua del obispo de Gerona	247
— XVIII. En que se continuan relatando los sucesos del rey don Jaime.....	251
— XIX.. Que es el fin y remate de nuestra historia.....	261



